
Muslos Tronadores
HERMANOS LARSSON
EVIE MITCHELL

MUSLOS TRONADORES

HERMANOS LARSSON

LIBRO 1

EVIE MITCHELL

THUNDER THIGHS PUBLISHING

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares, incidentes, hechos y a veces oraciones aleatorias son producto de la imaginación del autor o se utilizan de una manera que ella espera sea totalmente halagadora pero ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o eventos reales, o lugares es pura coincidencia.

Copyright © 2019 por Hendrix House Pty Ltd, operando como Thunder Thighs Publishing;
Todos los derechos reservados.
ABN: 47 660 088 433

Ninguna parte de este libro puede ser distribuida, publicada o reproducida en ninguna forma por medios digitales o mecánicos, incluyendo redes sociales como Instagram, Facebook, TikTok o Twitter, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Editores: Nicole Wilson, Evermore Editing
http://www.evermoreediting.wixsite.com/info
Hot Tree Publishing
Corrección: Ashley Lewis, Geeky Girl Author Services
Ilustrador: Laras Putri

ÍNDICE

Reconocimiento Del País
Advertencia De Contenido Y Terminología
Muslos De Trueno

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13

Epílogo Uno
Epílogo Dos
Sobre La Autora

RECONOCIMIENTO DEL PAÍS

Reconozco a los Custodios Tradicionales de las tierras donde escribo, el pueblo Ngunnawal, y rindo mi respeto a los ancianos pasados y presentes.

Reconozco la continua y profunda relación espiritual de los pueblos aborígenes australianos e isleños del Estrecho de Torres con esta tierra, y sus relaciones culturales y espirituales únicas con la tierra, las aguas y los mares, así como su rica contribución a la sociedad.

Siempre fue, siempre será.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO Y TERMINOLOGÍA

Este libro contiene descripciones gráficas y explícitas de sexo. El libro incluye referencias a la superación de problemas de imagen corporal y al aprendizaje de amar tu propia piel.

El personaje femenino principal se refiere a sí misma y a otros como gorda y rellenita. Tiene una actitud positiva hacia su cuerpo y lo hace porque cree que no hay nada malo en amar el cuerpo que tienes.

SPOILERS
Una emergencia marina ocurre en la mitad del libro, así como una lesión en la cabeza. Se hace referencia y se describen las lesiones.
FIN DE SPOILERS

Aunque se ha tenido todo el cuidado para asegurar que la representación sea respetuosa e inclusiva, mis lectores de sensibilidad y mi experiencia personal están limitados a nuestro propio conocimiento y comprensión. Si hay algo en el libro que te preocupe, no dudes en contactarme en EvieMitchellAuthor@gmail.com.

MUSLOS DE TRUENO

Ella

Siempre me dijeron que tenía muslos de trueno. Robustos, gruesos, hermosos... acepté mis curvas, esperando a que llegara el Dios del Trueno indicado para sacudir mi mundo. Entonces Gunnar Larsson entró con su alto y rubio trasero vikingo por las puertas de mi bar. Mis muslos esperaban su saqueo.

Gunnar

Entrar al bar de Ella Bronze fue la mejor decisión que tomé en todo el año. Carajo, en toda la década. La preciosa bomba tenía curvas para morirse, del tipo que me hacían babear. No había forma de que esta seductora sirena se escapara. Parecía que era hora de hacer lo que mis ancestros hacían mejor: tomar lo que quería.

Advertencia: Esta exagerada historia ligera está inspirada en muslos grandes, vikingos sexys y el deseo de que saqueen tu coño. Consíguete un vikingo y ponte cómoda: esta historia de amor instantáneo te sacará de curso.

PRÓLOGO

ELLA

—...lo que me lleva al pequeño pueblo de Capricorn Cove. La Isla de Astipia, un pequeño reino insular que se encuentra aproximadamente a mitad de camino entre el Reino Unido y Norteamérica, alberga muchas joyas escondidas. Pero pocas tan hermosas como esta.

La cámara se alejó, mostrando una vista aérea de la Cala.

—Con su costa escarpada, playas vírgenes y pintoresco pueblo —sin mencionar su proximidad a las montañas y esquí en invierno— lo único que le falta a esta zona para atraer un próspero mercado turístico es un buen lugar para comer.

El presentador del programa de viajes guiñó un ojo a la cámara.

—Pero no se preocupen, hay un food truck local llamado *The Bronze Horseman* que ofrece el mejor y más fresco pescado con papas que he probado jamás.

Anika pulsó pausa en su teléfono antes de metérmelo en la cara. —¡Mira! —exigió, saltando de arriba abajo como un conejo—. ¿Ves?

Me incliné hacia nuestra camioneta de comida, intentando evitar sus extremidades agitadas. —¿Que nos mencionan en un programa internacional de viajes?

—¡Sí! Es como te dije, Ella. Hay un mercado para nosotras. —Dio una vuelta, sus pies levantando tierra en el estacionamiento de grava. Con una emoción casi agresiva, apuntó con el dedo hacia el

edificio abandonado que se alzaba ante nosotras—. *Este* va a ser nuestro restaurante.

Mis labios se curvaron. —Ah, entonces no me trajiste a un edificio abandonado con la esperanza de matarme por el dinero del seguro.

Mi mejor amiga me lanzó una mirada descontenta. —Deja de bromear. Este es nuestro restaurante, Ella. Este es The Bronze Horseman.

Ubicado al final de la calle principal del pueblo y a un corto paseo desde la marina, el deteriorado edificio se asentaba en un terreno gigantesco que consistía mayormente en basura y maleza. En algún momento, había albergado una ferretería y tienda de jardín con generosas áreas exteriores y un estacionamiento. Ahora parecía destinado a convertirse en un criadero de tétanos.

Pateé una lata de cerveza oxidada, escuchándola resonar en el silencio. —¿Esto? ¿En serio?

—Absolutamente.

Décadas atrás, Capricorn Cove había sido un próspero pueblo pesquero con un puerto bullicioso y abundantes turistas y negocios. Pero cuando el principal empleador del pueblo decidió trasladar su producción pesquera a una de las islas principales, el pueblo quedó devastado de la noche a la mañana. Quedaron con casas medio vacías, una marina mal mantenida y una arquitectura que necesitaba desesperadamente una renovación. Nuestro pequeño pueblo llevaba tiempo luchando por redescubrir su identidad.

—Estás loca. —Observé la puerta tapiada y las ventanas de cristales rotos, negando con la cabeza—. No puedes hablar en serio.

A diferencia de muchos de nuestra generación, habíamos regresado a la Cala con la esperanza de aprovechar las viviendas baratas y la proximidad a la playa. Pero los trabajos eran escasos, obligándonos a viajar más de una hora en cada sentido hacia las ciudades más grandes que flanqueaban nuestro pequeño pueblo.

—Y tú no estás viendo la visión. —Estiró los brazos para apretar mis mejillas entre sus manos, con los ojos saltones mientras miraba a los míos.

—Cierra los ojos. Vamos, ciérralos.

Sonreí; a pesar de vivir en Astipia por más de una década, nunca había perdido completamente su acento, su tono cortante londinense adquiriendo un matiz más afilado cuando experimentaba emociones intensas.

Con un suspiro nacido de una década de amistad, le seguí la corriente, cerrando los párpados.

—Imagínalo, Ella —susurró Anika, con las manos temblando contra mis mejillas—. Un letrero gigante en el techo en hermoso bronce.

—Eso será caro.

—Shhh. —Bajó sus manos, y pude escucharla moviéndose por el terreno mientras articulaba su visión—. Grandes ventanales al frente, con persianas para huracanes, por supuesto.

—Por supuesto —repetí, con ironía.

Anika, como era predecible, me ignoró. —Una entrada cuidada con arbustos y algunos hermosos adornos metálicos.

La imagen que pintaba comenzó a tomar forma en mi mente.

—En el interior, creamos una maravilla de madera y metal compensada con colores intensos y telas suntuosas.

—Necesitaremos un bar —murmuré, imaginando el espacio—. Y una chimenea gigante para el invierno.

—¡Absolutamente! —Anika juntó sus manos, el sonido resonó en la quietud de la tarde—. Las puertas se abrirán hacia afuera para el verano, y habrá que limpiar el terreno para tener comedor interior y exterior.

—Podríamos poner el food truck afuera. Invitar a bandas locales y regionales a tocar.

—¡Sí! —Las manos de Anika aterrizaron en mis hombros, apretándolos—. Y la cocina rivalizará con cualquiera de París, Londres o Nueva York.

Abrí los ojos, considerando el estado caótico del edificio. —Va a ser caro —golpeé suavemente la camioneta de comida detrás de mí—. Al menos con Betsy, no tenemos que preocuparnos por muchos gastos fijos. Y podemos cerrarla o movernos si no hay clientela.

—¿Pero no quieres más? —Hizo un gesto con la mano abarcando el edificio—. No estamos rejuveneciendo...

—Sí, veinticinco años es terriblemente viejo.

—...y oportunidades como esta no aparecen todos los días.

Levanté una ceja. —Este lugar no ha tenido un inquilino desde antes de que yo naciera. ¿Por qué tienes tanta prisa ahora?

Saltó de un pie al otro, su largo cabello negro brillando como una cascada. —Por esto —Me puso el teléfono en la cara nuevamente, con la presentadora sonriente aún congelada en la pantalla.

—Un programa de televisión no garantiza el éxito.

—Cierto —Guardó su teléfono y extendió sus manos hacia el edificio —. ¿Pero no preferirías intentarlo que preguntarte "qué hubiera pasado"? ¿Y si este es el momento en que los turistas comienzan a llegar al pueblo? ¿Y si la gente decide que Astipia es *el* destino turístico de este año? ¿Y si no estamos preparadas y perdemos lo que podría ser una oportunidad increíble?

Me mordí el labio, sabiendo que Anika tenía razón.

—Pero... —señalé nuestro deprimente entorno—. ¿Cómo vamos a pagar por esto? No solo estamos comprando un edificio. Estamos comprando terreno y estacionamiento.

—También hay una casa en la parte de atrás.

—Y una casa —Negué con la cabeza, dejando escapar una leve risa —. Ani, somos exitosas con un food truck. Podemos permitirnos un food truck. ¿Esto? Es mucho.

—Ya lo he pensado —Corrió hacia la cabina de la camioneta, abriendo la puerta de un tirón y rebuscando adentro—. ¡Aprovecharemos a los millonarios!

Puse los ojos en blanco mientras ella tropezaba con las piernas agitándose.

—Millonarios, te lo digo. Son nuestro futuro —Sostuvo triunfalmente una carpeta mientras saltaba de la cabina—. Ambas sabemos que los millonarios están llegando para comprar las playas privadas del otro lado del pueblo. Básicamente son lo único que está inyectando dinero en el área local en este momento.

Me crucé de brazos, asintiendo.

—Bueno —Abrió su carpeta con un floreo—. Van a necesitar un buen lugar para cenar durante sus escapadas de fin de semana y vacaciones de negocios —Me entregó la carpeta—. Y nosotras seremos la respuesta a sus hambrientas plegarias.

Era un plan de negocios no muy diferente al que le había entregado hace tres años cuando le propuse por primera vez la idea de un food truck. Habíamos estado viajando una hora de ida y vuelta a la ciudad para trabajar en empleos que odiábamos para personas que despreciábamos. El primer año vivimos en un apartamento de una habitación con un horrible casero que se negaba a pagar para que arreglaran el agua caliente. A pesar de las dificultades, habíamos ahorrado y eventualmente nos mudamos a nuestros propios lugares.

—Incluso usaste la misma fuente —Pasé el pulgar por el papel grueso—. Ani...

—No hay tiempo para ponerse emocional —Dio un golpecito al papel —. Todo está aquí. Mira, sé que no quieres usar el dinero que te dejó tu abuela, pero...

Mi corazón se saltó un latido, mi cabeza se alzó de golpe mientras veía el edificio con nuevos ojos.

El dinero de la abuela.

Mi herencia había permanecido intacta por más de un año. La había estado guardando para un día lluvioso, mi dolor ligado al dinero en mi cuenta bancaria.

—...pero si lo hacemos accesible y acogedor, aunque se sienta de alta clase y atienda a los VIP, podemos obtener ganancias durante todo el año —Anika juntó las manos en posición de súplica—. Por favor, Ella. Por favor di que sí.

La lluvia que había amenazado todo el día comenzó a caer, el ligero golpeteo mojando mis mejillas y nariz. Incliné la cabeza hacia atrás, mirando al cielo nublado.

Parece que mi día lluvioso ha llegado.

Cerré los ojos, sintiéndome en paz con mi decisión.

—De acuerdo —le dije a Anika, entregándole la carpeta—. Estoy dentro.

No podía estar segura, pero sospechaba que incluso el Rey, que vivía a más de mil kilómetros de distancia, escuchó su grito de alegría.

1

GUNNAR

CINCO AÑOS DESPUÉS

—Carajo —arrojé la llave inglesa de vuelta a mi caja de herramientas, maldiciendo al dueño anterior de esta chatarra—. Maldita sea.

Saqué el teléfono de mi bolsillo y marqué el número de mi hermano menor.

—Dime —dijo Erik al contestar mi llamada.

—Está hecho mierda por donde lo mires —pasé una mano llena de mugre por mi cabello—. La junta reventada, aceite chorreando por todas partes, hay óxido en el cigüeñal. Es un desastre total.

—Diablos —casi podía escuchar su cerebro trabajando a toda marcha para resolver el problema—. Parece que tendrás unos días de descanso forzado después de todo.

Desde que mi padre me entregó las riendas del negocio hace cinco años, no había tomado vacaciones. La empresa, sus empleados y las ganancias tenían que ser lo primero. Los planes que Erik y yo habíamos hecho dependían de nuestra capacidad para cumplir. Como hijo mayor y CEO, era mi responsabilidad asegurarme de que siguiéramos siendo un éxito.

—Si no te conociera mejor, pensaría que planeaste esto —empujé la puerta de la sala de máquinas con el pie, quedándome en el umbral para observar la tormenta que azotaba la proa.

—Ojalá lo hubiera hecho. Me habría asegurado de que se hundiera cerca de una isla desierta y te obligara a tomar un verdadero descanso por una vez.

Resoplé mientras un relámpago iluminaba la marina, seguido inmediatamente por un trueno.

La tormenta había llegado rápido, las olas violentas jodiendo el motor ya defectuoso. Había leído las nubes temprano y me dirigí al puerto más cercano, una pequeña marina en Capricorn Cove. La maldita cosa se había estropeado justo cuando atracaba.

—Suena como un buen remolino —dijo Erik mientras el trueno retumbaba sobre el océano hacia el mar.

—Es grande, eso es seguro —el barco se mecía bajo mis pies mientras las olas golpeaban el casco. Acostumbrado al movimiento, me incliné adaptándome automáticamente al vaivén—. Voy a quedarme aquí por la noche. Evaluaré los daños mañana y te enviaré un pedido de repuestos.

—Probablemente sea la mejor opción. Lo marcaré como permiso por vacaciones. No te preocupes; Mac e Ian son más que capaces de cubrirte.

Maldije suavemente. —Lo siento, hermano.

—No te preocupes. Lo añadiremos a la factura del cliente. Solo, por favor, hazme un favor. ¿Intenta relajarte un poco?

Resoplé. —No prometo nada.

Un trueno interrumpió su siguiente comentario.

—¿Qué dijiste? —pregunté, presionando el teléfono más cerca de mi oído.

—Dije, ¿exactamente dónde estás?

Miré hacia la marina principal, donde un viejo y maltratado letrero que había visto días *mucho* mejores se descascaraba bajo la lluvia.

—Capricorn Cove.

—Suena bien.

—No sé si tanto —otro relámpago iluminó el cielo, mostrando la mezcla de pequeños barcos pesqueros, yates de millonarios y lanchas de fin de semana.

—¿Por qué no terminas por hoy? ¿Ya comiste?

—Todavía no.

—Gunnar, son más de las diez.

Miré mi reloj, maldiciendo en silencio.

—Ve a lavarte y come algo. ¿Llámame si necesitas algo?

—Está bien, *mamá*.

Erik se rio al otro lado de la línea. —Imbécil. Cuídate, ¿sí?

Solté un suspiro. —Sí, lo intentaré. Hablamos luego.

—Hasta luego, Gunnar.

Me enjuagué la grasa y la suciedad, luego me puse un impermeable grueso, levantándome el cuello mientras buscaba comida.

Considerando la hora, supuse que mis posibilidades en un pueblo pequeño como Capricorn Cove no serían buenas. Pero incluso un pueblo pequeño podría tener un motel o una pizzería abierta hasta tarde.

Pasé junto a un desgastado letrero de Se Vende colgado sobre la marina y edificios tapiados antes de encontrar un camino que conducía a la calle principal. Mi impresión inicial de un pueblo fantasma deteriorado resultó infundada cuando doblé la esquina, sorprendiéndome al encontrar la calle llena de actividad.

—Debe ser temporada turística.

Un bar llamó mi atención, las luces acogedoras y el olor a carne ahumada demasiado tentadores cuando mi maldito estómago ya se estaba comiendo a sí mismo.

Un letrero sorprendentemente elegante lo identificaba como El Jinete de Bronce; las palabras colgaban sobre la puerta en un destello de acero y luz. Ventanas de vidrio bordeaban la entrada bien iluminada y decorativa, el estacionamiento estaba a un cuarto de su capacidad incluso a esa hora tardía. Una pareja salió mientras yo abría la puerta, con ojos brillantes y riendo mientras corrían hacia la tormenta, dirigiéndose a su auto.

La pesada puerta de madera se cerró de golpe detrás de mí, amortiguando el trueno que retumbaba en un eco casi constante. Me detuve para observar mi entorno.

Una decoración de buen gusto llena de maderas ricas, cueros y bronce era complementada por toques azul marino y verde cazador. Se sentía elegante pero acogedor, una mezcla de hogareño y confortable pero lujoso.

Un sorprendente contraste con el basurero de marina que acababa de dejar atrás.

Una mirada rápida mostró que locales y turistas llenaban los reservados y mesas, la diferencia entre ambos era fácil de distinguir por las marcas de bronceado. Los pequeños grupos charlaban tranquilamente o escuchaban a la banda en el escenario lejano mientras terminaban su número.

Una larga barra dominaba una pared del restaurante; los taburetes pulcramente colocados bajo la generosa superficie de madera. Dos hombres estaban sentados en el extremo más cercano a la gigantesca chimenea; sus cabezas inclinadas mientras conversaban sobre una comida compartida. Sin ánimo de compañía, me deslicé en un taburete del extremo opuesto, agarrando un menú de la pila más cercana, y mis cejas se elevaron ante la multitud de opciones deliciosas.

Tal vez mi suerte había cambiado.

—¿Qué te puedo servir, vikingo? La cocina está abierta hasta medianoche.

Las palabras fueron pronunciadas por la voz más ronca y sexy que jamás había escuchado. Mi verga se endureció, y ni siquiera había visto el rostro que había lanzado ese golpe fulminante.

Levanté la mirada para encontrar labios carnosos, largas pestañas enmarcando ojos marrón satinado, mejillas suaves y llenas, y grandes rizos castaños en cascada. Mi pene, ya imposiblemente duro, presionaba insistentemente contra mi bragueta.

Mierda santa.

Mi mirada descendió, observando su generoso escote jugando al escondite con el cuello en V de su blusa.

Carajo.

La mujer inclinó la cabeza, señalando el menú en mis manos. —¿Ves algo que te guste?

—Tú —se me escapó la palabra antes de poder detenerla.

Ella rio, haciendo que esa masa de cabello brillara. —No recuerdo que nos hayan agregado ahí. —Se inclinó hacia adelante, su blusa bajando para concederme una tentadora visión de su sostén de encaje—. Pero por ti, consideraría hacer una excepción. —Me guiñó un ojo, y lo sentí profundamente en mis entrañas.

¿Quién hubiera pensado que estaría agradeciendo a los dioses del mar por un motor averiado?

—Soy Ella Bronze. —Distraídamente se apartó un grueso mechón de cabello—. ¿Y tú eres?

—Gunnar Larsson.

Sus mejillas se sonrojaron, una sonrisa iluminó su rostro. —Oh, tenía razón. Realmente eres un vikingo.

Es impresionante.

A este ritmo, me vendría con solo una maldita sonrisa. Gruñí, acomodándome en mi asiento y buscando cualquier distracción. —¿Qué me recomendarías?

Ella se inclinó nuevamente sobre la barra, sus tetas presionando contra la madera mientras estiraba la mano para señalar uno de los platos del menú.

—Pide la hamburguesa completa. Es mi favorita. —Se enderezó, dándome la espalda para inclinarse y sacar una botella de una de las neveras de cerveza.

Quiero morderle el trasero.

Grande, curvilínea y enmarcada por muslos gruesos que yo quería tener apretados alrededor de mi cabeza mientras lamía su dulce coño hasta que se corriera en mi lengua; parecía la jodida perfección.

Nunca había tenido este tipo de reacción visceral hacia alguien antes.

—Aquí. —Destapó la botella, deslizándola por la barra—. Invita la casa.

—Gracias. —Examiné la etiqueta.

—¿No confías en mí?

—Por supuesto. —Le guiñé un ojo—. Solo me gusta saber lo que estoy poniendo en mi boca. —Inclinando la botella, di un largo trago, la sidra ácida pero refrescante estalló en mi lengua.

—¿Buena? —preguntó.

—Jodidamente perfecta —gruñí.

Una sonrisa perversamente seductora decoró sus increíbles labios. Ambos sabíamos que no estaba hablando de la cerveza. Uno de los

hombres del extremo opuesto llamó su nombre, interrumpiendo nuestro momento.

—Regreso enseguida —prometió.

La observé contonearse al alejarse, dando otro largo trago a la botella. Si jugaba bien mis cartas, tal vez saldría de aquí con más de un apetito satisfecho.

Levanté la cerveza nuevamente, bebiendo profundamente.

2

ELLA

El está aquí.

Me quedé en el refrigerador, permitiendo que el aire gélido calmara mis mejillas sonrojadas mientras intentaba no entrar en pánico.

¡Realmente está aquí!

—No seas tonta —murmuré para mí misma mientras me alisaba el cabello—. No vino por ti.

Cerré los ojos, recordando fácilmente cómo Gunnar —un desconocido— me había mirado. Sus ojos oscuros prácticamente me devoraban mientras conversábamos.

—Bien, Universo, ¿es esta la señal que necesitaba?

Un trueno retumbó fuertemente sobre mí como si respondiera, las vibraciones sacudiendo el restaurante.

Solté una risa ahogada. —Supongo que eso podría ser un sí.

Para algunos, parecería extraño que estuviera a punto de cumplir treinta años y siguiera siendo una virgen certificada. Claro, tenía un cajón lleno de juguetes sexuales, pero aún no había invitado a nadie a mi cama. Y realmente, no tenía a nadie más que culpar sino a mí misma por este lamentable estado de cosas.

Desde que tenía memoria, la gente en mi vida había hecho comentarios sobre mis muslos grandes. Muslos de trueno, los llamaban. Grandes, audaces y listos para aplastar al primer hombre que se atreviera a meterse entre ellos.

Había decidido apropiarme de esa narrativa, riéndome de las críticas y afirmando que tenía muslos tan poderosos que ningún simple mortal podría acostarse entre ellos.

Mis muslos podían invocar al Dios del Trueno.

Mis muslos eran mágicos.

Tenía muslos que solo un Dios Vikingo podría saquear.

Quizás me había creído mi propia propaganda. Tal vez había estado tan atrapada en la fantasía de un Dios Vikingo que adorara cada curva, hendidura y marca de estiramiento llena de celulitis, que había perdido de vista la realidad.

De cualquier manera, con tres semanas hasta mi trigésimo cumpleaños, había decidido tirar por la ventana a mi hombre ideal y llegar a los treinta como una virgen en recuperación.

Desafortunadamente, los pueblos pequeños no son exactamente semilleros de hombres solteros. Los que podría haber considerado estaban casados, a los de las aplicaciones de citas no les interesaba una mujer gorda, y los otros tenían demasiada experiencia o estaban muy metidos en fetiches para ser mi primera vez.

Necesitaba un hombre que me tratara con amabilidad, deseara mi cuerpo y supiera cómo hacerlo cantar.

Lentamente había perdido la esperanza, pero ahora...

Él estaba aquí. Mi chico ideal finalmente había llegado. Y con un retumbar de trueno, nada menos. Si eso no era una señal, no sabía qué podría serlo.

Tomé aire, exhalándolo lentamente. —¿Realmente voy a hacer esto?

Me imaginé abriéndome para Gunnar, permitiéndole desnudarme y acostarme.

Un cálido deseo se acumuló en mi vientre, mis pezones sensibles contra las suaves copas de mi sostén, un calor húmedo deslizándose entre mis muslos.

Mi cuerpo dice sí. Mi mente dice sí. Supongo que sí, lo haré.

Respiré profundamente, alisando las palmas húmedas sobre mi falda.

—Tú puedes, Ella. Estás buenísima. Eres sexy. Eres dueña de este maldito bar y lo has hecho exitoso. Eres segura, brillante y divertida. Si él no te quiere, es su pérdida.

O quizás simplemente te pondrá sobre la barra y te comerá de postre.

Un escalofrío de anticipación recorrió mi columna vertebral.

Escuché una campanilla al otro lado de la puerta del refrigerador, y a Anika gritar: —La comida está lista.

—¡Ya voy! —Agarré un recipiente de limones cortados para la barra y salí del refrigerador. Cambié el recipiente bajo un brazo, levantando con mi mano libre el plato caliente repleto de una hamburguesa, papas fritas y salsa.

—Espera.

Me volví para ver a Anika moviendo las cejas, con una sonrisa cómplice en los labios.

—Lo vi. Me gusta, me lo haría —inclinó la cabeza hacia la barra—. ¿Vas a arriesgarte con este?

Me encogí de hombros, ofreciéndole una sonrisa tímida. —Depende de si le gusta nuestra comida.

Ella se rió, agitando un cuchillo en mi dirección. —Respuesta correcta. No estoy segura de poder aprobar a un desflorador que no reconoce la buena comida cuando le cae en el regazo.

—No te preocupes —empujé la puerta batiente de la cocina con el trasero—. Tengo un buen presentimiento sobre él.

Dejé el recipiente de limón en la parte de atrás de la barra, tomándome un momento para respirar antes de dirigirme hacia el bombón del extremo lejano.

Tú puedes, Ella.

Mi estómago dio un vuelco mientras caminaba hacia él. Bebía tranquilamente su cerveza, su cálida mirada fija en mí. Una conciencia chispeante saltó entre nosotros, el restaurante estrechándose hasta que solo éramos este hombre delicioso y yo.

Ahora o nunca.

—Aquí tienes —deslicé el plato frente a él—. Provecho.

Bajó la mirada hacia la comida, arqueando las cejas.

—Esto es—

—Delicioso —le prometí.

La hamburguesa contenía tres tipos de carne ahumada, todas cocinadas a la perfección. Coronada con queso derretido, pepinillos, cebollas y una deliciosa mostaza y kétchup caseros, se veía, olía y sabía increíble.

En los meses previos a nuestra inauguración hace cuatro años, Anika y yo habíamos trabajado día y noche para desarrollar el menú perfecto, los mejores cócteles y conseguir las cervezas locales más sabrosas.

Gunnar le dio un mordisco, y observé cómo la sorpresa decoraba su rostro.

—Carajo —murmuró con la boca llena de carne—. Esto está *buenísimo*.

Momentos como estos hacían que todas esas largas noches y decisiones tensas valieran la pena.

Una de mis camareras llamó mi atención.

—¿Necesitas algo más?

Negó con la cabeza ante mi pregunta. —Estoy bien.

—Ya regreso —me di la vuelta, tratando de calmar el pulso de anticipación que corría por mis venas.

A medida que se acercaba la hora de cierre, mezclé bebidas, limpié la barra y coqueteé con él entre pedidos mientras contaba cada minuto agonizante, rogando que se quedara.

Por favor, quédate.

Lo hizo, saboreando una segunda cerveza mientras me observaba con esos ojos oscuros y sabedores.

—Todavía está aquí —murmuró Anika, llenando su botella de agua desde el grifo de la barra.

Pasé mi trapo sobre la pegajosa superficie de acero inoxidable, decidida a no mirar al hombre en cuestión por millonésima vez.

—Ella, por si no te diste cuenta, eso es una buena señal.

Me encogí, apretando inconscientemente el trapo. —¿Lo es?

—Absofucking-lutamente —señaló con la cabeza hacia el restaurante casi vacío—. ¿Qué tal si terminas tu turno y te tomas una copa con el Señor Vikingo? Yo puedo cerrar esta noche —inclinó la cabeza hacia el extremo opuesto de la barra donde Drake Andrews y Dane Butler estaban sentados, examinando papeles esparcidos a su alrededor—. Por mucho que quiera ser el jamón en su sándwich, me sacrificaré por el equipo y haré un poco de reconocimiento para nuestra mejor amiga.

Observé a los dos hombres. —¿Le mandaste mensaje a Blue?

—Tan pronto como entraron —confirmó—. La mujer dijo que no le importa, pero ambas sabemos que eso es mentira.

Los dos hombres habían vivido en Capricorn Cove antes de unirse a la Marina. Habían sido niños de acogida que vivían con nuestra amiga, Bluebell 'Blue' McKenney. Los tres habían sido inseparables,

permanentemente unidos en fiestas o en la escuela. Hasta que los hombres se alistaron y se marcharon, dejando a Blue atrás.

Puse los ojos en blanco. —Eres tan sutil como un toro en una cristalería.

—¡Mentiras! Soy la espía perfecta. Nadie sospecha que una cara tan perfecta pueda ser tan astuta —me dio una palmada juguetona en el trasero—. ¡Ahora vete! Sal de aquí, mujer, y haz que ese hombre te introduzca en el maravilloso mundo del deseo carnal.

Me reí, alejándome de ella de un salto. —Te veo mañana.

—¡Quiero detalles!

Agarré mi bolso del almacén y me contoneé desde detrás de la barra. Los ojos oscuros de Gunnar me siguieron mientras me acercaba, un escalofrío de reconocimiento bailando por mi columna vertebral.

—Hola —me deslicé en un taburete a su lado, tratando de calmar mis nervios—. ¿Quieres compañía?

Sonrió, lento y relajado. —Solo si esa compañía eres tú.

La chispa que había crepitado alegremente entre nosotros toda la noche se encendió. El fuego de la atracción era innegable. Rompí el contacto visual, poco acostumbrada a que alguien me mirara con un deseo tan evidente.

Anika dejó una cerveza en la barra con una sonrisa antes de alejarse bailando.

—¿Tu amiga? —preguntó Gunnar, asintiendo hacia la espalda de Anika que se alejaba.

—Y socia comercial —levanté la botella y señalé hacia la cocina—. Yo soy la chica de las cervezas; Anika es la de las papilas gustativas mágicas.

—Bueno, puedo decir con seguridad que este es uno de los bares más agradables en los que he tropezado.

Arqueé una ceja. —¿Sueles tropezar en bares habitualmente?

Se inclinó hacia mí, salvando sin esfuerzo la distancia entre nosotros. Su aroma provocó mi nariz: sal, sudor y un poco de almizcle.

—Solo en aquellos con dueñas hermosas.

¡Uf! Este hombre es un peligro para la humanidad femenina.

Durante un largo trago de mi cerveza, me permití contemplarlo, absorbiendo la amplitud de sus hombros, el barril de su pecho, sus piernas como troncos. Una montaña de hombre, Gunnar me hacía sentir delicada y pequeña, lo cual no era tarea fácil.

Había nacido curvilínea. Mi cuerpo construido grande, audaz y hermoso, y ninguna cantidad de ejercicio o dieta iba a cambiar mi forma básica. Había aprendido a amar mis curvas, acentuándolas y encontrando placer en cómo mi cuerpo se movía y se sentía.

Pero mi cuerpo no estaba de moda, y probablemente nunca lo estaría. Lo que significaba que el diagrama de Venn que representaba la superposición entre los chicos que me querían y mi atracción hacia ellos seguía siendo minúsculo.

Si fuera honesta, parecía que solo un nombre se sentaba en el centro del gráfico esta noche.

Quizá era la mirada en los ojos de Gunnar, pero tenía la sensación de que él abrazaría mis curvas, mostrándoles el amor y aprecio que siempre había anhelado.

Aclaré mi garganta, tratando de no poner demasiadas esperanzas en esta noche. —Entonces, cuéntame sobre ti. ¿A qué te dedicas?

Sonrió, lento y relajado. —Mi hermano y yo somos copropietarios de una empresa de construcción de barcos. La heredamos de nuestro

padre después de que se jubilara. O, debería decir, semi-jubilara, ya que no puede evitarlo.

Solté una risita, disfrutando del cariño nostálgico con el que se refería a su padre. —¿En qué parte?

—Cabo Hardgrave.

—Ah. —No pude evitar tomarle el pelo—. Entonces eres de la isla principal.

—Solo cuando no estoy en el mar.

Intercambiamos una sonrisa. La amistosa rivalidad entre las diversas islas de Astipia se había establecido hace siglos; nosotros éramos simplemente un producto de nuestra crianza.

Jugué con la etiqueta de mi botella de cerveza. —Una empresa de construcción de barcos debe mantenerte ocupado.

—No más que un bar, me imagino.

—Verdad. —Incliné la cabeza—. Nunca te había visto por aquí antes.

Se recostó, pasándose una mano por el cabello. —Eso es porque normalmente no estoy tan al norte. Teníamos que recoger un yate para una renovación y no había nadie más disponible. —Negó con la cabeza—. Debí haber imaginado que sería un desastre cuando el cliente envió la solicitud original de renovación.

Hice una mueca comprensiva. —¿Tan mal está?

—El barco apenas funciona. La tormenta se intensificó e inundó el motor. Logré cuidarla hasta el puerto más cercano, pero se estropeó completamente cuando atracaba. Creo que estaré aquí por un tiempo esperando que lleguen algunas piezas de repuesto. —Colocó su mano junto a la mía en la barra, un dedo rozando ligeramente mi meñique. Su simple toque hizo que todos mis nervios se activaran, un placer delicioso asentándose en lo profundo de mi vientre.

—Quizás el Dios del trueno estaba cuidando de mí.

Resoplé. —¿Por qué dices eso?

Su gran mano se levantó para acunar mi mejilla. Se acercó, su boca flotando a medio suspiro de la mía.

—Porque estoy mirando a una mujer que solo puedo describir como una Valquiria. —Sus labios se curvaron—. ¿Demasiado cursi?

—Un poco, pero de la mejor manera.

—Bien. —Sus labios cubrieron los míos, su boca firme pero casta.

Lo que comenzó como una exploración —el presionar de labios, su mano cálida contra mi mejilla, nuestras rodillas rozándose— rápidamente escaló. Sus labios sedujeron los míos mientras inclinaba mi cabeza, buscando un acceso mejor y más profundo. Nuestras lenguas se enredaron, la suya provocando la mía en una danza húmeda, caliente y dolorosamente exigente. Caí en una nube de deseo, pidiendo más, queriendo más, desesperada porque tomara todo lo que yo tenía para dar.

Se apartó suavemente, sus ojos ardientes. —¿Quieres que nos vayamos de aquí?

Asentí, incapaz de hablar.

—¿Mi yate o tu casa?

—La mía está más cerca —respondí sin dudar.

—Entonces guía el camino, Valquiria.

El apodo hizo que mis piernas se volvieran de gelatina. Me deslicé del taburete, guiándolo a través del restaurante hacia la puerta.

Los cielos se abrieron nuevamente, la lluvia torrencial cayendo a cántaros mientras los truenos y relámpagos crepitaban, electrificando el aire.

Parecía una noche para ser imprudente.

—Vamos. —Agarré la mano de Gunnar, arrastrándolo entre risas hacia el aguacero. Corrimos por detrás del bar y a través del área exterior hasta una puerta en el extremo más alejado de la propiedad.

La lluvia caía en un torrente violento, llevándose mis inhibiciones.

Con un rápido giro de mi llave, tropezamos por un sendero de grava, subimos tres escalones y nos detuvimos en el portal de la pequeña cabaña que llamaba hogar.

Mi mano se suspendió sobre el pomo de la puerta.

—¿Estás seguro? —pregunté, gritando para que me oyera por encima de la estruendosa tormenta.

—Carajo, sí.

Abrí la puerta de golpe, derramándonos en la pequeña entrada, nuestras risas llenando la habitación silenciosa. El agua corría de nuestros cuerpos, formando charcos en el piso de madera.

—¿Luces? —preguntó, tocándome como si no pudiera parar.

Extendí la mano, presionando el interruptor y frunciendo el ceño cuando nada pasó.

—Rayos, debe haberse cortado la luz —Me quité los zapatos, bailando lejos de sus manos.

—Funcionaba bien en el bar. —Me acechaba mientras me dirigía a la cocina.

—Tenemos nuestro propio generador. —Abrí un cajón que había dedicado a emergencias—. Toma. —Le entregué una linterna—. Sostén eso mientras enciendo las velas.

Recorrí las áreas de la sala y el comedor, encendiendo las múltiples velas que estaban en fanales de vidrio, listas para un momento como este.

—¿Suelen cortarse seguido la luz? —preguntó Gunnar, apagando la linterna mientras el cálido resplandor de las velas iluminaba la habitación.

—Lo suficiente como para estar preparada.

—¿Pero no tienes un generador?

—No, el bar fue primero. —Me encogí de hombros—. Conseguiré uno, eventualmente. —Encendí un segundo fósforo, acercándolo a la mecha de otra vela.

—Deberías conseguir uno mañana.

Puse los ojos en blanco. —Está en la lista.

Él se cruzó de brazos mientras yo apagaba la llama del largo fósforo, desechándolo en mi chimenea vacía.

—Listo. —Sacudí mis manos en mi falda mojada—. Probablemente deberíamos quitarnos esta ropa. —Aparté mi blusa de mi cuerpo con una mueca—. No creo que estuvieras buscando un concurso de camisetas mojadas esta noche.

Sonrió. —Creo que esta podría ser una situación en la que mi mejor opción es quedarme callado.

Solté una risita, recogiendo mi pelo en un moño alto. —Hombre inteligente.

—¿Tienes algo que pueda ponerme? —preguntó.

—Puede que tenga un vestido o dos.

—Espero que sean de mi color.

Me siguió hasta el armario de la ropa de cama.

—Toma. —Le entregué una toalla—. La ducha está por allá. —Señalé con la cabeza la puerta al otro lado del pasillo—. Aunque no haya

electricidad, el agua del tanque normalmente se mantiene caliente por algunas horas.

Se detuvo en la puerta del baño. —¿Vienes?

Se me cortó la respiración.

¿Vienes?

Tan fácil. Como si todo lo que había pasado antes de este momento no hubiera sido ya un evento que cambiaría mi vida.

—¿Q-quieres que yo...? —Hice un gesto hacia el baño.

—Oh, sí. —Se giró para apoyarse contra el marco de la puerta. Mi mirada bajó, notando que su ropa mojada no ocultaba en absoluto su excitación.

Un relámpago afuera iluminó brevemente el interior de la casa. Un estruendoso trueno le siguió, tan fuerte que hizo vibrar los marcos en mi pared.

Bueno, ya escuchaste a los Dioses.

Este tira y afloja seguía siendo territorio inexplorado para mí. Besar podía hacerlo. ¿Caricias intensas? Claro. ¿Desnudarme? No tanto.

Intenté inyectar una despreocupada confianza en mis movimientos, abriéndome paso con descaro.

Gunnar se movió, permitiéndome pasar, nuestros cuerpos rozándose. Pasó una mano por mi mejilla y bajó por mi cuello, deteniéndose en mi clavícula.

—Quítatela —ordenó—. Desnúdate para mí, Ella.

Dudé, vacilante en mi incertidumbre.

—Por favor.

Mis manos bajaron a mi cintura, sacando la camisa de mi falda. Canalizando una confianza que no estaba segura de sentir, despegué

el material mojado de mi cuerpo y lo tiré a un lado, quedándome con un sostén negro que hacía cosas magníficas con mis pechos.

Gracias por tus elecciones, Ella del pasado.

Gunnar soltó un gemido. —Ahora, la falda.

Temblé mientras forcejeaba con el cierre, bajándolo y empujando el material sobre mis caderas. La tela empapada se adhería a mis curvas, obligándome a retorcerme para liberarme.

Gunnar gimió, con la mirada fija en mis pechos.

—Mierda, eres hermosa.

Se movió, arrancándose la camisa y tirándola en mi bañera. Se bajó los jeans por los muslos con movimientos casi violentos, su miembro cayendo pesadamente contra su muslo.

No llevaba ropa interior.

Gunnar no llevaba ropa interior.

¡Dios mío! ¡No llevaba ropa interior!

Largo y grueso, su miembro encajaba con la forma de su cuerpo, completamente proporcionado con el resto de él.

—Sostén —ordenó Gunnar, liberándose de su ropa—. Deja la ropa interior puesta.

Y así, sin más, fui consciente de las diferencias entre nosotros. Gunnar parecía tallado en piedra. Hermoso y rugoso con una brutalidad primitiva e intemporal que lo hacía aún más interesante. Su piel besada por el sol contrastaba marcadamente con mi pálida y abundante suavidad, mis curvas exuberantemente lozanas contra él.

Parpadeé. —¿Dejar la...?

—¿Quieres que te tome en la ducha o en la cama?

Deliciosos destellos de placer chispearon por mis venas, el deseo calentando esa parte oculta de mí.

—Cama —susurré.

Extendió la mano para pasar un dedo por la parte superior de mi ropa interior. —Entonces mejor déjatela puesta. —Sus labios se curvaron—. No estoy seguro de poder contenerme si te la quitas.

Una sensación pesada y embriagadora invadió mis extremidades, una sensación completamente diferente a cualquier cosa que hubiera experimentado antes, mientras la incertidumbre, la anticipación y el deseo luchaban por la supremacía.

Gunnar alcanzó la pequeña cabina de la ducha, girando las llaves. Probó la temperatura, ajustándola antes de indicarme que entrara. Pasé junto a él, suspirando cuando el agua tibia caía sobre mi piel, ahuyentando el ligero escalofrío. Él se apretujó detrás de mí, empequeñeciendo el espacio, su pecho desnudo presionando contra mi espalda.

—Necesito probarte. —Su gemido gutural envió escalofríos por mi espalda.

Me moví para girarme, pero sus manos cayeron a mis caderas, manteniéndome en mi lugar.

—No. Pon tus manos en la pared.

Obedecí, presionando mis palmas contra los azulejos fríos, moviéndome para separar mis piernas.

—Buena chica —me elogió, una mano recorriendo mi columna. Ajustó el chorro para que cayera por mi espalda.

—¿Gunnar? Nunca he hecho esto antes.

Sus manos, que habían comenzado a dibujar lentos círculos arriba y abajo por mi espalda, se detuvieron. —¿Sexo en la ducha?

—Nada de esto —admití, cerrando los ojos—. Soy virgen.

Se puso rígido, quedándose en silencio.

Abrí los ojos para mirar los azulejos, el calor sonrojando mis mejillas. —Di algo —susurré.

—¿Quieres acostarte conmigo?

—Sí.

—¿Quieres que tome tu apretada vagina?

Me estremecí ante sus palabras sucias. —Sí.

Agarró mis caderas, tirando de mí hacia atrás contra él. Sus labios mordisquearon el lóbulo de mi oreja.

—No te preocupes, nena. —Gentilmente inclinó mi barbilla para que pudiera mirarlo—. Haré que esto sea bueno para ti.

Me besó, rudo, duro, caliente. Nuestras lenguas se enredaron, húmedas y deseosas mientras tomaba todo lo que yo tenía para dar, sin ofrecerme escape, sin más opción que rendirme.

Me encantó.

Rompió nuestro beso, presionando sus labios ardientes contra mi cuello y hombro. Sus manos parecían estar en todas partes: recorriendo mis costados, rozando mis pechos, agarrando la curva de mi trasero.

Gemí, suplicando por algo, cualquier cosa... por *más*.

—Shhh —susurró, mordisqueando mi hombro—. Te daré lo que necesitas.

Sus manos se deslizaron sobre el algodón empapado de mi ropa interior para engancharse por debajo. Sus dedos, sus ingeniosos, ingeniosos dedos, trazaron mis labios externos, recolectando evidencia de mi abrumadora excitación.

—¿Qué tenemos aquí? —su boca ardiente rozó mi oreja, provocándome estremecimientos placenteros mientras me tocaba y provocaba—. ¿Has sido una chica traviesa, Ella? —presionó contra mi sexo desnudo—. ¿Hiciste esto para alguien?

—¿La b-brasileña? —pregunté. Él frotó su erección contra mi trasero.

—Mm —trazó de un lado a otro la piel sensible de mi sexo con dedos ligeros y provocadores. Me estremecí bajo sus manos, esos roces fugaces eran casi demasiado para soportar.

—N-n-no —balbuceé, perdida en el placer—. Para mí.

—Buena respuesta.

Jadeé cuando sus dedos se sumergieron, acariciándome de una manera en que nadie lo había hecho antes. Danzó con toques sobre mi clítoris, arrancándome maldiciones y alabanzas en igual medida.

—Más —supliqué, presionándome contra sus dedos—. Por favor, Gunnar. Más.

Se rio, un sonido como chocolate oscuro y whisky suave. —Te tengo, nena.

Quitó su mano de mi cadera, deslizándola hacia arriba para jugar con mi pezón erecto. La otra permaneció en mi centro; sus dedos provocaban mi clítoris, tentando, sumergiendo, arrastrando, corrompiéndome hasta que no pude soportar la tensión en espiral.

—¡Por favor!

Presionó con fuerza contra mi clítoris, girando una vez, dos veces, una tercera vez mientras me deshacía bajo él, mis gritos llenando el pequeño cubículo mientras mi cuerpo se arqueaba, el orgasmo enviándome en espiral. Me derrumbé contra los azulejos, con las piernas inestables, el cuerpo temblando tras el clímax.

Gunnar me calmó con suaves besos por mi hombro, su voz áspera reconfortándome mientras me sostenía firmemente contra su pecho.

—Te tengo, nena.

Presioné mi mejilla contra la pared de azulejos, luchando por encontrar mi camino de regreso a la realidad, mi nueva realidad. La realidad donde un hombre había extraído de mí, con dedos hábiles y poco esfuerzo, algo que solo había hecho por mí misma.

Cerró la llave del agua, sosteniéndome hasta que pude mantenerme en pie.

—Déjame ayudarte.

Pasó una toalla sobre sí mismo, envolviéndola alrededor de sus caderas antes de volverse hacia mí. Apartando mis manos, pasó la tela esponjosa sobre mi piel, regresando para asegurarse de secar cada gota de agua. Con manos gentiles envolvió mi cabello, largo, grueso y pesado por el agua, en otra toalla, besando mi hombro mientras lo hacía.

Le permití cuidarme, dejando que me moviera en cualquier dirección que deseara. Nunca había tenido a nadie que me cuidara así; la sensación era a la vez embriagadora y excitante.

Se apartó, tomando mi mano. —¿Dónde está tu cama—

Mi estómago gruñó, interrumpiéndolo.

—¿Hambrienta? —preguntó Gunnar, con sus labios crispándose divertidos.

—Turno ocupado y nos faltaba una persona. Puede que me haya saltado la cena —admití—. Normalmente, solo tomaría algo después de cerrar, pero...

—Pero interrumpí tus planes.

Me reí, apoyándome en su pecho. —No quiero decir que no fuera una interrupción bienvenida.

Me acercó a él, presionando un suave beso en la punta de cada pecho.

—Vístete. Veré qué puedo encontrar para ti.

Cedí al impulso, sujetando su cabeza para mantenerlo contra mis pechos, deleitándome con la sensación de su barba raspando contra mi piel. —¿Qué tal si vas a la habitación y me esperas mientras yo—

—No —se apartó, rozando mis mejillas con sus nudillos—. Tengo una regla, Ella. Si una mujer me deja entrar en su cama, lo mínimo que puedo hacer es alimentarla y asegurarme de que disfrute.

Su mano bajó para acariciar uno de mis pechos. —Ya hemos hecho la mitad de lo segundo. Es hora de que me permitas hacer lo primero.

Aspiré con un suspiro entrecortado, el calor comenzando de nuevo a acumularse en mi abdomen.

—Gunnar...

Dio un paso atrás. —Vamos a alimentarte antes de que pierda la cabeza.

Con el corazón en la garganta, me envolví de nuevo con la toalla y le permití guiarme fuera del baño, preguntándome mentalmente lo único que no estaba segura de querer responder.

¿Podría esta noche ser más perfecta?

3

GUNNAR

Oí a Ella moviéndose en su habitación mientras rebuscaba en su despensa y refrigerador. Las velas alrededor de la casa llenaban el espacio con una cálida luz parpadeante. Afuera, la tormenta continuaba enfurecida, con truenos y relámpagos trabados en combate.

La despensa de Ella estaba sorprendentemente bien surtida, aunque debí haber esperado que una dueña de restaurante fuera una amante de la comida que disfrutara cocinar.

Coloqué mis ingredientes en la isla de su cocina, decidiéndome por un plato de desayuno. Batí huevos, canela, vainilla, leche y una pizca de azúcar, vertiendo la mezcla líquida en un recipiente plano. Dejándolo a un lado, corté rebanadas gruesas de pan de masa fermentada, las sumergí en el líquido y luego las coloqué en una sartén caliente.

—Eso huele bien —dijo Ella, acercándose a mí. Me detuve a mitad de voltear el pan, con la boca haciéndose agua mientras la contemplaba. Se había secado el cabello, dejándolo caer libremente alrededor de su rostro en un enredo despeinado. Llevaba puesto un kimono estampado, que había dejado sin atar en la parte delantera. Debajo de la bata había un trozo de encaje y satén negro, que se aferraba provocativamente a cada curva de su cuerpo.

Al diablo con el desayuno. Quería saborear cada centímetro de ella.

—¿Qué? —Ella miró hacia abajo, con las manos flotando sobre su estómago—. ¿Tengo algo aquí? Tuve que sacarlo del almacén. Normalmente no soy una chica de lencería, así que quizás tenga algo de polvo...

La atraje hacia mí, silenciando su boca con la mía. Ella se entregó al beso, dejándome tomar lo que necesitaba, siguiéndome

voluntariamente por cualquier camino que yo eligiera. Este nivel de confianza —de inocencia ciega— era algo embriagador y poderoso.

Y tan condenadamente humillante. Quería que esto fuera bueno para ella. Quería que disfrutara cada momento. Necesitaba hacer que esto fuera perfecto.

Nunca había creído en el amor a primera vista. Demonios, ni siquiera estaba convencido de que el amor realmente existiera. Pero esta atracción entre nosotros era innegable. Cuanto más tiempo pasaba con ella, más me convencía de que esto no era solo lujuria o infatuación. Ella me hacía considerar cosas en las que nunca antes había pensado. Cosas como que tal vez estos sentimientos entre nosotros no eran simplemente sexuales.

¿Podría haber encontrado a mi alma gemela? ¿Acaso creía en las almas gemelas?

El hecho era que había conocido a esta mujer hace menos de cuatro horas, y aquí estaba yo en su cocina considerando la posibilidad de establecerme, de crear una vida aquí con ella.

Mi familia se reiría a carcajadas si pudieran verme ahora. No era precisamente conocido como el Señor Amor. ¿Adicto al trabajo, decidido, estoico? Sí.

¿Del tipo que se enamora perdidamente de una mujer que acababa de conocer? Ni de coña.

Rompí nuestro beso, volviendo a la estufa justo a tiempo para rescatar la tostada.

—¿Qué estás preparando? —preguntó Ella, rodeando mi cintura con sus brazos.

—Pan francés con plátanos y miel de maple.

—¿Puedo ayudar?

—Claro, ¿puedes cortar el plátano?

Ella me dio un beso en la espalda antes de moverse hacia la isla de la cocina. Trabajamos en un silencio agradable durante unos minutos, yo cocinando las tostadas, ella cortando y transfiriendo los plátanos a la sartén que esperaba.

—Un minuto de cada lado —expliqué, volteando las rebanadas de pan—. Luego las cubriremos con un generoso gluglú de maple, y estarán listas.

—¿Gluglú? —Apoyó su cadera contra la encimera junto a mí, sus impresionantes ojos cálidos de diversión—. ¿Es esa una medida oficial?

Me reí entre dientes. —Oh, mujer de poca fe. Ya verás.

Levanté la botella de maple, inclinándola sobre la sartén. Se formó una burbuja de aire en el cuello y burbujeó, haciendo un sonido de gluglú mientras el líquido pasaba.

—¡No puede ser! —exclamó Ella, golpeándome el brazo juguetonamente—. Eso es ridículo.

—Es un secreto comercial vikingo —le dije solemnemente, sosteniendo la espátula contra mi pecho—. Solo lo revelamos a las más nobles valkirias.

Ella se rió, sus impresionantes ojos bailando con alegría. —Juro llevarlo a la tumba.

Dividí la comida, decorando el pan tostado con los trozos de plátano caramelizado. Nos sentamos en su barra de desayuno, devorando el desastre almibarado.

—Oh, Dios —gimió Ella, cerrando los ojos—. Esto es divino. Debería añadirlo a nuestro menú.

Sonreí, disfrutando de su placer. —De nada. No todos los días tengo la oportunidad de alimentar a una mujer hermosa.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado, observándome mientras masticaba.

—¿Qué? —pregunté, cortando la tostada con mi tenedor—. ¿Qué significa esa mirada?

—Creo que acabo de darme cuenta de que no sé nada sobre ti. Dices que no es algo cotidiano, pero yo no sabría si eso es verdad.

Dejé el tenedor y tomé su mano libre, entrelazando mis dedos con los suyos. Volteándome completamente hacia ella, me incliné, atrapando y manteniendo su mirada.

—Es verdad. Contrario a lo que esta noche pudiera parecer, no soy alguien que se acuesta con cualquiera. Ha pasado... —hice una pausa, tratando de recordar la última vez que había estado con alguien—. ...un tiempo. Y antes de eso, fue una relación que duró un año. —Apoyé mi frente contra la suya—. ¿Esta atracción entre nosotros? Es jodidamente intensa y me está haciendo perder la compostura.

—No sé si sentirme feliz por eso.

Me alejé, soltándola lentamente. —Podrás decírmelo después de que te haga llegar al orgasmo varias veces.

Se sonrojó, bajando la cabeza hacia su plato y metiéndose comida en la boca. Sonriendo ante su reacción, cambié de tema.

—¿Siempre has vivido en Capricorn Cove?

Ella asintió. —La familia de mi madre puede rastrear nuestro linaje hasta las tribus originales Manari. Eran pescadores y pescadoras que se establecieron en esta área, viviendo de la tierra y el mar hasta que llegaron los colonizadores. Más tarde algunos se convirtieron en agricultores mientras otros eligieron el mar.

—¿Y el lado de tu padre?

—Una mezcla variada de europeos que llegaron a las costas de Astipia. —Se rió, pinchando un trozo de plátano—. La gente de mi padre *no son* marineros. Son principalmente académicos desde hace mucho tiempo. Creo que incluso tenemos un ex sacerdote en la familia.

—¿Y nunca has pensado en irte?

—Absolutamente no. Este es mi hogar. Es donde me siento conectada con mi tierra y mi familia.

Entendí el sentimiento. —La gente de mi madre es de Estados Unidos y, antes de eso, de Europa. Pero los de mi padre son de Noruega. Podemos rastrear su linaje hasta los vikingos. Fui a Noruega por trabajo hace unos años, y pisar el país que corría tan profundo en mi ADN se sintió como volver a casa. Como si me hubiera conectado con una parte de mí mismo que no sabía que me faltaba.

—¡Exactamente! —Ella me apuntó con su tenedor, sus ojos brillando —. Es por eso que no creo que me vaya nunca. Me encanta estar aquí. Hay tanta belleza e historia. Astipia en sí es una tierra rica en cultura, pero ¿Capricorn Cove? —Negó con la cabeza—. Es glorioso.

—Empiezo a ver el atractivo.

Nuestra conversación fluyó libre y fácilmente mientras comíamos, y a pesar del deseo que vibraba por mis venas, me encontré reacio a apresurarnos hacia la habitación. Ella me encantaba muchísimo y conocer más sobre ella simplemente aumentaba mi atracción.

Estoy metido hasta el cuello.

—Asistí a Norwell, obtuve mi título en negocios, y luego me largué de allí —le conté—. Odiaba la universidad, de verdad. Odiaba estudiar. Soy mejor cuando puedo actuar con lo que sé... ¿ser obligado a aprender sin ningún resultado? Es como una tortura para mí. ¿Y tú?

—Universidad comunitaria. Está como a una hora de aquí. Incluso unos pocos años lejos habrían sido demasiados.

Asentí. —¿Qué estudiaste?

—Hotelería y negocios. —Sonrió—. Siempre supe que quería intentarlo aquí. La gente busca los lugares pintorescos y tranquilos que recuerdan de su infancia, pero con todas las comodidades que esperan como adultos. Comenzamos con un food truck, pero después de que mi abuela falleció y me dejó algo de dinero, Anika me convenció de invertirlo.

—Lamento tu pérdida.

—Gracias. —Me ofreció una pequeña sonrisa—. Todavía la extraño, pero creo que estaría orgullosa de lo que hemos construido. —Se inclinó hacia adelante, su camisola bajando lo suficiente para revelar la sombra de sus pezones—. Y ella amaba este pueblo. El océano, la gente. Creo que le encantaría que esté creando una vida para mí aquí.

—Te entiendo —respondí, ignorando mi miembro que ahora formaba una carpa en la toalla que llevaba—. Volvía a casa cada vez que podía. Crecí entre barcos y playas. Sentía como si me faltara una parte de mí mientras vivía en el campus.

—¿El Lago Muniahra no te satisfacía? —bromeó, estirándose para apretar mi rodilla.

Atrapé su mano, entrelazando sus dedos con los míos. —Dudo que alguien pensara que el lago era un sustituto de una buena playa. —Dejé descansar nuestras manos sobre la toalla que cubría mi muslo —. Entonces, ¿qué sigue para ti? ¿Expansión?

—En realidad, la propiedad es tan grande que este año hemos estado sirviendo brunch en el patio los fines de semana. Ha tenido tanto éxito que justifica abrir para el almuerzo y el desayuno el próximo año, además del horario nocturno. Estamos empezando a ver más competencia con nuevos lugares abriendo, pero somos

confiables y tenemos una reputación estelar. —Se rió—. Sin mencionar las conexiones locales para conseguir los mejores productos.

Me reí entre dientes. —No hay nada como un buen nepotismo local.

—¡Absolutamente! También estoy jugando con la idea de comprar algunas propiedades más. Hay tres a lo largo del camino del acantilado, todas anticuadas y necesitando reparaciones, pero sus dueños están envejeciendo y pensando en vender. Tienen vistas increíbles, lo que sería un verdadero punto de venta. Estaba considerando quizás adquirir algunas y arreglarlas como casas de vacaciones. Ofreciéndolas con un paquete completo para bodas.

—Vaya, mierda. Eres una Reina construyendo un imperio —Presioné un beso en el dorso de su mano.

Se sonrojó pero no apartó la mirada. Nuestros ojos se encontraron, sosteniéndose, mientras la atmósfera relajada daba paso a una tensión eléctrica.

—Ella —pasé mi pulgar por el dorso de su mano.

—¿Sí?

—Súbete a la encimera.

Sus cejas se arquearon. —¿Disculpa?

—Salta a la encimera, nena.

—Pero —Inclinó la cabeza hacia un lado, un grueso mechón de cabello cayendo sobre su hombro—. ¿Por qué?

Me deslicé de mi taburete, quitándome la toalla de un tirón. Mi verga se irguió, lista y ansiosa. —Porque quiero comerte la pussy.

Su mirada descendió hasta mi verga. Sus labios se separaron, sus ojos vidriosos.

Mierda, sí. Esta mujer es increíble.

Estaba a punto de perder la paciencia y levantarla a la encimera cuando ella se deslizó de su silla y se arrodilló.

—Ella, ¿qué estás...?

—Quiero probarte —murmuró, extendiendo una mano hacia mi verga. Dudó, mirándome—. ¿Está bien?

—Mierda, sí. —Me costó toda mi maldita fuerza de voluntad no alargar la mano hacia ella—. Haz lo que te haga sentir bien, lo que quieras.

Me encantaba que Ella me hubiera mirado y le gustara lo que veía. Me volvía loco saber que me quería en su boca, el sabor de mí en su lengua.

La observé mientras se acomodaba de rodillas, su mano envolviendo la base de mi verga mientras me examinaba. Se lamió los labios, con un ligero ceño fruncido.

—¿Todo bien, nena? —pregunté, tensándome.

—Sí, solo... estoy calculando —murmuró.

—Calculando... —Me interrumpí, un gemido torcido escapando de mi garganta cuando ella se inclinó hacia adelante, tomándome de un rápido desliz. El calor de su boca, el arrastre de su lengua, la calidez envolviendo mi verga... todo era increíblemente bueno.

Valhalla. Cielo. Nirvana.

No me importaba qué nombre le pusieras a este placer. Solo sabía que nunca quería que terminara.

Ella se retiró, alzando una mano para apartar el cabello de su rostro.

—Déjame a mí —gruñí, obligando a mi cuerpo embriagado de placer a moverse. Estiré el brazo, agarrando su cabello y apartándolo de su rostro. Ella gimió cuando mis dedos se hundieron en su espesa melena, masajeando su cuero cabelludo.

—¿Te gusta eso? —pregunté, tanteando un poco el terreno.

—Muchísimo —jadeó, lamiéndose los labios.

Tiré de su cabello con mi puño, lo suficiente para añadir un pequeño toque de tensión.

Ella gimió, sus ojos cerrándose mientras avanzaba con entusiasmo contra mi tirón, su boca succionándome desesperadamente de nuevo.

Parecía que a mi mujer le gustaba un poco de dolor con su placer.

Es jodidamente perfecta.

Chupaba y tragaba, su mano acariciando la base de mi verga mientras sus labios y lengua me volvían loco. No había delicadeza en sus movimientos, ni artificio practicado que restara de su entusiasmo. Era necesidad pura y desesperada.

Y yo amaba cada maldito momento.

Se echó hacia atrás, recorriendo con su lengua la corona para encontrar un punto sensible en la parte inferior de mi verga.

—Mierda —jadeé, sosteniendo su cabeza quieta mientras mis caderas se sacudían, mi verga entrando y saliendo de su boca deseosa—. Voy a acabar, nena. Dame un golpecito en la pierna si quieres que me retire.

No lo hizo. Mantuvo su ritmo, sonidos hambrientos y lascivos escapando de su garganta.

—¡Mierda! —Exploté en su boca, el semen golpeando el fondo de su garganta. Lo tragó con un pequeño murmullo de placer.

—Jesucristo —Me derrumbé de nuevo en el taburete, acariciando su cabello—. Mierda.

Ella soltó una risita, poniéndose de pie. Trastabilló, y mis manos salieron disparadas para agarrar sus caderas y estabilizarla.

—Eso fue... —Se mordió el labio, buscando las palabras—. Hermoso.

—Sí —Sonreí, acercándola para acariciar su mejilla—. Tengo que estar de acuerdo. Te veías jodidamente preciosa con mi verga en tu garganta.

Sentí el sonrojo calentar su mejilla.

—¡Gunnar!

—¿Qué? —Me retiré, una mano siguiendo la curva de su cuerpo para rozar su abdomen y bajar hasta la hendidura de su pussy. Deslicé una mano bajo su lencería, encontrándola desnuda y empapada. Mis dedos capturaron su calor húmedo, el olor almizclado de su deseo volviéndome loco.

Encontrando su clítoris, tracé círculos perezosos alrededor de la carne sensible, deleitándome con su gemido entrecortado. Sus uñas se clavaron en mi antebrazo, su cuerpo arqueándose mientras buscaba más.

—¿Alguna vez has hecho eso para alguien más?

Ella sacudió la cabeza, sus caderas moviéndose inquietas contra mi mano. Una satisfacción arrogante se asentó en mi estómago.

Yo sería el primero en todo para ella. Y también el último, si se hacía a mi manera.

Aparté ese último pensamiento, incapaz de procesar el instinto posesivo que me impulsaba a reclamar a esta mujer como mía.

—Creo que ese esfuerzo merece una recompensa, nena —murmuré, aumentando la presión contra su clítoris. Sus manos se aferraron a mis brazos, su boca entreabriéndose mientras pequeños gemidos escapaban.

La mantuve así, aprisionada entre mis muslos, con una mano presionándola contra mí y la otra brindándole placer.

—¿Lista? —pregunté, con mis labios presionados contra el borde de su oreja.

Ella asintió, frenética en su búsqueda de un final para esta exquisita tortura. Tiré de su vestido de tirantes, deslizando el material hacia abajo sobre sus pechos hasta que quedaron libres. Me acerqué, presionando besos ardientes en sus pezones, succionándolos en mi boca para saborearla con mi lengua.

Súplicas desesperadas comenzaron a brotar de sus labios, demandas obscenas por más.

Moví mis dedos una fracción hacia arriba y a la derecha, encontrando un punto que la volvía loca.

Ella se deshizo, sus piernas aprisionando mi mano mientras sus gritos llenaban la casa, su cuerpo convulsionando mientras empapaba mis dedos con su esencia.

—Carajo —murmuré, dejando que cabalgara su orgasmo. Mi miembro se endureció contra mi muslo, un hambre profunda instalándose en mi estómago.

Ella temblaba contra mí, con la respiración corta y agitada.

—Shhh, nena —susurré, acariciando suavemente su espalda. Subí el vestido de nuevo, ocultando sus gloriosos pechos de mi vista—. Solo respira.

—Nunca he... eso fue... —Se estremeció.

—Lo sé —presioné un beso en su frente, en su mejilla, inclinando su cabeza hacia arriba para alcanzar sus labios—. Solo respira.

Nos quedamos ahí por un largo momento, envueltos el uno en el otro. Le rogué a los dioses que ella sintiera la misma mezcla de emociones locas que yo. Maldita sea, si yo era el único que se sentía así... A estas alturas, estaría dispuesto a arrasar con esta ciudad por ella si me lo pidiera.

Necesitas calmarte un poco. Esto es ridículo.

Ignorando la voz sensata en mi cabeza, me aparté un poco para mirar a la hermosa mujer en mis brazos.

—¿A la cama? —pregunté.

—Por favor.

4

ELLA

Después de que cada uno tomara una vela para iluminar nuestro camino, guié a Gunnar hasta mi habitación. La pausa me dio justo el tiempo suficiente para racionalizar las últimas horas.

En teoría, debería estar nerviosa por el rumbo que estaba tomando la noche, pero no lograba reunir ni una pizca de ansiedad o preocupación. Quizás estaba siendo ingenua o cegada por una inundación de endorfinas; de cualquier manera, esto se sentía correcto.

El hombre sabía besar. Podía tocarme como en un sueño. Provocaba en mí reacciones y sentimientos que ni sabía que fueran posibles. Y créeme, había pasado años y miles de dólares cultivando una colección de vibradores digna de su propio museo.

A pesar de todo lo que habíamos hecho, seguía siendo virgen. A estas alturas, probablemente podría pedirle que se vistiera y mandarlo a casa, ambos satisfechos con los acontecimientos de la noche.

Pero no quería hacerlo. Quería a este hombre, este hombre divertido y atractivo que me preparaba comida y tocaba mi cuerpo a la perfección.

No es que no hubiera tenido ofertas a lo largo de los años. Algunos chicos me habían invitado a salir; menos aún habían llegado a una segunda cita. Solo uno había logrado interesarme lo suficiente como para llegar a la cita número tres, aunque cualquier atracción entre nosotros murió después de una cena que salió mal.

Algunos podrían pensar que era exigente, pero había pasado toda una vida aprendiendo a amar mi cuerpo curvilíneo y hermoso, y no necesitaba a nadie que me convenciera de lo contrario. Era fabulosa, absolutamente increíble, y ningún hombre, especialmente ningún

hombre al que estuviera considerando dejar entrar en mi vida, tenía derecho a decirme lo contrario.

Llevé a Gunnar a mi dormitorio, deteniéndome al pie de la cama. Coloqué el candelabro en el banco del dormitorio, la madera desgastada del baúl de esperanzas de mi abuela captando la cálida luz parpadeante de las velas. Afuera, la furia de la tormenta había pasado. Aunque la lluvia seguía cayendo, la violencia de los truenos se había retirado a un rumor en la lejanía, un sonido reconfortante más que electrizante.

Gunnar colocó el segundo candelabro en mi mesita de noche, mirando alrededor de la habitación.

Intenté ver el diseño a través de sus ojos, preguntándome qué pensaría de las paredes blancas y los muebles de colores pastel. Había optado por un estilo femenino, playero y bohemio. Madera y vidrio mezclados con telas suaves, plantas y adornos significativos para hacer que la habitación fuera tanto cómoda como acogedora.

—¿Eres diseñadora? —preguntó, levantando una foto que estaba en mi mesita de noche.

—No, solo me gustan las cosas bonitas.

En contraste con la energía elegante y femenina, Gunnar dominaba el espacio. Su cruda masculinidad no se veía disminuida en absoluto por la paleta abiertamente femenina.

Volvió a poner el marco de fotos en su lugar. —Se ve muy bonito.

Mi corazón dio un pequeño salto, complacida por su elogio. —No es muy grande. Pero trato de asegurarme de que cada habitación tenga una personalidad. Una sensación diferente.

—¿Y esta es como un abrazo cálido? —preguntó, caminando alrededor, rozando con los dedos las bufandas que había colgado junto a la ventana.

—Supongo que esa es una descripción tan buena como cualquier otra.

Liberó una bufanda larga, pasando la seda por su palma. Se volvió hacia mí con una expresión pensativa en su rostro.

—¿Alguna vez has pensado en cómo quieres que sea tu primera vez?

Mi respiración se quedó atrapada en mi garganta, mi pulso acelerándose.

Solo un millón de veces.

Cuando era niña, imaginaba una boda seguida de una noche de dulces besos; los cuentos de hadas generalmente no revelaban lo que sucedía después de que el reloj daba las doce. Como adolescente, imaginaba besos apasionados que conducían a una cama cubierta de rosas o un choque de bocas tan apasionado que solo llegaríamos hasta el asiento trasero de un auto. Como adulta, había fantaseado con aventuras de una noche y con hombres con los que formaría conexiones inmediatas. Me llevarían a su habitación de hotel, colmándome de pasión. Una vez, incluso consideré asistir a un club de sexo en la ciudad, ofreciéndome a quien me quisiera. Estaría con los ojos vendados, dejándome llevar por la persona que mi mente creara en lugar de someterme a la decepción de la realidad.

—Sí —susurré finalmente, con el corazón latiendo fuertemente en mis oídos.

—¿Y? —preguntó Gunnar, pasando la seda por su palma nuevamente. Sus movimientos eran lentos, deliberados, casi hipnóticos. Si uno pudiera sentir celos de un objeto inanimado, yo detestaba la bufanda en sus manos.

Su cuerpo desnudo brillaba a la luz de las velas, las sombras bailando amorosamente sobre los planos de su pecho. —¿Qué imaginabas?

Me estremecí, abrazando un brazo alrededor de mi cintura. —Cien escenarios diferentes.

—¿Cuál es tu favorito? —Arrastró la seda perezosamente de nuevo, la tela brillando a la luz de las velas.

—Mi historial de citas fue... menos que estelar —admití suavemente —. Durante mucho tiempo, asumí que no encontraría a alguien que me deseara tanto como yo a él.

—Entonces me encontraste a mí.

Me reí. —Sí.

—Continúa —me animó.

Me humedecí los labios resecos. —Mi favorita consiste en estar atada y con los ojos vendados. Nunca sabía quién sería él, solo que me deseaba, que quería tomarme.

Gunnar apretó la seda en su puño. —¿Te ataría? —su pregunta sonó ahogada, gutural, cruda.

Me estremecí. —Y me vendaba los ojos. Me daría placer, y luego tomaría mi virginidad —le susurré mi fantasía más profunda. Su miembro se sacudió, sus ojos oscureciéndose ante mi confesión.

—¿Quieres eso?

Dudé.

¿Todavía quería eso? ¿Mi fantasía de ser tomada por un hombre sin rostro, uno enfocado solo en mi placer, seguía siendo lo que deseaba?

No.

Negué lentamente con la cabeza. —No, no esta noche.

Él arqueó una ceja en señal de interrogación.

—Quiero que *tú* me des placer. —Me quité la bata. —Estoy bien con que me ates. —Deslicé un tirante del camisón por mi hombro. —Pero quiero ver tu rostro. Quiero ver tu disfrute. —Me quité el otro tirante, sacándome el vestido por la cabeza y arrojándolo lejos.

Desnuda y temblando de anticipación, deseo y un poco de miedo, me paré frente a él en toda mi hermosura curvilínea y exuberante.

Él emitió un sonido como ningún otro que hubiera escuchado, y mi corazón cayó a mi estómago, el miedo sobrepasando todo lo demás. No miedo de él, nunca miedo de él. No, este era miedo al rechazo.

—Sube a la cama.

Incliné la cabeza, luchando contra una sonrisa. Siguiendo su orden, me acomodé de espaldas entre los cojines y me posicioné en el centro del colchón.

—Manos arriba —ordenó Gunnar, acercándose a la cama.

Lentamente levanté mis manos, pasándolas por la suave piel de mis muslos, arrastrando los dedos por las curvas de mi estómago, subiendo para acunar brevemente mis senos. Pasé mis pulgares sobre mis pezones, el placer encendiéndose tanto por la burla de mis dedos como por su mirada de deseo apenas contenido.

—¡Arriba. Ahora! —ordenó, alcanzando mis manos.

Obedecí, levantando mis brazos y manteniéndolos sobre mi cabeza. Él puso una rodilla en la cama, inclinándose sobre mí para envolver la bufanda alrededor de mis muñecas.

—Si dices no, me detendré —prometió, entrelazando la bufanda en un puño lujurioso. —Si jalas esto —colocó un extremo en la palma de mi mano izquierda—, el nudo se deshará. La primera regla es confiar en que siempre estás a salvo. —Presionó un beso en mi muñeca. —¿Te sientes segura, nena?

Asentí, incapaz de responder, gracias a que mi corazón se había trasladado a mi garganta.

Corazón tonto. Él está aquí por la noche, no para siempre.

—Bien. —Dio un paso atrás, su mirada acariciando la forma de mi cuerpo. Bajó la mano, agarrando perezosamente su miembro. —Abre tus muslos, Ella.

Lentamente separé mis piernas, observando cómo cambiaba la expresión de Gunnar. El deseo desnudo allí se transformó, volviéndose más hambriento, más necesitado.

—¿Así? —Me abrí más, revelándome completamente ante él.

—Carajo —la palabra escapó de él, casi violenta en su intensidad—. Quédate ahí.

Rodeó la cama, cayendo de rodillas. Estirándose, enganchó sus brazos bajo mis rodillas y me arrastró hasta el borde. Solté un chillido cuando su cabeza se hundió en mi entrepierna, sus labios y lengua jugando a lo largo de mi pliegue.

—Oh, Dios. —Me arqueé contra su boca mientras su lengua se sumergía, deslizándose sobre mi clítoris. La bufanda tiraba de mis muñecas, recordándome mi impotencia mientras me movía inquietamente.

—Buena chica —murmuró, retrocediendo ligeramente para presionar un beso en mi muslo—. Te tengo, Ella.

Su boca regresó, y me tocó como un músico experto. Una serie lenta de círculos, una ligera succión, un dedo presionado justo así. Suspiré de placer, gimiendo, con los párpados cerrándose mientras me llevaba al límite, una y otra vez, sin dejarme caer nunca al otro lado.

—Por favor —supliqué, mi cuerpo retorciéndose bajo su boca—. Gunnar...

Se rio contra mí, las vibraciones llegando a mi centro. Con un pequeño movimiento, presionó un dedo contra mi entrada mientras su lengua trabajaba mi clítoris en un patrón diseñado para volverme loca.

—¡Gunnar! —jadeé su nombre, mis caderas arqueándose mientras me estrellaba en mi orgasmo. Me deshice, mi cuerpo temblando y sacudiéndose hasta que quedé flácida de necesidad satisfecha.

Gunnar se movió, apoyando su barbilla en mi abdomen. Adormecida, parpadeé, mirándolo desde debajo de mis pestañas entrecerradas. Me encantó la sonrisa que tiraba de sus labios, la satisfacción que se asentaba en las líneas de su rostro. Se veía satisfecho. Feliz.

—Oye —murmuró, su tono gentil—. ¿Estás bien?

—Alegremente perfecta. —Me estiré, la bufanda tirando de mis muñecas—. Oh. Todavía estoy...

—Te tengo. —Gunnar se empujó hacia arriba, gateando lentamente por la cama, arrastrando besos perezosos por las curvas y planos de mi cuerpo. Vaciló con sus dedos en la bufanda—. ¿Quieres que te suelte, o estás lista para más?

Me estremecí, poniéndoseme la piel de gallina. —¿Más?

—Mjm. Apenas estamos comenzando. —Bajó la mano para deslizar traviesos dedos entre mis piernas—. Te sientes lista.

Gemí mientras jugaba, el placer brillando por mi columna.

—¿Estás lista para que esté dentro de ti, nena? —Mordisqueó mi clavícula mientras una de sus manos ahuecaba mi pecho, su pulgar rozando mi pezón.

—Sí —respiré, arqueándome hacia su toque—. Sí.

Se rio entre dientes. —¿Estás segura? ¿Lista para que llene este coño apretado? —Sus dedos presionaron más profundo, provocando una exquisita sensación de plenitud estirada.

Me retorcí, bajando la mano para agarrar su verga. Él gruñó, con los ojos entrecerrados.

—Dentro de mí. Ahora —exigí. Lo jalé hacia mí, cuidando de no desacomodar el condón que mi cerebro lleno de lujuria ni siquiera

había registrado que se había puesto.

Gunnar siguió mi guía, permitiéndome llevarlo hasta mi centro.

—¿Lista, Ella? —preguntó, posicionándose justo así.

—Sí.

Empujó hacia adelante, estirándome de una manera que se sentía extrañamente hermosa a pesar del dolor.

Una espada de doble filo. Placer y dolor en igual medida.

Entró suavemente, dándome tiempo suficiente para adaptarme.

—¿Bien? —preguntó Gunnar, su aliento susurrando contra mi mejilla.

—Oh, sí —murmuré, cerrando los ojos—. Se siente—

Doloroso. Maravilloso.

—Completo.

Se rio, gimiendo cuando me moví debajo de él. —Tranquila, o esto terminará antes de empezar.

Presionó besos en mis mejillas y mis labios, chupando suavemente mi cuello antes de bajar para trazar un camino hacia mis senos. Lamió uno, luego el otro, metiéndolos en su boca y chupando mis pezones extremadamente sensibles.

Me moví, mis labios elevándose para presionar besos calientes y húmedos en cualquier parte de él que pudiera alcanzar. Mis manos rodearon su cuello, aferrándome lo mejor que podía estando atada. Se acomodó entre mis muslos como si perteneciera allí.

Quizás pertenece...

Comenzó a moverse, embistiéndome lentamente, moviéndose con certeza. Mi cuerpo se había adaptado a su tamaño y forma, acomodándolo, recibiéndolo con un agarre caliente.

—Se siente tan bien, bebé —murmuró contra mi hombro—. Increíble. Apretada. Caliente. Tan jodidamente increíble. Tan jodidamente bueno.

—Tu verga es... —No sabía cómo describirla.

Aceleró el ritmo, moviéndose ligeramente para cambiar el ángulo.

—Dios mío —me arqueé sobre la cama, con los ojos volteándose hacia atrás cuando golpeó un punto perfecto.

—Otra vez —exigí, ávida de más—. ¡Otra vez!

Él obedeció, sus embestidas firmes y seguras, acelerando ante mis súplicas jadeantes.

—Por favor, por favor, por favor—

Gruñó, moviéndose para poner una mano entre nosotros. Sus dedos se hundieron, buscando—

—¡Carajo! —grité, mi cuerpo estallando en un millón de pedazos mientras presionaba círculos duros y urgentes contra mi clítoris—. ¡Gunnar!

Él maldijo, continuando embistiéndome con la misma urgencia y propósito. Incluso mientras me deshacía —este orgasmo arruinándome para cualquier ayuda a pilas en el futuro— Gunnar continuó, nuestras miradas fijas mientras guiaba mi liberación, su atención concentrada únicamente en mí.

No pude evitar ser seducida por la intensidad de su enfoque.

Tiré de la bufanda, liberando mis manos para poder entrelazar mis dedos en su cabello. Con un tirón brusco, bajé su cabeza hacia la mía, desesperada por probarlo. Nuestros labios se encontraron, nuestras bocas devorándose hambrientamente mientras continuaba embistiéndome, el deslizamiento perfecto de su gruesa verga construyéndome de nuevo.

—Gunnar —jadeé entre besos—. Córrete para mí.

Su ritmo se aceleró, sus gruñidos y elogios viniendo más rápido mientras su control se destrozaba. Me penetró, llegando hasta el fondo, mi cama golpeando rítmicamente contra la pared mientras afuera el trueno resonaba en la distancia.

Mío. Mi hombre. Mío.

Gemí debajo de él, otro orgasmo formándose.

—Gunnar...

—Córrete para mí —exigió con dureza—. Córrete en mi verga, Ella.

Me quebré, gritando mientras mi cuerpo se tensaba, se apretaba y se estremecía. Él murmuró palabras sucias, maldiciendo y alabando mientras yo me alejaba, perdida en la sensación.

—¡Mierda, Ella! —Gunnar se estremeció, su verga contrayéndose dentro de mí mientras se corría.

Cabalgó su clímax, derrumbándose sobre mí con un gemido. Respiramos juntos, el sudor enfriándose en nuestra piel mientras mi corazón seguía acelerado.

Gunnar se giró, levantándose ligeramente para mirarme. —¿Estás bien?

—Oh, sí —susurré, ofreciéndole una pequeña sonrisa.

Se apoyó en un codo, sus ojos cálidos y afectuosos. —Vamos a limpiarte; luego lo intentaré de nuevo.

Arqueé una ceja, una sonrisa jugando en las comisuras de mi boca. —¿Otra vez?

—Bebé, ya no eres virgen. Pero el misionero es solo una posición. —Presionó un beso en la punta de mi seno—. Hay todo un universo de posiciones por explorar.

Dudé. —¿Esta noche o...?

Él hizo una pausa. —Definitivamente esta noche. —Extendió la mano para apartar un rizo de mi mejilla—. Y durante todo el tiempo que esté en la ciudad... si me lo permites.

Mi corazón se encogió ante el recordatorio de que esto era temporal.

Sabías eso desde el principio. No dejes que tus expectativas poco realistas arruinen lo que es una experiencia hermosa.

Inhalé profundamente, forzando una sonrisa.

—Sabes... —dejé que mis párpados cayeran a media asta, mis piernas abriéndose. Deslizando una mano por mi cuerpo, pasé los dedos por la húmeda calidez acumulada en la unión de mis muslos —. Tengo una o dos posiciones en las que he pensado antes.

La cabeza de Gunnar se inclinó, observando cómo jugaba conmigo misma. —¿Ah, sí?

—Mmm. —Deslicé un dedo hacia arriba, bailando alrededor de mi clítoris hipersensible—. En cuatro, por ejemplo.

—Podemos intentarlo. —Su voz bajó a un susurro ronco.

—Chica arriba.

—Definitivamente en la lista.

—Contra la pared—

Apartó mis dedos de un empujón con un gruñido. —Provocadora.

Risitas de alegría embriagadora brotaron de mí como burbujas en una botella de champán mientras él se tumbaba de espaldas, arrastrándome sobre él. Quitó el primer condón rápidamente, deshaciéndose de él antes de desenrollar otro sobre su miembro.

—Déjame saborearte. Luego vas a montarme.

Dudé, mirando hacia abajo.

—¿Qué? —preguntó, deteniendo sus manos—. ¿Te duele demasiado?

—No, es solo que... —Me di palmadas en los muslos—. ¿Y si te aplasto?

Una sonrisa pícara cruzó sus labios, sus ojos brillando con travesura. —Entonces moriré feliz.

Con eso, me subió por su cuerpo, acomodándome sobre su rostro, su lengua sin perder tiempo en volverme loca.

Me agarré al cabecero, meciéndome contra su talentosa boca hasta que llegué al orgasmo.

—Buena chica —elogió Gunnar, sus manos aferrando mis muslos—. Ahora móntame, nena.

Oh, estaba más que feliz de complacerlo.

Me deslicé hacia abajo, acomodándome sobre él. Mis muslos gruesos enmarcaban su cuerpo, presionando contra sus costados. Dejando que me ayudara, guié su miembro hacia mi centro.

—Despacio, nena —murmuró mientras me hundía sobre él—. Buena chica, tómame, nena. Tómame profundo.

Gemí suavemente, cerrando los ojos al sentirlo llenándome.

—Eso es. —Sus manos subieron por mis costados, calmándome—. Tranquila, nena. Tranquila. Sin prisa. Toma tu—

Se sacudió, un gemido ahogado escapó de su garganta cuando me dejé caer de golpe, forzando su miembro dentro de mí.

—Mierda —me sobresalté hacia arriba—. Lo siento, yo—

Me mantuvo en mi lugar, sus manos enmarcando mis caderas. —Sigue, maldita sea.

Repetí el mismo movimiento, ambos jadeando por la deliciosa fricción.

—Nena —gruñó, arqueándose debajo de mí—. Se siente tan bien. Si sigues así, voy a acabar.

Giré mis caderas, encontrando mucho más placer en esta posición de lo que jamás había imaginado. No actuaba como si fuera demasiado pesada o grande. Me miraba con deseo, sus manos acariciando centímetros de piel que nunca pensé que un hombre tocaría.

—¿Estoy—

—Eres perfecta —interrumpió—. Se siente increíble. Pareces una diosa cabalgándome. —Apretó mis muslos con sus manos—. Tú sigue, nena. Sigue haciéndonos sentir bien a los dos.

Me entregué al ritmo primitivo de mi cuerpo. Mis manos se separaron de su pecho, deslizándose perezosamente por mi torso para acariciar mis senos, mis pulgares trazando círculos lentos sobre mis pezones erectos.

—Sí, así —gruñó Gunnar, sus manos aferrando mis caderas—. Juega con tus hermosos senos. Tira de esos preciosos pezones. Eso es. Buena chica.

Me estremecí alrededor de él, dejando escapar un gemido bajo.

—¿Te gusta eso? —preguntó, moviéndose debajo de mí. Me mantuvo en mi lugar, manteniéndome cautiva mientras tomaba el control, penetrando mi cuerpo con embestidas deliberadas. Una y otra vez su miembro me golpeaba profundo y constante, como si fuera un guerrero que venía a saquear.

—¿Quieres más de mí? —exigió—. ¿Quieres más de esto? ¿Quieres venirte para mí, mi niña buena? Ruégalo, nena. Dime cuánto lo deseas.

—Por favor, Gunnar. Fóllame. ¡Fóllame!

Embistió una, dos veces y ambos llegamos al clímax en un destello de maldiciones. Completamente agotada, caí sobre su pecho, ambos jadeando mientras luchábamos por respirar.

Sus brazos me envolvieron, manteniéndome apretada contra él mientras arrastraba una mano lentamente arriba y abajo por mi espalda una y otra vez.

—Guau —murmuré, con los párpados aún cerrados.

—Secundo eso —respondió, presionando suaves besos en mi hombro.

Nos quedamos recuperándonos en silencio durante largos momentos, nuestra respiración normalizándose.

Haciéndome rodar suavemente, Gunnar se levantó de la cama. —Tú descansa, nena. —Presionó un beso en mi hombro—. Solo voy a deshacerme de estos condones.

Escuché mientras se movía, luchando contra el efecto narcótico del sueño.

Regresó con un paño tibio e intentó limpiar mis muslos.

—No, yo me encargo. —Aparté su mano suavemente, un rubor calentando mi piel.

—¿Segura? Me encanta cuidarte.

Me levanté de la cama. —Estoy bien. Gracias de todos modos.

Fui al baño, encontrando rastros de sangre en mis muslos.

—Citando a Anika, una cereza bien reventada. —Usando el paño tibio limpié los rastros de las actividades de la noche de mi cuerpo, haciendo un chequeo mental de cómo me sentía.

¿Estoy bien?

Me miré en el espejo mientras me cepillaba los dientes. No sabía por qué esperaba verme diferente. Pero la mujer en el espejo —aparte de las mejillas sonrojadas, el pelo desordenado y los labios bien besados— no lucía distinta.

Pero lo estoy. Finalmente lo he hecho. Y honestamente, ¿por qué esperé tanto tiempo?

No quería admitir que tal vez, solo tal vez, había estado esperando por Gunnar.

Regresé a la cama, escuchando cómo Gunnar revisaba la lavandería, programando la secadora para otro ciclo. Lo oí moviéndose por la casa —seguramente apagando las últimas velas y cerrando las puertas— antes de volver al dormitorio.

En el suave resplandor de la vela que quedaba, se deslizó de nuevo en la cama, atrayéndome contra su pecho.

—¿Todo bien? —pregunté.

—La ropa todavía está húmeda, pero debería estar lista para mañana —respondió suavemente, acomodándome hasta que quedé como la cuchara pequeña frente a su cuchara grande.

Nunca había estado en esa posición con un hombre antes. Se sentía abrumadoramente claustrofóbico y maravillosamente reconfortante a la vez.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Eh, ¿tal vez?

Él se rio. —No te preocupes, te acostumbrarás.

Mi trasero descansaba contra su entrepierna mientras su mano se movía hacia mi costado. Sus dedos se deslizaban por mi piel. Me relajé, arrullada por el patrón hipnótico y el calor de su cuerpo en mi espalda.

Bueno, *esto* podría soportarlo.

5

ELLA

Desperté entre un enredo de sábanas y una cama vacía. La luz del sol se filtraba por la rendija de mis cortinas, y la habitación ya estaba caliente y pegajosa gracias a la humedad que la tormenta había dejado atrás.

Aguzando el oído, escuché por si había movimiento en mi casa, pero solo se oía el océano a lo lejos y el graznido de las gaviotas afuera.

Por un momento, me pregunté si había soñado con Gunnar. Si la noche anterior había sido solo un hermoso producto de mi imaginación.

Me moví, sintiendo una ligera molestia entre mis piernas.

Definitivamente no fue un sueño.

Recorrí rápidamente mi casa, revisando cada habitación. Mi intuición inicial era correcta: Gunnar se había ido.

Suprimiendo la decepción, e intentando valientemente ver el lado positivo, me duché, lavando su aroma de mi piel.

En un esfuerzo por sacudirme el mal humor, me puse un vestido de verano y recogí mi cabello húmedo en un moño despeinado. Parada frente al espejo, examiné a la mujer que me devolvía la mirada. Sus labios estaban hinchados y unas marcas oscuras coloreaban la piel bajo sus ojos, mientras sus mejillas tenían un tinte rosado, no estaba segura si era por el placer residual o por la irritación de la barba.

—Sin arrepentimientos —susurré—. No importa lo que pase, te entregaste libremente y sin reservas. Disfrutaste a Gunnar y él te disfrutó a ti. Él adoró tu cuerpo, y tú lo volviste loco. No te detengas a pensar demasiado. Eres hermosa, feroz y una completa guerrera. Si él no se da cuenta de eso, es su pérdida. Pero no te atrevas a arrepentirte ni un momento de esto. —Me hice un firme gesto de

asentimiento, vistiéndome mentalmente con mi traje de Mujer Maravilla.

Soy una sexy guerrera. Puedo con esto.

Mi teléfono vibró, con una notificación de mi club de lectura que aparecía en la pantalla. Al desbloquear el celular, leí los mensajes que había perdido anoche, mientras un rubor me subía por el cuello.

Anika

¡CHICAS! ¡ELLA LIGÓ! ¡ESTO NO ES UN SIMULACRO! ¡¡ELLA LIGÓ!!

Collins

¡No me jodas!

Honey

¡¡Así se hace reinaaaa!! ¡¡Por fin!!

Blue

¿Lo conocemos? ¿Quién es este ejemplar de divinidad?????

Anika

Un cliente. Nunca lo había visto antes. Imagínense hombros anchos, cabello rubio exuberante y una boca que parece que hasta los ángeles considerarían pasarse al lado oscuro por probarla una vez. Los dioses vikingos fueron generosos con nuestra chica anoche.

Blue

Bueno, me convencieron.

Collins

se abanica

Honey

¿¿Por qué ustedes se quedan con todos los buenos?? ¿¿¿¿DÓNDE HAY UN HOMBRE QUE ME SAQUEE LOS MUSLOS????

Collins

Como mujer que se ha abstenido por AÑOS necesito detalles. Sucios, asquerosos detalles. ¡¡¡DÁNOSLOS Ella!!! ¡¡¡RÁPIDO!!!

Me reí, escribiendo una respuesta rápida que sabía enfurecería a mis amigas.

Ella

Una dama nunca besa y cuenta ;)

Anika

¡¡¡MALDITA!!!

Collins

Haz lo tuyo, linda. Pero en serio, ¿qué tan grande estamos hablando? <----------8 ???

Blue

Solo esperen hasta el lunes. ¡Conseguiremos TODOS los chismes!

Honey

¿¿¿¿¿¿¿POR QUÉ NOS HACES ESTO???????? ¡Mala!

Sonriendo, bloqueé mi pantalla, echando un último vistazo al espejo del baño.

—Bien, estás lista. Ahora a trabajar.

No tenía que estar en el restaurante hasta temprano por la tarde, pero el trabajo de una dueña nunca terminaba. Saqué mi laptop y la instalé en la isla de la cocina. Estaba parada en la entrada de mi despensa, contemplando opciones para el desayuno cuando escuché que se abría la puerta principal.

Mi corazón dio un brinco.

—¿Hola? —llamé, alejándome de la despensa.

—Hola, estás despierta —Gunnar apareció por la esquina, cargando una bolsa grande de comida para llevar y dos tazas de café—. Perdón por la demora. Anika quería prepararte algo especial. Dijo algo sobre... —continuó hablando mientras colocaba las cosas en la encimera junto a mi laptop.

Se había cambiado. La ropa húmeda que había metido en la secadora anoche había desaparecido, reemplazada por una camisa y shorts oscuros. Olía fresco, una mezcla de jabón, sal y él. Lo observé mientras se quitaba una mochila del hombro y la dejaba en el suelo.

—Espero que no te moleste. Traje una mochila para pasar la noche. No hay problema si no te sientes cómoda...

Mi cuerpo reaccionó antes de que mi mente lo procesara. Me lancé hacia él, envolviéndolo como un koala. Jalé su cabeza hacia abajo, presionando besos frenéticos y con la boca abierta en cada parte de piel que podía alcanzar.

Sus manos se deslizaron hacia abajo, agarrando mi trasero antes de levantarme. Mis piernas se envolvieron alrededor de sus caderas mientras nos besábamos, nuestras lenguas enredándose en un desliz desesperado y jadeante. Él giró, moviéndose para sentarme en la encimera de la isla, su miembro ahora perfectamente alineado con mi sexo.

Me eché hacia atrás, tirando urgentemente del cordón de sus shorts. Desesperadamente los empujé hacia abajo, extendiendo la mano para agarrar su miembro. Su gruesa longitud aterrizó en mi mano, caliente, dura y ya pulsando de deseo por mí.

Yo.

Gemí, moviéndome para poder guiarlo hacia mí.

—Espera. Condón —gruñó Gunnar mientras yo frotaba la punta de su miembro contra mi clítoris. Mi humedad lo cubrió, y ambos echamos la cabeza hacia atrás en un gemido simultáneo.

—Pastilla —jadeé, sin querer y sin poder detener el deseo que pulsaba por mis venas—. Estoy tomando la pastilla. Por favor, ¿podrías solo...? —Lo acerqué a mi entrada, inclinando mi pelvis hacia él—. Por favor...

—Estoy limpio, pero las probabilidades de embarazo y...

—Dentro de mí —exigí—. Ahora.

Gunnar entró de golpe, nuestros cuerpos encajando perfectamente.

—Carajo —masculló, embistiendo de nuevo—. Tan bueno. Tan. Jodidamente. Bueno.

Me tomó con fuerza sobre la barra del desayunador, bajando mi vestido hasta que quedó por debajo de mis pechos. Los tomó en sus manos y los acercó a su boca hambrienta, llenándolos de atenciones.

—Voy a... —mi respiración se entrecortó, mi cuerpo tensándose mientras bailaba al borde del orgasmo.

—Ahora —ordenó Gunnar, embistiendo con fuerza—. Córrete para mí, Ella. —Bajó una mano, presionando un dedo contra mi clítoris.

Grité, muriendo en mil pequeñas muertes mientras el placer anulaba todos mis demás sentidos. Las olas de tensión pulsante y deliciosa fluyeron por mi cuerpo mientras ordeñaba su miembro. A lo lejos, sentí su semen, su calor añadiendo a mi placer.

Gunnar me abrazó con fuerza, acariciando perezosamente mi cabello mientras volvía en mí. Me aparté un poco y levanté la mirada para encontrarlo sonriendo.

—Buenos días. —La satisfacción brillaba en sus ojos—. ¿Me extrañaste?

Miré su hermoso rostro —un rostro que rápidamente se había vuelto tan querido para mí— y estallé en llanto.

—Oye, oye. ¡Mierda! —Levantó mi barbilla, presionando un beso en mi frente—. ¿Qué pasa? ¿Te lastimé?

Había estado tan convencida de que me había dejado, de que esta conexión había sido unilateral. Horrorizada por mi reacción, bajé la cabeza, moviéndome para tratar de escapar de él.

Tomó mis mejillas, manteniéndome en mi lugar mientras escrutaba mi rostro. —Ella, nena. Háblame.

—Pensé que te habías ido —admití, viendo la confusión cruzar su rostro—. No dejaste una nota.

Parpadeó. —¿Después de lo de anoche, pensaste que simplemente me iría?

Me encogí de hombros, sintiéndome repentinamente vulnerable. Me alejé de él, subiéndome los tirantes del vestido para cubrirme los pechos. —Realmente no te conozco, Gunnar. Podrías haber sido del tipo de "aquí te parto, aquí te dejo".

Suspiró. —Es cierto, hemos ido rápido. Aunque no puedo decir que lo lamente. —Retrocedió un paso, posando una mano en mi muslo mientras me daba un poco de espacio—. Ella, eres asombrosa. Esto que hay entre nosotros... es... especial. Único. No me voy a ir. Y si lo hiciera, me aseguraría de hacerte saber a dónde iba. —Me atrajo hacia su pecho, abrazándome con fuerza—. Lamento haberte alterado.

Dejé que me abrazara, luchando por controlar mis emociones.

—Lo siento. —Me froté la cara, dándole una sonrisa llorosa—. Es solo que... tienes razón. Lo que tenemos es diferente. Nunca había tenido esta reacción con alguien antes.

—Lo sé, nena.

Me atrajo de nuevo hacia él y disfruté de la sensación de sus fuertes brazos sosteniéndome con firmeza.

—Vamos —susurró—. Vamos a comer.

6

ELLA

—¡Aquí está! ¡La reina de la hora! —Anika se levantó de su asiento comenzando un aplauso lento mientras yo cruzaba el restaurante—. ¡Desfila, reina! ¡Desfila!

Riéndome mientras Collins, Honey y Blue se unían a ella en una ovación de pie —sabiendo que no tenía otra opción más que dejarlas divertirse— lo enfrenté con audacia, levantando mis brazos sobre mi cabeza y caminando hacia ellas con contoneo.

—¡Gira, chica! ¡Gira!

Poniendo los ojos en blanco, hice un pequeño giro, riéndome cuando Honey soltó un silbido ensordecedor.

Hace unos años, Anika y yo nos habíamos unido a un club de lectura local. En dos reuniones nos dimos cuenta de que estábamos en el grupo completamente equivocado para nosotras cuando la elección de Anika —una ardiente novela de un multimillonario chico malo— había resultado en que el club instituyera una prohibición total de novelas románticas. A pesar de nuestras protestas, la pareja mayor que dirigía el club insistió en que cualquier cosa que contuviera más de una escena de sexo no sería considerada material de lectura apropiado.

En un acto de rebelión, Anika había salido furiosa, llevándonos a Honey, Collins, Blue y a mí hacia lo que llamó "la tierra prometida" —todos los libros románticos que jamás podríamos desear. Y así comenzó el Club del Libro Ardiente— cada dos semanas, los lunes, nos reuníamos con libros, bebidas y hamburguesas en el Bronze Horseman cerrado.

Honey, una rubia regordeta con un gran corazón y una disposición alegre, a menudo usaba atuendos temáticos de personajes, y hoy no era la excepción. Vestida con un traje de gala —un guiño a la Reina del libro que estábamos leyendo actualmente— parecía una princesa

real, con la corona en su cabeza balanceándose precariamente. En contraste, Anika con sus jeans normales y blusa ligera se veía casi desaliñada. Predeciblemente, su libro estaba sobre la mesa frente a ella, pulcramente marcado y listo para la discusión.

Completando nuestro grupo de cinco estaban Collins, una instructora de yoga y fisioterapeuta que trabajaba en la clínica de Honey, y Blue, que trabajaba como enfermera en el pueblo. Collins llevaba un vestido verde que complementaba su piel pálida y cabello oscuro, resaltando el rico esmeralda de sus ojos. Blue vestía un jumpsuit rosa intenso, con su melena de pelo oscuro fluyendo salvajemente sobre sus hombros, insinuando su personalidad descarada.

—Entonces —dijo Collins, la primera en volver a tomar asiento en la mesa—. Cuéntanos *todo*.

Suspiré, sacando mi libro de mi bolso y dejándolo caer sobre la mesa.

—¿Por qué tengo la sensación de que hoy no vamos a hablar de esta magnífica novela?

—¿Porque una de nosotras finalmente tiene una historia de amor de la vida real para analizar? —respondió Honey, sacándome la lengua —. ¡Vamos, suelta la sopa!

—¿Qué hay para decir? —pregunté, tomando asiento en la mesa—. Gunnar es...

—Bueno, su nombre es Gunnar —Blue se inclinó hacia adelante, sus ojos oscuros brillando con diversión—. ¿Sabes su apellido?

—Larsson.

—¿Deberíamos buscarlo en Google? —preguntó Collins—. ¿Solo para estar seguras?

—Ya estoy en eso —Anika levantó su teléfono, escribiendo furiosamente mientras buscaba información.

—¡Chicas! Vamos, esto es una completa exageración —Intenté alcanzar su celular, gimiendo cuando ella se apartó, manteniéndolo fuera de mi alcance.

—Somos sobreprotectoras; demándanos —Continuó tocando su pantalla, sus dedos eran un borrón—. ¡Oh, lo encontré!

Aunque podría haber protestado por su contundencia, no podía negar que quería saber un poco más sobre el hombre al que había dado la bienvenida a mi casa.

—Veamos —Anika se desplazó por la pantalla—. Es copropietario de una empresa de construcción naval con su hermano. Se especializan en embarcaciones pesqueras y recreativas. Parece un negocio heredado pero exitoso —Levantó la mirada, su expresión ligeramente aprobatoria—. No pensé que fuera un niño rico, así que felicitaciones para él por no ser un idiota.

—¿Qué más? —preguntó Honey, tomando notas rápidamente—. ¿Necesitamos pedir una verificación de antecedentes?

—¡Ustedes! —Negué con la cabeza, riéndome cuando Collins me entregó una cerveza.

—Mejor bebe profundo —me animó con un guiño—. Vamos a estar husmeando por un rato.

En el espacio de media hora, habían logrado descubrir a una ex novia, tres cuentas de redes sociales y una foto de él en traje de baño de la universidad.

—El hombre —murmuró Blue mientras ampliaba la foto, haciendo zoom en el área de su entrepierna—. Está bien equipado.

Me sonrojé, negando con la cabeza.

—No puedo creer que lo estemos cosificando. ¿No es esto contra lo que hemos estado luchando durante los últimos siglos?

—Puedo ser feminista y pervertida —dijo Collins secamente, aceptando el teléfono de Blue—. Las dos cosas no son mutuamente excluyentes.

Riéndome sin poder evitarlo, me volví hacia Anika en busca de apoyo.

—¿Podrías decirme que pronto vamos a pasar a otro tema?

—No —Cruzó los brazos sobre su pecho, mirándome con una sonrisa de gato de Cheshire—. Te gusta este chico.

Maldición.

—Sí —admití—. Esto ha ido un poco más allá del encaprichamiento y la atracción ahora.

—¿Ya? —preguntó Honey, con tono escéptico—. No es que diga que no puedas enamorarte de inmediato, pero ¿qué han hecho ustedes además de... —hizo un movimiento con la mano.

—Señoritas, el hombre no se ha separado de su lado desde que llegó —Anika señaló la barra detrás de nosotras—. Se sienta en esa silla viéndola trabajar. La sigue como un patito perdido cuando va a sacar la basura. Comió con ella durante todos sus descansos y luego la siguió a casa, sin duda para devorar el cuerpo de nuestra chica —Arqueó una ceja—. ¿Tengo razón, Ella?

El calor en mis mejillas podría haber rivalizado con el sol. —Sí.

—Oh —Collins se llevó una mano al pecho—. Suena encantador.

—Obsesionado con ella —Anika me apuntó con un dedo—. Y ya era hora. Nuestra chica no merece nada menos que lo mejor y ¿este tipo? —Movió su dedo con conocimiento de causa—. Es uno bueno.

Negué con la cabeza. —Ustedes están actuando como si estuviéramos a punto de casarnos. No es así. Ni siquiera está en los planes.

—¿Segura? Porque cada vez que los veo juntos... —Anika gruñó.

—El sexo —señalé—, no hace una relación.

—Pero seamos honestas —Blue inclinó su botella hacia mí—. No eres una chica de una sola vez. Si lo fueras, habrías hecho el acto hace años.

—Es un buen punto —Honey inclinó la cabeza hacia un lado, con la corona en su cabeza apenas sosteniéndose—. ¿Qué fue lo que hizo que este tipo te pusiera a mil?

Bajé la mirada a mis manos, tratando de encontrar las palabras que necesitaba para explicar la locura de los últimos días.

—Me miró con deseo. Me miró como siempre he querido que me mire un hombre —Me presioné la mano contra el vientre, tratando de calmar las mariposas que habían echado a volar—. Me hizo sentir vista.

Honey suspiró soñadoramente, apoyando su barbilla en su mano. —¿Tiene hermanos?

—Dos, de hecho.

—Me los quedo.

Solté un bufido ante su oferta. —No sabrías cómo manejar a dos hombres. Blue, por otro lado...

Blue me lanzó un bolígrafo, quejándose. —¡Basta! Sabes que nunca pasó nada entre los Doble D y yo.

—Pero quieres que pase —Collins arqueó una ceja—. Admítelo.

—Quizás, hace mucho tiempo —Agitó las manos para restarle importancia—. Pero eso ya es agua pasada. Han vuelto y ni siquiera se han molestado en saludar. Estoy bien con seguir adelante con mi vida también.

—Hmm, definitivamente suena a eso —Anika puso los ojos en blanco —. Todas le dan demasiado poder a los hombres. Deberían ser más como yo.

—¿Una zorra? —bromeó Collins.

—Una puta-regalada-total —asintió Anika con orgullo—. Usar y desechar a los hombres una vez que terminas con ellos. Nadie necesita el equipaje que traen.

Un sonido de pitido llegó desde la cocina.

—Y ese será el almuerzo. Vuelvo enseguida.

Vi a Anika salir, preguntándome si alguna vez podría ser tan despreocupada como ella respecto al sexo.

—¿Ella?

Me concentré en Collins.

—Ve con todo. No des por sentado lo que tienes —Inhaló profundamente, un destello de dolor cruzó su rostro antes de ocultarlo—. Si lo quieres, ve por él.

Blue apretó la mano de Collins. —¿Estás bien?

Ella asintió. —Esto es sobre Ella, no sobre mí —Collins se secó una lágrima perdida—. ¿Podemos volver a concentrarnos en ella, por favor? ¿O cambiar de tema?

Honey —siempre la que aligeraba el ambiente— levantó su libro. —¿Podemos hablar del piercing en el pene del protagonista? *No* vi venir eso.

Un estruendo resonó en la cocina.

—¡El piercing en el pene! —gritó Anika, asomando la cabeza por la ventana de paso—. ¡Ese maldito piercing en el pene! Casi me vengo leyendo esa escena. ¿Qué demonios fue esa *sensualidad* de todo lo que es sexy?

Agradecida de estar rodeada de mujeres que me amaban y querían lo mejor para mí, decidí considerar sus consejos.

Pero por ahora, piercings en el pene.

7

ELLA

—Esto es hermoso —dijo Gunnar extendiendo sus brazos, respirando profundamente el aire salado—. No hay lugares como este en mi tierra.

El Bronze Horseman cerraba los lunes y martes, y aparte del club de lectura de ayer, había pasado todo mi tiempo libre con Gunnar.

No era ningún sacrificio.

Con un clima tan perfecto, decidí mostrarle la playa secreta de Cove. Aunque requería una larga caminata por el parque nacional y bajar por una cueva, salir a la playa virgen con sus hermosas paredes rocosas y arena perfectamente blanca hacía que la caminata valiera la pena. En las décadas que llevaba viniendo aquí, solo una vez me había encontrado con otro local usando el lugar.

Me recosté en mi toalla de playa, ajustando mis lentes contra el resplandor del sol.

—¿Cómo es Cape Hardgrave?

Gunnar se dejó caer en la toalla junto a la mía.

—Nuestra costa no es ni remotamente tan dramática. Son principalmente largas extensiones de arena blanca con muelles gigantes que se extienden hacia aguas más profundas —cubrió sus ojos con su brazo mientras se estiraba, inclinando la cabeza hacia atrás para disfrutar del sol—. Y siempre hay turistas, incluso en pleno invierno.

Intenté imaginarlo dejando esa bulliciosa zona por el ritmo relajado de Cove.

—Suena muy ocupado.

Él se rio.

—Te quedas corta. El lugar es un centro de actividad —me miró de reojo desde debajo de su brazo—. Había olvidado cómo se sentía la tranquilidad.

La arena se arremolinaba mientras creaba patrones con mis dedos, considerando su declaración.

—¿Te gusta estar ocupado?

No era tanto una pregunta como una afirmación.

—Mmm —su pie se estiró para tocar el mío—. Este es el primer descanso que he tenido en años.

—¿Por qué años?

Se encogió de hombros.

—El negocio me necesita, ya sabes cómo es.

Fruncí el ceño.

—En realidad no. Anika y yo nos aseguramos de tomar vacaciones cada año. Queremos garantizar nuestra longevidad, y matarnos trabajando por nuestro restaurante no va a lograr eso.

Gunnar levantó su brazo, abriendo un ojo para mirarme.

—¿Cada año?

Asentí.

—Mmm —se rodó hacia un lado, apoyando su cabeza en su brazo—. ¿Considerarías alguna vez visitar mi zona?

Tragué saliva.

—Supongo que depende.

—¿De qué?

Fijé la mirada en mis dedos, viendo los patrones formarse en la arena.

—Dijiste que es un lugar bastante concurrido.

—Lo es.

Levanté la mirada pero me resultó imposible mantener sus ojos.

—Quizás tendría problemas para encontrar dónde quedarme.

Él se sentó.

—Ella, ¿me estás preguntando si te alojaría?

Me encogí de hombros.

—Pequeña —se acercó para poner sus manos en mis rodillas—. Ella, mírame.

Me obligué a encontrar su mirada.

—¿Por qué demonios pensarías que no eres bienvenida?

Me encogí de hombros.

Él negó con la cabeza.

—¿Es esto una aventura pasajera para ti?

Me mordí el labio, sin saber cómo responder.

—¿Lo es para ti?

—Carajo, no —pasó sus dedos por mi cabello, con la mirada directa —. Eres increíble, Ella Bronze. Y aunque esto haya comenzado rápido, no estoy aquí solo por el sexo, aunque es un buen extra.

Hizo una pausa, pareciendo buscar las palabras que necesitaba.

—Me intrigas. Eres una mujer jefa: firme y directa, ambiciosa y motivada. Te iluminas cuando hablas de tu trabajo y eso me encanta —quitó arena de mi hombro—. Pero no eres como yo. No vives y mueres por el paso del reloj. No estás pensando en el trabajo cada minuto de cada día. No te consumen tus ambiciones. Y eso lo encuentro... —se detuvo.

—¿Encuentras eso? —lo animé.

—Intrigante. Me empujas a ver las cosas de manera diferente. Me estás desafiando de una manera que no había experimentado antes —pasó una mano arenosa por su cabello, los mechones húmedos atrapando los granos—. No sé qué pensar de ti, si soy honesto. No puedo encontrar la caja en la que encajas.

—¿Necesito encajar en una caja?

Sus manos bajaron a mis piernas, deslizándose a lo largo de ellas.

—Haría mi vida mucho más fácil.

—¿Por qué?

Se rio, trazando el tatuaje de rayo en mi tobillo. —Solo confía en mí. —Su pulgar rozó mi tatuaje por tercera vez—. Cuéntame sobre esto.

—¿Mi tatuaje?

—Mm. ¿Qué significa?

Observé sus dedos seguir lentamente el patrón zigzagueante en mi piel.

—Quiero sentirme orgullosa del cuerpo que habito. Muchas veces en la vida me he mirado al espejo y me he encontrado en falta. Esto —toqué el tatuaje— me recuerda amar mi trueno.

Gunnar se inclinó para besar la tinta. —Eres preciosa, Ella. Este mundo te menospreciará, incluso cuando no hayas hecho nada malo. Me alegra que no lo estés escuchando.

Incliné la cabeza hacia un lado. —Eso sonó como si hablaras desde la experiencia.

Resopló. —Eso es porque así es. A veces, no importa cuánto te esfuerces o cuánto luches, la gente seguirá echándote porquería encima.

Hice una mueca. —Lo siento.

—Gracias, pero fue hace mucho tiempo.

—Eso no lo hace menos doloroso. —Dudé—. ¿Quieres hablar de eso?

—No. —Sus labios se curvaron—. Pero lo haré porque me lo pediste.

Miró hacia la distancia, con la mirada desenfocada. —Papá tuvo un ataque al corazón. Solo menor, gracias a los Dioses. Pero lo dejó fuera de combate por un tiempo. Me hice cargo y —hizo una mueca — arruiné un trabajo. Gravemente. Estaba distraído, preocupado, pero no era excusa. La gente salió herida y dañó nuestra reputación. —Suspiró—. Nos tomó años recuperar los clientes que habíamos perdido.

—¿Es por eso que trabajas tan duro? —pregunté—. ¿Porque te sientes culpable?

—No es culpa. Es responsabilidad. Nuestros empleados dependen de mí para su sustento. Dependen de mí para asegurarles un trabajo y que puedan mantener a sus familias.

—Es una gran carga la que llevas.

Se encogió de hombros. —¿Es menos que lo que tú haces?

Una sonrisa irónica rozó mis labios. —Touché.

Pareció sacudirse el estado de ánimo melancólico que había descendido.

—Ven. —Se puso de pie, levantándome con él.

—¿Adónde? —pregunté, riendo cuando se agachó para echarme sobre su hombro—. ¡Gunnar! ¡Bájame! Soy demasiado pesada.

—Tonterías. —Se dirigió hacia el agua—. ¿Alguna vez has hecho el amor en el océano?

Entre chillidos, risas y pronto súplicas, el hombre reclamó otra de mis primeras veces.

8

GUNNAR

Los días se mezclaban mientras permanecía en el pueblo de Ella. No pasé todo mi tiempo con ella, a pesar de mis mejores esfuerzos. Pedí piezas para el yate e hice mantenimiento general. Recorrí el pueblo, impresionado por la cantidad de turistas que veía deambulando mientras seguía confundido por la falta de atracciones locales disponibles para tomar su dinero.

La Cala parecía ser una extraña mezcla de tiendas creativas locales que vendían sus pequeños productos y pescadores curtidos, tan salados como el mar. Ubicado entre dos ciudades más grandes, el pueblo se encontraba justo en medio de una de las costas más hermosas que jamás había visto. Teniendo en cuenta la proximidad a las ciudades y el aumento de los ingresos por turismo, la idea de Ella de ampliar sus ofertas no era mala.

—¡Oye! —gritó Ella, saludando desde el muelle. Levantó una bolsa de papel—. Traje la cena.

Me limpié las manos con un trapo, contemplándola. —Trae ese trasero precioso aquí.

Ella se rio, contoneándose hasta mi amarre. —¿Permiso para subir a bordo, Capitán?

—Solo si pagas el precio.

Soltó una risita, saltando sobre el pequeño espacio hacia la popa y poniéndose de puntillas mientras la acercaba para saludarla con un beso largo y lento.

—Hola —susurró ella, apartándose.

—Hola, nena —apoyé mi frente contra la suya, acariciando su trasero perfecto.

Carajo, me encantaban sus curvas. Abundantes, exuberantes y perfectamente decadentes, su cuerpo me recordaba a un buffet de postres. Desde el sabor de sus labios de cereza hasta la crema de su sexo, cada vez que estaba cerca, quería lamerla de arriba abajo, haciéndola chillar y suspirar a partes iguales.

—¿Buen día?

—Mejor ahora. —Su sonrisa se desvaneció, un pequeño ceño fruncido marcó su frente. Se apartó, ocupándose con nuestra cena.

A estas alturas conocía lo suficiente a Ella para entender que quería preguntar algo pero temía la respuesta. Y sabía exactamente qué pregunta estaba evitando hacer: era la misma que yo había evitado responder durante la última semana.

Como si escuchara mis pensamientos, mi celular sonó, el tono de mi hermano —la Marcha Fúnebre— flotando en la brisa. A lo lejos, una tormenta retumbaba sobre el océano, prometiendo un diluvio más tarde esa noche.

Ella se rio. —Será mejor que contestes.

Di un largo suspiro de sufrimiento, sacando el teléfono y deslizando mi dedo por la pantalla para contestar. —Hermano.

—¿Cuándo vas a volver a casa? —Erik sonaba molesto.

Primero me pides que tome vacaciones. ¿Ahora me quieres de vuelta?

—Pronto —respondí, mi respuesta tan vaga como había sido cada vez que me lo preguntaba.

—Gunnar, necesito una fecha. Sé que te dije que tomaras un descanso, pero esto se está volviendo ridículo. Tenemos clientes esperando para hacer pedidos y chicos haciendo horas extras para cubrir tu trabajo. Sin mencionar que necesitamos que ese yate regrese en algún momento. Se suponía que volverías hace dos semanas.

—Me retrasé. Esa pieza...

—Llegó la semana pasada. Lo sé porque acabo de pagar la maldita factura. ¿Qué diablos está pasando? ¿Te estás muriendo? Mierda, ¿necesito llamar a mamá?

Observé a Ella desde el otro lado de la cubierta. Se había acomodado en una de las sillas que había instalado para noches como esta. Inclinando su rostro hacia el sol poniente, con los ojos cerrados, una pequeña sonrisa jugando en la comisura de su boca.

—Ella —finalmente admití—. Es Ella.

—¿La chica que conociste?

—Mmm. —Me di la vuelta, manteniendo mi voz baja—. Necesito un favor.

—¿Esto incluye extender tus vacaciones porque la respuesta es no?

—Volveré —prometí—. Si haces esto, estaré de regreso la próxima semana.

—¿Por qué siento que podría arrepentirme de esto?

Miré por encima de mi hombro, ofreciéndole una sonrisa a Ella. —Voy a pedirle a Ella que se mude a Cabo Hardgrave. ¿Puedes revisar ese almacén junto a La Academia Literaria? Sería perfecto para...

—¿Me estás tomando el pelo? —me interrumpió mi hermano—. Has conocido a esta chica por, ¿qué? ¿Dos semanas? ¿Y estás hablando de traerla al Cabo, y que haga exactamente qué?

—Si compramos el almacén al lado de la librería de Nan, Ella podría establecer otra sucursal de su restaurante.

—¿Y ya has hablado con ella sobre esto?

Me aclaré la garganta. —No todavía.

—Gunnar...

Prácticamente podía sentir las olas de disgusto frustrado viajando a través de la línea telefónica.

—Confía en mí, Erik. Ella va a decir que sí.

Suspiró. —¿Amas a esta chica?

Gruñí. No se lo había dicho todavía, estaba planeando algún momento perfecto para revelarle todo: mis planes para su restaurante, mi amor por ella, el hecho de que ya había comenzado a buscar una casa para nosotros en Cape.

—Quiero que quede registrado que creo que es una idea terrible, pero haré lo que me pides.

—Y —dije, sabiendo que estaba a punto de tentar mi suerte—, puede que necesite que vengas a ayudarme a mover sus cosas.

Después de un momento de silencio, alejé el teléfono de mi oreja para comprobar la conexión.

—¿Erik? ¿Sigues ahí?

—Voy para allá mañana.

—¿Qué?

—Dije que voy para allá mañana. Pasaremos el fin de semana en Dios sabe dónde y averiguaremos si estás cegado por un buen coño, has sufrido una lesión en la cabeza, o si es una de esas cosas del destino de las que mamá siempre intenta convencernos.

Ignoré el comentario sobre el coño. —No es una lesión en la cabeza.

Erik se rió. —Hermano, yo seré el juez de eso.

—Mierda. —Me pasé una mano por el pelo—. ¿Estás seguro de que necesitas venir?

—Gunnar, nunca te he visto babear por una mujer. Esta chica debe ser bastante especial para que no solo extiendas tus vacaciones sino

que estés contemplando que se mude contigo. —Suspiró.

—Puede que sea tu socio comercial, pero también soy tu hermano. La familia es lo primero. Si quieres a esta chica, si quieres que funcione, me esforzaré al máximo para ayudarte como pueda. Sabes eso.

Lo sabía. Mi familia era la mejor parte de mi vida, y sabía que adorarían a Ella.

—Déjame consultarlo con Ella. Normalmente te diría que reserves tu propio hotel, pero tengo la sensación de que ella querrá hospedarte.

No mencioné que el único motel del pueblo parecía haber sido escenario de un asesinato o dos.

—Mientras no los escuche haciendo cochinadas, me quedaré donde me pongan.

Recordé las actividades de anoche. Había atado a Ella, amarrando sus manos y envolviendo su cuerpo con cuerdas en nudos intrincados, prolongando su orgasmo, provocándola hasta que gritó durante su liberación.

Los japoneses lo llaman Shibari; yo lo llamo material para mi banco de fantasías.

—Trae tapones para los oídos —le dije, sin importarme cuando gruñó quejas por la línea.

—Bien. Veré tu cara fea mañana. —Con eso, colgó.

Metí el teléfono en mi bolsillo trasero, volviéndome lentamente hacia Ella. Había sacado un gran sombrero de ala ancha de su bolso, protegiendo su piel delicada del sol.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Sí, nena. —Me senté en la silla frente a ella, disfrutando de la vista —. Mi hermano, Erik, vendrá mañana para quedarse el fin de semana. ¿Estás de acuerdo con eso?

Su cuerpo se tensó, pero mantuvo su voz casual. —¿Viene para ayudarte con el barco?

Dudé.

Erik no se había equivocado. La pieza había llegado la semana pasada, y me había tomado menos de un día arreglarla. Simplemente no esperaba conocer a Ella.

Ahora o nunca.

—El yate está arreglado —finalmente admití, observando cuidadosamente su reacción.

—Oh. —Jugó con la falda de su vestido—. ¿Eso significa que te vas a casa?

No sin ti.

—Todavía no. —Extendí la mano, entrelazando nuestros dedos. Era hora de aclarar todo—. Tenemos algo muy bueno aquí. Quiero que esto continúe.

Sus mejillas se sonrojaron. —Lo sé, yo también.

Sonreí. —Bien. Mi hermano va a venir este fin de semana para conocerte.

—¿Conocerme?

—Sí. —Me incliné hacia adelante, clavándole la mirada—. Ella, tienes que saber que esto no es temporal para mí. Si seguimos como hemos empezado, llegaremos a un punto bastante rápido donde querré casarme contigo.

Ella inhaló profundamente, luciendo abrumada. —Pero... —se detuvo, parpadeando frenéticamente—. ¿Qué hay de tu negocio?

Sonreí. —Lo tengo todo resuelto. ¿Qué te parece—

—Espera, necesito decir algo. —Ella se alisó la falda—. Gunnar, solo quiero que sepas que no me debes nada. Si regresas a casa y esto resulta ser... resulta ser... —Tragó saliva—. Si esto resulta no ser más que un romance de verano, está bien. Yo estaré bien. No me debes nada.

Oh, no. Ni de puta manera iba a dejar que pensara que esto no era más que un polvo casual. Creí que nuestra charla en la playa había dejado claras mis intenciones. Parece que me equivoqué.

—Evidentemente, necesito mejorar mi estrategia. —Me levanté de un salto, levantándola conmigo. Tirando de ella, la llevé a la cabina y la ayudé a bajar las escaleras. Me siguió como un cordero inocente al matadero.

—Esto es... —dijo Ella, tratando sin éxito de reprimir una sonrisa—. Bastante horrible.

Anticuado y necesitado de una renovación importante tanto en términos de decoración como de maquinaria, el dueño del yate lo había comprado por una ganga y estaba dispuesto a pagar por el trabajo.

Tenía una cocina completa, baño, área de estar y un dormitorio anexado en la parte trasera. Ahí es donde la llevé, arrastrando a Ella a través de la pequeña cabina hasta la diminuta habitación. Con sus paneles psicodélicos y techo negro, la pequeña cabina me recordaba a una casa del terror en un carnaval.

Por suerte a mi verga le importaba una mierda la decoración.

Empujé a Ella hacia la cama, levantando sus faldas y lanzándome por su ropa interior.

—¡Gunnar! —jadeó ella, tratando de escabullirse—. Espera.

—No —gruñí, enganchando dos dedos en su ropa interior y bajándola por sus piernas—. Necesito saborearte, nena. Necesito mostrarte que eres mía.

Ella cedió, dejándome quitarle la ropa, y luego abrió los muslos. Besé mi camino por la suave piel de sus piernas, colocando delicados besos en el interior de cada rodilla.

—Eres mía, Ella. —Me detuve sobre su centro, observando cómo el rubor del deseo teñía su piel de rosa.

—Tú eres mi hogar. Quiero que estés donde yo estoy. Ya no puedo imaginar vivir una vida que no implique despertar contigo, respirar tu aroma, besar tus labios, reír contigo. Y cuando deje esta tierra, te encontraré, Valquiria. Te buscaré por todo el Valhalla.

La miré, haciendo eco de mis palabras de la primera noche que hablamos.

—¿Demasiado cursi?

Su hermosa mirada encontró la mía, con ojos brillantes. —Absolutamente.

Bajé la cabeza, deleitándome con el sabor de su miel. Ella florecía bajo mis caricias, su cuerpo temblando mientras sus entusiastas jadeos y gemidos alentaban mis esfuerzos.

—Di que eres mía, Ella. —Enganché un dedo dentro de ella, presionando contra su punto g—. Eres mía.

Su cuerpo se arqueó, levantándose de la cama mientras gritaba de placer. —¡Gunnar!

—Dilo —exigí con rudeza, presionando mi dedo.

—S-soy tuya —jadeó, suplicando por más, suplicando por su liberación.

—Otra vez —ladré, apenas conteniendo mi necesidad.

—Soy tuya, Gunnar. Soy tuya. Me perteneces.

Saqué mi dedo y me lancé hacia adelante, atrayéndola contra mi verga, empalándola con mi longitud ardiente. Ambos jadeamos,

nuestro ritmo irregular, apresurado, cada uno luchando por el dominio.

Era caliente, intenso y sin práctica. Fue uno de los polvos más sucios y obscenos que jamás había tenido. Me hundí en ella, gruñendo elogios mientras ella jadeaba mi nombre una y otra vez, mi verga convirtiéndola en una masa de necesidad que se retorcía y se agitaba. Sus pechos rebotaban con abandono temerario, y levanté una mano, agarrando uno brutalmente mientras mi boca descendía para succionar el otro. Ella explotó a mi alrededor, sus caderas empujando contra mí, su coño un tornillo apretado de placer pulsante ordeñando mi verga.

—Carajo —rugí, mis caderas como pistones. Una, dos veces, exploté, llenando su interior con mi semen, cubriéndola con mi olor.

Me desplomé sobre ella, rodando hasta quedar de espaldas, con Ella tendida sobre mi pecho. Se acurrucó contra mí, nuestras respiraciones igualmente rápidas mientras tratábamos de encontrar calma en las secuelas.

—Eso fue... —Ella hizo un pequeño sonido de ronroneo.

Sonreí, presionando un beso en su frente. —Joder, claro que sí.

Nos acurrucamos juntos, el bote se mecía suavemente bajo nuestros cuerpos, arrullándonos en un estado meditativo.

—¿Estás seguro? —susurró en el silencio.

—Completamente —le dije, sin necesidad de aclarar.

Ella tomó aliento con un temblor. —Quiero dar este salto contigo.

Mis brazos se tensaron, sosteniéndola con fuerza.

—Tengo miedo. Nadie me ha querido como tú lo haces.

—Es su pérdida. —Levanté su barbilla, esperando a que me mirara a los ojos. Necesitaba que Ella viera lo mortalmente serio que estaba —. Eres hermosa, Ella. Cada parte de ti. Tu cuerpo, tu alma. Tratas a

todos con descaro y buen humor. Cuando caminas con ese trasero sexy por tu casa, me debilito. No quiero nada más que ver esa sonrisa en tu cara y besar tus labios. No tengo ninguna duda, nena. No las he tenido desde el momento en que adivinaste mi cerveza. Eres todo para mí.

Las lágrimas brillaban en sus pestañas. —Te amo, Gunnar.

—Yo también te amo, cariño —presioné un suave beso sobre sus labios—. Ahora, ¿cuándo quieres irte? ¿Cuánto tiempo de aviso necesitas darle a Anika?

Ella se quedó inmóvil. —¿Qué?

—Supongo que necesitarás encontrar un reemplazo para ti. Será duro estar sin ti por un tiempo, pero vendré los fines de semana y—

Se sentó, con el cabello cayendo sobre su pecho. —¿De qué estás hablando?

Algo en su tono sonaba extraño.

—De mudarnos a Cabo Hardgrave. ¿De qué crees que estoy hablando?

Me miró fijamente, con la boca formando una pequeña o.

Intenté alcanzarla, no me gustaba el espacio entre nosotros. —Cariño, ¿qué—?

Presionó una mano en el centro de mi pecho, deteniendo mi movimiento. —Gunnar. Espera. ¿Estás diciendo que quieres que me mude contigo a Cabo Hardgrave?

Asentí lentamente, sin que me gustara su expresión. —Le pedí a Erik que revisara algunos lugares para ti. Podríamos establecer otro restaurante en el Cabo. El tráfico turístico es bueno durante todo el año y—

—¿Qué te hace pensar que alguna vez dejaría Caleta Capricornio?

Los pelos en la nuca se me erizaron, una punzada de inquietud se asentó en mi pecho. —Yo estoy en el Cabo.

—Sí, pero mi negocio está aquí.

—Y el mío está allá.

Apretó los labios, con las mejillas sonrojadas. —¿Así que esperas que yo me mude pero tú no estás dispuesto a discutir esto conmigo?

—¿Qué hay que discutir? Caleta Capricornio no tiene nada que ofrecer. Mi negocio está establecido. Tú puedes mudarte—

—Basta —una rabia helada llenó su orden silenciosa—. Detente ahora antes de que empiece a pensar menos de ti.

—Ella, por favor. Esto es—

Se bajó de la cama, alcanzando su vestido. —Detente, Gunnar. Estás cavando un hoyo del que quizás no puedas salir.

—No entiendo. Qué—

Con el vestido cubriendo su desnudez, giró, clavando un dedo en mi pecho. —Estás tomando decisiones sobre *mi* futuro. Te estás comportando como un idiota. Mi negocio, mi casa, mi familia, mis amigos, mi *vida* está aquí. ¿Se te ocurrió que cada vez que dije que nunca me iría lo decía en serio? ¿Se te ocurrió que tengo responsabilidades? ¿Compromisos? ¿Sueños que giran en torno a este pueblo?

Negó con la cabeza, con lágrimas brillando en sus pestañas. —No. Simplemente decidiste lo que era mejor para mí sin considerar lo que era mejor para *nosotros*. ¿Has mirado alrededor, Gunnar? ¿Has visto los edificios deteriorados y los terrenos abandonados? Hace cinco años, nuestro restaurante era eso. Hace cinco años, Anika y yo nos esforzábamos para salir adelante. Desde que comenzamos nuestro negocio, el dinero ha llegado a este pueblo. La gente abrió tiendas. Los artistas comenzaron a vender sus productos. Los turistas comenzaron a detenerse y a gastar dinero —extendió los

brazos—. Yo hice eso. Anika y yo lo hicimos. Estamos haciendo una diferencia aquí. Estamos ayudando. Y por mucho que ame lo que estamos empezando, estás esperando cosas de mí que no puedo darte.

La culpa y el miedo se anudaron en mi estómago, un sudor frío brotando en mi piel.

—Ella, lo siento. Cariño, por favor... —intenté alcanzarla, con la intención de atraerla a mis brazos, pero su mano se extendió, deteniendo mi movimiento una vez más.

—Valkiria, déjame—

—Shhh —frunció el ceño, inclinando la cabeza—. ¿Puedes oír—

Una sirena sonó a lo lejos, haciéndose más fuerte a medida que más se unían al llamado.

—Mierda —su rostro palideció—. Es la señal de emergencia. Tenemos que llegar al punto de reunión.

Las sirenas me eran tan familiares como lo serían para cualquiera que viviera en la costa de Astipia.

—¿Dónde está el punto de reunión? —pregunté, alcanzando mi ropa.

Ella se sentó a mi lado, poniéndose sus propios zapatos mientras respondía. —En el salón comunitario.

Asentí, tirando de mis botas. —¿Ella?

Me miró, con una ceja levantada.

—Lo siento.

Ella asintió. —Lo discutiremos después —se puso de pie—. Ahora vamos, tenemos que darnos prisa.

9

GUNNAR

—Un crucero ha chocado contra unas rocas frente a la costa de Isla Carolina —explicó Roy, el jefe de la guardia costera voluntaria, mientras a mi alrededor la gente se ponía trajes de neopreno, se abrochaba chalecos salvavidas y se ataba botas gruesas—. Es un crucero nacional; la información es escasa, pero parece que tiene unos tres mil pasajeros y tripulantes a bordo.

Revisó sus notas. —Ella, quiero que coordines las comunicaciones y el centro de rescate. Notifica al hospital y ten paramédicos en espera. Necesitaremos ambulancias disponibles.

Mi mujer asintió mientras tomaba notas, con expresión sombría.

—Yo iré en el bote principal, necesitamos evaluar la situación antes de que autorice a alguien acercarse. Según la información inicial, calculo que necesitaremos remolcadores y barcos de rescate. El viento y las olas están fuertes hoy debido a la marejada. Aunque eso juega en nuestra contra, debo decir que tenemos suerte de que la luz se mantendrá por unas horas más. Eso ayudará a poner a unos cuantos pasajeros a salvo.

Hizo una pausa, recorriendo la sala con la mirada. —Estén atentos a cualquier persona que pueda estar en el agua; es posible que se hayan desplegado botes salvavidas. Iremos actualizando conforme avancemos. La guardia costera está en camino, pero tardarán al menos dos horas en llegar. Estamos pidiendo a cualquiera que esté dispuesto a estar en un bote de rescate que salga. Con un barco de este tamaño, no podemos hacer esto solos. —El hombre mayor revisó su tablilla—. Voy a desplegar voluntarios entrenados en cada embarcación. Escuchen a estas personas, tendrán comunicación directa con Ella y con la guardia costera.

Hizo una pausa, con expresión seria. —Quiero que todos regresen con vida. No es momento para ser héroes. —Asintió una vez—. Muy

bien, vamos allá. Buena suerte.

Me agaché para atarle una de las botas a Ella mientras ella hacía lo mismo con la otra, desesperado por hablar con ella. —¿Estás bien?

Ella asintió. —Estoy entrenada para esto. Conozco mi papel. —Su mirada escudriñó mi rostro—. Vas a salir en uno de los botes, ¿verdad?

—Soy voluntario en mi ciudad natal. —Incliné la cabeza hacia los voluntarios que se movían, con expresiones determinadas mientras recibían las órdenes finales del Jefe—. Seguiré a los locales, pero no puedo quedarme sin hacer nada.

Alguien llamó a Ella.

—Solo un segundo. —Tomó mis mejillas entre sus manos, presionando un rápido beso en mis labios—. Mantente a salvo, ¿sí?

—Tú también. —Tomé su mano, besando sus nudillos—. Tenemos mucho de qué hablar después. Y tengo mucho por lo que disculparme.

Una sombra de sonrisa tocó sus labios. —Entonces será mejor que regreses a mí, vikingo.

Con un último beso me soltó, dirigiéndose al área improvisada de comunicaciones.

—¿Te ofreces como voluntario?

Levanté la mirada para encontrar a Roy parado frente a mí. —Así es.

Me evaluó con la mirada. —¿Eres militar?

—No, pero soy un voluntario entrenado de la guardia costera en mi lugar de origen. Soy uno de los líderes de grupo.

—¿Dónde es tu hogar?

—Cabo Hardgrave.

—¿Ves mucha acción?

Me encogí de hombros. —Tenemos nuestra parte. Aunque nada tan grande como un crucero.

Asintió. —Sí, es un día infernal. —Miró su tablilla, haciendo una anotación—. Te pondré en un equipo con Collins y Honey. Son buenas mujeres, con experiencia. Sigue sus órdenes, ¿entendido?

—Sí, señor.

—Están preparando el bote cinco. Mejor date prisa. —Me dio una palmada en el hombro—. Que los dioses te acompañen, hijo.

Me dirigí hacia la marina, encontrando fácilmente el bote cinco.

—¿Eres nuestro tercero? —preguntó la mujer rubia curvilínea, evaluándome mientras realizaba las verificaciones finales.

—Lo soy.

Se señaló a sí misma. —Soy Honey. Ella es Collins. —Asintió hacia la mujer al otro lado de la cabina.

—Gunnar.

Ambas hicieron una pausa. —¿Como en el Gunnar de Ella?

Asentí.

—Vaya, los pueblos pequeños se hacen cada vez más pequeños. —Honey alcanzó debajo de uno de los asientos para lanzarme un chaleco salvavidas—. Póntelo. Los cascos están en esa caja.

Seguí las órdenes mientras salían de la marina, atravesando las olas y saliendo de la cala. Sin los acantilados para protegernos, el viento agitaba la marejada, haciendo que las aguas abiertas estuvieran picadas.

—¿Qué tan lejos? —pregunté, agachado junto a Collins mientras preparábamos mantas y chalecos salvavidas.

—Unos cuarenta y cinco minutos. Si las coordenadas que nos dieron son correctas, tendremos que pasar la punta de Carolina antes de poder ver el barco.

Seguimos a las otras embarcaciones mientras luchaban contra las grandes olas, la marejada de una tormenta lejana empujando contra nosotros.

Cuando rodeamos la punta de la Isla Carolina, la magnitud del daño se hizo evidente.

—Mierda —levanté los binoculares prestados para ver mejor—. Mierda.

Las rocas habían destrozado el lado de babor del casco, sin duda inundando la sala de máquinas. La estructura entera se inclinaba pesadamente hacia estribor, con las olas amenazando con volcarla por completo.

La radio crepitó, el Jefe le transmitía a Ella la magnitud de los daños.

—Se requiere asistencia urgente.

Mientras nos acercábamos, Honey redujo el motor, acercándonos despacio.

—¿Dónde están los botes salvavidas? —preguntó Collins, con sus propios binoculares levantados mientras escudriñaba el agua—. Con esta cantidad de daños deberían estar evacuando el barco.

—Es hora de la cena —murmuré, explorando el mar del lado opuesto en busca de algún pasajero extraviado—. Tal vez estaban en los comedores.

—Si ese es el caso, esto se va a poner mucho más difícil —Honey hizo una mueca mientras las olas golpeaban el crucero, sacudiendo los restos—. Hay una buena posibilidad de que vuelque por completo.

Escuchamos cómo el Jefe comunicaba la situación a la central, mientras Ella coordinaba con la Guardia Costera y la Marina oficiales en el área.

La luz de la tarde disminuyó rápidamente, la tormenta distante seguía rugiendo mientras los relámpagos iluminaban ocasionalmente el horizonte.

Llegaron nuestras órdenes, dirigiéndonos hacia donde los pasajeros se reunían listos para descender a nuestra embarcación en espera.

—Muy bien, vamos a proceder —Honey nos maniobró más cerca, con expresión seria—. Esperemos que haya algu... ¡Mierda!

Un grupo de olas golpeó el crucero, alterando el equilibrio ya precario del barco. Observamos cómo lenta y horriblemente el crucero se inclinaba, volcándose por completo y arrojando a los pasajeros desde la popa al agua.

—¡Mayday, mayday, mayday! —estalló la radio con la llamada.

—Mierda, vamos.

Esquivando rocas y olas, sacamos del agua a niños, mujeres y hombres, agrupándolos en el bote.

—Estamos llenos —gritó Collins, con desesperación en su voz—. Tenemos que regresar.

Envolví a una anciana en una manta térmica. Ella agarró mi brazo, deteniéndome.

—Pero hay más gente en el agua.

—Lo sé, y los rescataremos —le prometí, poniendo mi mano sobre la suya—. Pero tenemos que poder llevarlos a ustedes a un lugar seguro. Ya estamos sobrepasando nuestra capacidad.

Collins y yo atendimos a los pasajeros, tratando lesiones y shock mientras Honey nos dirigía de regreso a la Cala.

—Vamos a necesitar recargar combustible —murmuró Collins mientras nos preparábamos para atracar en la marina—. Van a necesitar que volvamos allá.

Asentí con gravedad.

Trabajamos rápidamente, desembarcando a los pasajeros y entregándolos al personal de emergencia que esperaba. Una recarga rápida y salimos de nuevo, rotando con los botes que regresaban hasta que la tormenta obligó a detener toda actividad de rescate, forzándonos a hacer algo que ningún rescatista quería jamás.

Nos vimos obligados a esperar.

10

GUNNAR

—Sabes, cuando dije que vendría para el fin de semana, esperaba sol, surf y arena —se quejó Erik mientras nuestro bote rugía a través del agua abierta de regreso hacia el barco volcado—. No una misión de rescate.

Le di un codazo a mi hermano en el estómago, lanzándole una mirada irónica.

Después de hablar con él el jueves, tomó el primer avión a la ciudad más cercana y condujo hasta aquí para echar una mano. Entre los equipos de noticias, la Marina, la guardia costera y los servicios de emergencia, sin mencionar a quienes habíamos logrado rescatar del barco, la población de Capricorn Cove se había triplicado durante la noche.

Tres días después de que empezara el problema, el final del rescate comenzaba a vislumbrarse. De las tres mil personas en el crucero, solo quedaba la tripulación a bordo. Si todo salía bien, todos estarían a salvo en las próximas horas.

Y, gracias a la rápida reacción del Capitán del crucero, si nada ocurría de aquí a entonces, sería la operación de rescate exitosa más grande en la historia de Astipia.

La voz de Ella llegó por la radio, clara, fuerte y tranquilizadora mientras transmitía órdenes y coordinaba con los botes en el puerto.

—Tu mujer es una joya —murmuró Erik cuando Ella terminó—. Sabe cómo mantener la calma en situaciones difíciles.

En las últimas setenta y dos horas solo había logrado robar minutos del tiempo de Ella. Entre transportar pasajeros, apoyar el reabastecimiento de combustible y evitar que los medios y turistas se acercaran al naufragio, sin mencionar sus propias tareas como coordinadora, nuestro tiempo libre había sido mínimo.

—Es increíble —asentí.

Erik me miró de reojo.

—¿Qué?

Se encogió de hombros. —Solo estoy pensando.

—Conozco esa mirada.

Él se rio. —¿La mirada que dice "oye, soy un tipo genial capaz de cargar tres bebés a la vez"?

Mi hermano había salido en las noticias la noche anterior después de sostener a tres bebés llorando mientras su madre desembarcaba del bote. La foto de una madre agradecida junto a un Erik sonriente había sido noticia internacional esta mañana. Y, según nuestro chat familiar, ya le habían creado tres páginas de fans en su honor.

—No, es tu mirada de "pregúntame qué estoy pensando".

—Solo estoy pensando en ti y en Ella.

Entrecerré los ojos. —¿Qué hay con Ella y conmigo?

Se encogió de hombros. —La mujer es una joya. Pero no la veo abandonando la Cala en un futuro cercano.

¿Acaso no lo sabía yo?

Desvié la mirada, frotándome el pecho con una mano. —La convenceré.

—Todo lo que digo es que quizás hay otras opciones.

Un movimiento captó mi atención. Protegiéndome los ojos del resplandor del océano, divisé una lancha a toda velocidad dirigiéndose hacia el barco volcado. —Espera un momento, creo que tenemos a nuestro primer idiota del día.

Nuestro trabajo hoy era proporcionar respaldo en caso de que la Marina y la guardia costera necesitaran ayuda para llevar a la

tripulación del crucero de regreso a la Cala. Además, nos pidieron evitar que cualquier curioso entorpeciera la operación de rescate.

—Lo veo —gritó Honey desde la cabina—. Prepárense para interceptar.

Nuestra embarcación aceleró hacia los turistas del desastre, Collins levantando un megáfono para gritar una advertencia.

—Esta es un área restringida. Si permanecen en esta zona, serán multados.

El bote, repleto de jóvenes idiotas, nos ignoró.

—Carajo, cómo odio a la gente. —Miré por encima del hombro a Honey—. Colócate junto a ellos, veré si puedo hacerlos entrar en razón.

—Buena suerte.

Nos acercamos a la embarcación, obligándolos a reducir la velocidad.

—Tienen que dar la vuelta.

El capitán, un tipo que calculé tendría unos veinticinco años, levantó el dedo medio, mostrándonos el gesto obsceno.

—Ay, hombre. —Erik negó con la cabeza—. Vamos a tener que llamar a los oficiales juramentados para que se encarguen.

Asentí. —¿Collins?

—Me encargo. —Levantó la radio para reportarlo.

—¡Oye, jódete! ¡Este es un espacio libre! —Uno de los pasajeros levantó una lata de cerveza—. ¡Jódete!

Esquivé la primera lata. —¡Oye! Calm-

La segunda lata la vi una fracción de segundo antes de que todo se volviera negro.



ELLA

Anika golpeó un libro de bolsillo frente a mí.

—Come —exigió, cruzando los brazos sobre el pecho—. Ahora.

Ignoré a mi amiga, entrecerrando los ojos hacia la operadora de radio a mi lado. Maeve levantó las manos en señal de rendición.

—No me culpes a mí, fue tu novio quien le contó.

—Y menos mal que lo hizo. —Anika dio unos golpecitos en la bolsa —. ¿Sin comida y durmiendo lo mínimo? Ella, sabes que esto no está bien.

Suspiré, poniendo los ojos en blanco. —No es como si no hubiera comido en todo este tiempo. Almorcé.

A mi lado, Maeve tosió, la traidora revelando mis secretos más profundos. —Ayer.

Prácticamente podía ver el vapor explotando de las orejas de Ani.

—¿Ayer? —repitió—. ¿Ayer? Ella Renee Artemis Bronze, ¿ayer?

Anika no era una voluntaria oficial de la guardia costera, sino que se ofrecía como presidenta del banco de alimentos de la ciudad. Pero durante emergencias, siempre la podías encontrar en nuestra camioneta de comida preparando deliciosas y nutritivas comidas para cualquiera que las necesitara.

Suspiré, sabiendo que no obtendría ningún alivio de mi mejor amiga.

—Maeve, ¿te parece bien si como algo rápido por unos minutos?

—Media hora —ordenó Anika.

—Bien, media hora.

Asintió, sus impresionantes ojos azules bailando con diversión. —Estaré bien. Solo estamos esperando las próximas transferencias. El trabajo real no comenzará de nuevo hasta dentro de una hora más o menos.

Descartando mi auricular, permití que Anika me arrastrara fuera de la sala de control improvisada hacia la luz del sol.

—Qué día tan hermoso. —Incliné mi rostro hacia el sol.

—Siéntate. —Clavó un dedo en un banco del parque—. Come.

Con un suspiro, me senté, abriendo la bolsa de papel para encontrar una ensalada de cuscús y cordero, pan plano, dos piezas de fruta y una galleta.

—Eres la mejor.

—Lo soy —estuvo de acuerdo, tomando asiento a mi lado—. Ahora come.

Con un pequeño suspiro, me sumergí en mi montaña de comida, casi gimiendo cuando los sabores tocaron mi lengua. Mi estómago rugió en señal de aprecio, el órgano maltratado cobrando vida.

No hablamos hasta que Anika estuvo satisfecha de que había comido lo suficiente para estar cómoda.

—Bueno —dijo, mirando su reloj de pulsera—. Todavía tienes cinco minutos antes de que debas regresar. Cuéntame.

Levanté una ceja, con la boca llena de galleta.

—Lo que te tiene evitando al hombre con el que aparentemente estás viviendo.

—Nada.

—Ella. —Cruzó los brazos, dándome una mirada—. Te conozco desde que teníamos doce años y ambas fingíamos tener el período para no ir a la clase de natación. Dime qué está pasando.

Suspiré, envolviendo el resto de mi galleta. —Gunnar... hizo algo.

—¿Necesito matarlo?

Sonreí. —No. Pero fue simultáneamente un idiota y me dio mis sueños más salvajes. No sé cómo procesarlo.

Ella miró su reloj otra vez. —Te quedan cuatro minutos. Dame un resumen.

Con todos los detalles abreviados que pude reunir, le expliqué el error de Gunnar.

—¿Así que el tipo te quiere lo suficiente como para mudarte a través del país pero no lo suficiente como para tener una conversación contigo o reconocer que también estás atada a tu propio pueblo, entendí bien?

Me reí. —Exacto.

Asintió. —Me gustaría reiterar mi posición inicial de que las aventuras de una noche son preferibles a las relaciones. No tienes que lidiar con ninguna de estas tonterías.

—Anotado. Intentaré hacerlo mejor la próxima vez.

Extendió la mano para despeinarme. —No te preocupes, pequeña amiga. Mantente firme en tus límites y clara en tu comunicación. Si está destinado a ser, será.

—¿Pero qué pasa si yo quiero que sea y él no puede comprometerse?

Suspiró. —Entonces tendrás que hacerlo tú. Y por mucho que me duela decir esto, si él es realmente el que quieres, observando que no estoy segura de que puedas decidir eso en el corto tiempo que han estado juntos, entonces te apoyaré. —Me atrajo para un abrazo —. Lo resolverán.

La abracé fuerte, aceptando el consuelo que me ofrecía.

—Te quiero.

—Lo sé. —Se sentó de nuevo—. Soy demasiado increíble como para no quererme.

Me reí, dándole un empujón. —Y modesta también.

—¿Ella?

Me enderecé, tensándome ante el llamado del Jefe. Mi cabeza giró, viéndolo caminar hacia nosotras a través del parque. Me levanté, encontrándolo a mitad de camino.

—¿Qué sucede?

Negó con la cabeza. —Mira, no sé cómo decir esto pero... Gunnar ha tenido un accidente.

Y justo así, mi mundo se derrumbó.



Aferré la mano de Gunnar mientras los paramédicos lo trasladaban por el pasillo hacia el hospital.

—Estoy bien —gruñó—. Esto no es más que una exageración. Dame algunos analgésicos y mándame a casa.

—Te golpearon con una lata y perdiste el conocimiento. Tienes la cabeza abierta y estás sangrando, Gunnar. No voy a dejarte salir de aquí hasta que te hagan una radiografía y te pongan puntos.

Por el rabillo del ojo, vi que los paramédicos intercambiaban una mirada divertida.

—Deberías hacerle caso a tu novia —aconsejó uno de ellos—. Tiene razón. Las lesiones en la cabeza deben tomarse en serio.

—Lo tomaría más en serio si no estuviera semidesnudo —murmuró Gunnar, entrecerrando los ojos ante las brillantes luces del pasillo.

—Él fue quien se quitó la ropa. Dijo que no quería estar cubierto de sangre —gritó Erik desde el pasillo, caminando detrás de nosotros—. Traté de detenerlo pero fue inútil. Aparentemente, tenía que estar desnudo.

La camilla se detuvo cuando uno de los paramédicos se separó, dirigiéndose hacia la estación de enfermería.

—No tardaremos mucho —nos dijo el otro alegremente—. Jim solo está registrándote. Te acomodarán en una habitación en un momento.

Continué agarrando la mano de Gunnar, necesitando el reconfortante calor de su piel contra la mía.

—¿Ella?

Bajé la mirada hacia Gunnar.

—Deberías regresar. Te necesitan.

—Tú me necesitas más —respondí bruscamente, pasando suavemente una mano por su mejilla—. Hay otras personas que pueden ayudar.

Una lenta sonrisa se dibujó en su rostro. —Todavía me amas.

—Yo-

—¿Ella?

Agradecida por la interrupción, me di vuelta, y una sonrisa aliviada elevó mis labios. —¡Blue! Gracias a los Dioses.

Blue se detuvo frente a la cama de Gunnar, con las manos en las caderas. —Me han dicho que has estado en la guerra, jovencito.

Gunnar se rio y luego gimió, agarrándose la cabeza. —Mierda, no me hagas reír.

Ella chasqueó la lengua, agarrando el extremo de la camilla. —Vamos a llevarte a una habitación.

Tomó el control, guiándonos fácilmente por un pasillo mientras los paramédicos le informaban sobre la condición de Gunnar. En el pequeño espacio con cortinas, lo trasladaron de la camilla a una cama, deseándonos suerte antes de irse.

—Bien —Blue se metió un mechón rebelde de su cabello oscuro detrás de la oreja—. Cuéntame qué pasó.

Erik respondió, explicando la confrontación y la lesión de Gunnar.

Blue asintió, revisando los signos vitales de Gunnar. —¿Algún vómito?

Escuché mientras Erik respondía sus preguntas, acariciando el pulgar de Gunnar con el mío.

—No. Estuvo inconsciente durante veinte minutos. Mucha sangre pero parece estar en condición aceptable.

—¿Alguna confusión?

Erik se acomodó en la silla junto a la cama. —No recuerda la primera hora después del incidente.

Ella asintió, haciendo una nota en su clipboard. —¿Algún cambio en el comportamiento?

—Un poco de agresividad pero ya se ha calmado.

—Estoy aquí mismo. Puedo hablar por mí mismo, ¿saben? —protestó Gunnar, mientras Blue le alumbraba con una linterna en sus ojos entrecerrados—. Es solo un dolor de cabeza y un corte pequeño.

Ella resopló. —El médico lo confirmará, pero parece una conmoción cerebral. No querrás ser como alguien que conozco que pensó que era 'solo un golpecito' y terminó con una horrible conmoción durante tres meses.

Un recuerdo apareció en mi mente. —Ese fue Drake, ¿verdad?

Blue me lanzó una mirada sorprendida. —¿Recuerdas eso?

Me reí suavemente. —Por supuesto. Tuvo que faltar a la escuela todo ese tiempo. Tú y Dane parecían corderitos perdidos sin él.

Se sonrojó, dejando que su cabello cayera hacia adelante para cubrir su expresión. —Eso fue hace mucho tiempo.

—¿Tus hermanos? —preguntó Gunnar.

Blue negó con la cabeza. —No, eran chicos de acogida que mis padres cuidaron hasta que superaron la edad del sistema. Ahora están en la Marina.

La cortina de privacidad se abrió de golpe, una mujer mayor con una camisa extravagante y pantalones capri entró en el pequeño espacio.

—Soy la Doctora Peg. Veamos con qué estamos tratando. —Tomó la historia clínica que le ofrecían, escuchando atentamente mientras Blue le explicaba la situación de Gunnar.

Con un trato eficiente junto a la cama, lo examinó, quitándole el vendaje de alrededor de la cabeza, y haciendo un pequeño sonido de desaprobación cuando examinó la piel cortada.

—Vamos a hacer una resonancia magnética solo para asegurarnos de que no haya sangrado interno. Sospecho que no, pero quiero estar segura antes de enviarlo a casa. —Se quitó los guantes—. Blue, ¿puedes organizar una vacuna contra el tétanos y analgésicos —anotaré la dosis en su historia— y limpiar la zona de la herida? Pondré grapas después de la resonancia.

Nos ofreció una sonrisa tranquilizadora. —Si la resonancia sale bien, lo enviaremos a casa esta noche.

—¿Y si no? —pregunté, con el estómago encogido por la ansiedad.

—Nos ocuparemos de eso si sucede. Probablemente observación durante la noche como mínimo, pero veremos qué muestran las

imágenes.

Asentí, mientras Gunnar me apretaba la mano.

—Volveremos enseguida con la inyección. —Ambas salieron, cerrando la cortina detrás de ellas.

—Oye —dijo Gunnar suavemente, llamando mi atención hacia él. Sus ojos seguían entrecerrados y su frente arrugada como si estuviera tratando de evitar la luz—. Estoy bien. Todo saldrá bien.

Tomé un respiro tembloroso. —Se supone que yo debería estar tranquilizándote a ti.

—Sí, bueno, podrás compensarme con un baño de esponja más tarde.

—Y esa es mi señal para irme —Erik se puso de pie, estirándose—. Iré a buscar un café o algo. Ella, ¿quieres algo?

Negué con la cabeza.

—Te traeré una dona por si acaso.

Me reí mientras lo veía salir.

—Tu hermano es ridículo.

—Si piensas eso, me preocupa lo que pensarás del resto de mi familia.

Extendí la mano para rozar con los dedos su frente.

—Debería llamarlos, asegurarme de que sepan que estás bien.

Él gimió, cerrando los ojos.

—¿Qué tal si esperamos primero los resultados de la resonancia?

—Gunnar... ¿qué pasa si entras en coma? No conozco todo tu historial médico. ¿Erik lo sabe?

—Ni de coña. Es un gran hermano pero apenas recuerda mi cumpleaños, menos aún cuestiones médicas —suspiró dramáticamente—. Está bien, pero no llames a Liv. Está loca y va a enloquecer.

Gunnar tenía cuatro hermanos menores: Erik, Liv, Astrid y Rune. Mientras Erik compartía la administración del negocio de construcción naval con Gunnar, los otros hermanos se habían dedicado a sus propias carreras. Liv era productora de televisión, Astrid estaba en la universidad terminando una maestría en Arquitectura, mientras que Rune dirigía una librería.

—Llamaré a tu mamá. ¿Cuál es su número?

Me fue dictando los dígitos mientras los marcaba en mi celular.

Contestaron al tercer timbre.

—Hola, residencia Larsson, habla Jemma.

—¿Señora Larsson?

—¿Sí?

Tragué saliva, sintiéndome extrañamente nerviosa.

—Soy Ella. Estoy aquí con Gunnar quien—

—¡Oh, Ella! ¡Hola! Por favor, llámame Jemma. Me moría por hablar contigo. ¿Cómo está mi muchacho? ¿Te está tratando bien, espero?

Tragué saliva, abriendo mucho los ojos hacia Gunnar, quien puso los suyos en blanco y luego hizo una mueca.

—Um, sí, lo está. Solo que ha tenido un accidente. Está despierto y funcionando, solo tiene una laceración en la cabeza que requerirá grapas, y una posible conmoción cerebral. Le están haciendo una resonancia magnética para verificar que no hayan pasado nada por alto, pero por ahora están optimistas.

Siguió un momento de silencio.

—¿Ella? —la voz de Jemma había cambiado, su tono era serio.

—¿Sí?

—Pásame a Gunnar, por favor.

Lo miré.

—Um, claro —le extendí el teléfono—. Tu mamá quiere hablar contigo.

Suspiró profundamente, aceptando el celular.

—Hola, mamá.

Podía escuchar los gritos desde donde estaba sentada. Gunnar hizo una mueca, alejando el teléfono de su oído.

—Mamá, cálmate. No es gran cosa. No, no estaba siendo un idiota. Algún imbécil me lanzó una lata de cerveza y me golpeé la cabeza cuando me caí. No, no me hubiera *muerto*. Sí, entiendo que quieres nietos. Sí, ella es muy linda. Sí, la amo. Sí, se lo he dicho. No, no necesito que vengas aquí. No, estoy bien.

Suspiró profundamente.

—Mamá. Mamá. ¡Mamá! Pásame a papá.

Mi cuerpo se calentó, un pequeño fuego crepitando en mi estómago ante su confesión de amarme.

—¿Papá? Sí, estoy bien. Un golpe en la cabeza y un corte. Sí, un par de grapas por la ubicación. No, estamos bien. Ella está bien —me lanzó una sonrisa—. Sí, Erik está aquí. Claro, te mantendré informado. Gracias.

Hubo una pausa, luego otro giro de ojos seguido por una mueca inmediata.

—Yo también te quiero. Aquí está Ella.

Me devolvió el teléfono.

—¿Hola?

—Ella, soy Sune. Gracias por cuidar de nuestro muchacho.

El padre de Gunnar tenía la misma voz potente que su hijo y no pude evitar sonreír al escucharlo.

—Oh, no hay problema. Es fácil cuidarlo.

Gunnar extendió la mano para entrelazar nuestros dedos.

—Manténnos informados. Si necesitas algo, avísanos. Tiene la cabeza dura, así que espero que lo manden a casa donde se comportará como un niño grande por al menos unos días. No te dejes engañar con su acto de pobrecito de mí.

Sonreí, ya me estaban cayendo bien sus padres.

—Lo tendré en cuenta.

—Llámanos cuando sepas más.

—Lo haré —prometí.

—Adiós, Ella.

—Adiós —colgué, deslizando el teléfono de vuelta a mi bolsillo.

—Gracias —suspiró Gunnar—. Lo siento, están locos.

Levanté un hombro en un medio encogimiento.

—No sé, me parecen bastante normales.

Él levantó una ceja.

—¿Normales? Carajo, ¿qué debo esperar de tu familia?

—Oh, vikingo —me levanté, inclinándome sobre la cama para darle un beso en la frente—. Tengo cuatro hermanos. Puedes esperar *toda* la locura.

11

GUNNAR

Desperté con dolor de cabeza, la boca seca y los brazos vacíos, sin Ella.

Un estado de ser inaceptable.

Con un gemido balanceé mis piernas fuera de la cama, frotándome la cara con la mano y haciendo una mueca cuando el sol de la tarde tardía me dio directamente en los ojos.

—Y entonces vomitó. Por toda su cita. Fue espectacular.

La voz de mi hermano flotaba por el pasillo, seguida por las risas de Ella.

¿Qué demonios...?

Me levanté tambaleándome un poco mientras intentaba quitarme la niebla del sueño.

Me habían dado el alta del hospital dos días antes, y me ordenaron seguir con los antibióticos y analgésicos durante otra semana. A pesar de mis protestas, Ella insistió en que descansara, exigiéndome que tomara una siesta cada tarde.

Que solía terminar con un pequeño deleite vespertino era un incentivo adicional.

Tropezando por el pasillo, con el cerebro todavía un poco brumoso, fui en busca de la mujer que me volvía loco.

—Entonces cuéntame sobre Gunnar cuando—

—No —interrumpí, apoyándome en el marco de la puerta—. Creo que Erik ya te ha contado bastante.

Los cuellos de Ella y Erik giraron, sus expresiones eran reflejos de diversión mientras me sonreían desde sus lugares en la isla de la

cocina.

—Bienvenido de vuelta al mundo de los vivos. —Erik me señaló con su botella de cerveza—. ¿Cómo te sientes hoy?

Me froté la cara con la mano. —¿Mamá te pidió que vinieras a ver cómo estaba?

Él resopló. —¿Necesitas preguntar? Espera una llamada telefónica y una selfie como prueba de vida si quieres evitar que conduzca toda la noche para llegar aquí.

Le di una palmada en el hombro mientras pasaba junto a él, dirigiéndome hacia mi chica.

—Hola, Valquiria. —Me incliné, capturando sus labios en un beso suave.

Ella suspiró, su cuerpo derritiéndose en el mío, su peso un cálido abrazo contra mis músculos doloridos.

—¿Te sientes mejor? —preguntó, levantando una mano para rozar sus dedos contra mi frente.

—Bésame otra vez y te diré.

Detrás de nosotros, Erik hizo un sonido de ahogamiento y arcadas.

—Ignóralo —le dije a Ella—. No aprecia el romance ni el amor.

—Más bien no aprecio las frases baratas de una sola línea —murmuró Erik.

—Dice el hombre que usó una frase de una sola línea en aquel bar de Tokio.

Ella se rio mientras Erik le agarraba la mano, apartándola de mí. —Elegiste al hermano equivocado. Yo soy mucho más suave.

—Sí, lo es —estuve de acuerdo, estirándome para pellizcarle la oreja —. Se depila. Suave como un bebé por todas partes.

La mirada de Ella bailó entre nosotros, su diversión era evidente. —¿Necesito separarlos a ustedes dos?

—Solo el cincuenta por ciento del tiempo. —Erik me examinó—. Estás mejor hoy.

—Lo estoy. —Pasé la mano sobre el vendaje, complacido de que el sitio de mi lesión pareciera menos sensible—. Solo un golpe. No es gran cosa. —Me senté en el taburete junto a mi mujer—. ¿Qué han estado haciendo?

Erik y Ella intercambiaron una mirada.

—Bueno, el rescate ha terminado —respondió Erik, seleccionando una papita de la bolsa que Ella había servido—. Los servicios de emergencia entregarán todo a los equipos de salvamento y recuperación esta noche.

—Eso es bueno. —Extendí la mano hacia su cerveza, gritando cuando Ella me dio una palmada en la mano.

—Sin alcohol hasta que tengas el visto bueno. —Me entregó un vaso de agua—. Bebe esto.

—Aguafiestas. —Tomé el agua con un suspiro.

Erik nos observaba con expresión impenetrable.

—¿Qué? —le pregunté.

—¿Estás listo para una excursión?

Me encogí de hombros. —Probablemente.

—Nada demasiado agotador —ordenó Ella, revisando mi vendaje—. No queremos una recaída.

Erik se rio. —Estaba pensando que podríamos ir a ver la marina, pero ver cómo Ella te maltrata también es bastante divertido.

Levanté una ceja. —¿La marina?

—Claro. Ver los lugares, averiguar qué tiene para ofrecer este pueblo.

Arqueé una ceja. —Gran costa, un restaurante decente, y poco más creo que es la respuesta.

Ella soltó un resoplido.

—¿Estoy equivocado? —pregunté, genuinamente interesado en su respuesta.

—Muy equivocado. —Salió de la habitación solo para regresar unos minutos después con una pila de cajas.

—Toma. —Las dejó caer en la encimera—. Aquí están todas las cosas que Capricorn Cove tiene para ofrecer.

Quité la tapa de una de las cajas para encontrar un tesoro de fotos familiares, recuerdos, álbumes y souvenirs.

—¿Qué es esto? —pregunté, levantando una de las fotos hacia la luz para verla mejor.

—Mi infancia, mi historia, la historia de Capricorn Cove.

—¿Tienen esquí aquí? —preguntó Erik, volteando la foto para que pudiera ver a una joven Ella con sus esquís.

—Sí. Las pistas están a hora y media fuera del pueblo. —Rebuscó en una de las cajas para sacar un folleto gastado—. ¿Ves?

Lo extendió en la encimera, mostrándonos un mapa del área.

Al sur, por supuesto, estaba el océano, la costa una mezcla de playas para nadar, calas protegidas y piscinas naturales. Islas salpicaban el área, cada una destacada por su diversa fauna, flora o paisaje.

—Hay un centro de recuperación de tortugas justo dentro del parque nacional —dijo, su dedo trazando el papel gastado—. El Parque Nacional Capricorn Cove, también conocido por su nombre tradicional como Parque Nacional Kominah, tiene todo lo que podrías

desear tanto en verano como en invierno. Hay un campamento, cuevas, senderismo y el Lago de los Enamorados, que tiene un viejo albergue y cabañas. —Su dedo siguió uno de los caminos—. Fuera del parque tenemos las áreas agrícolas, muchas opciones de productos de la granja a la mesa y algunas bodegas y microcervecerías que están apenas comenzando.

—¿Y el esquí? —preguntó Erik, acercándose más.

—En las Sierras Juniper. —Dio un golpecito a las montañas al este del mapa—. Preciosas durante todo el año, pero especialmente durante la temporada de esquí.

—¿Tienen una universidad aquí? —pregunté, notando el ícono en el mapa.

—Ravenburn College —confirmó Ella—. Se especializan en estudios marinos y de agricultura, literatura y negocios. —Sus labios se curvaron—. ¿Ves? No somos un pueblo completamente inútil.

Nuestras miradas se encontraron, la suya reservada, la mía arrepentida.

—Ella, te debo una disculpa.

—Oh, esto va a ser bueno —se burló Erik.

Ignoré a mi idiota hermano, concentrándome en la mujer que amaba. —Hice suposiciones sobre este pueblo antes de entenderlo realmente. Tenías razón. No debí haber asumido que nuestra única opción era mudarnos a Cape. No debí haber tomado decisiones por los dos.

—Y lamenta haber sido un terco imbécil —añadió Erik—. Y no haberte preguntado qué querías tú.

—Y por eso. —Pasé mi mano por su mejilla—. Lo siento, Ella.

—Gracias por tu disculpa y por reconocer tu error. —La mirada reservada en sus ojos se desvaneció—. Estás perdonado.

Ella volvió a mirar el mapa. —Pero también tienes razón. Tenemos ofertas de trabajo limitadas: la fábrica de papel, la cooperativa pesquera comercial que queda, algunos servicios de emergencia, enseñanza o un trabajo turístico que puede o no pagar algo. —Resopló—. A menos que estés dispuesto a invertir en el pueblo, las ofertas de trabajo son escasas. Simplemente no puedo imaginar cómo serías feliz aquí.

—Sobre eso —interrumpió Erik, tamborileando sus dedos en la encimera—. Puede que tenga una idea.

—¿En serio? —pregunté escéptico—. ¿Tú?

Me mostró el dedo medio. —Sí, cabrón. Soy capaz de pensar. —Asintió hacia el mapa—. Tanto Ella como tú tienen razón. Este pueblo no está aprovechando el mercado turístico. Por eso hablé con Rick.

Fruncí el ceño. —¿Rick? ¿Quién es Rick?

—Es el dueño de la marina —respondió Ella, con expresión pensativa —. Ha estado tratando de venderla durante los últimos años. Quiere mudarse a la isla principal donde viven sus nietos.

Erik asintió. —Ese mismo.

Me rasqué la barbilla. —Sabes, no es una mala idea.

Erik puso los ojos en blanco. —Gracias por las migajas de tu mesa.

—Sería una inversión inteligente. Tienes visitantes habituales y turistas. Dale una renovación a la marina, añade algunas mejoras, busca algunos negocios para que se establezcan como inicio. —Mi mente corría—. Tiene mérito.

—Sin mencionar —añadió Erik—. Que podríamos expandirnos hasta aquí y captar comercio de las islas del norte.

Ella miró de Erik a mí y viceversa. —Perdón, ¿qué está pasando?

—Hemos estado hablando de expandir el negocio —respondí.

—Pero los bienes raíces en Cape son extremadamente caros. —Erik agitó las manos—. ¿Así que por qué no aquí? Como todos siguen diciendo, este lugar podría ser una mina de oro, si tan solo alguien invirtiera en él.

Ella me miró fijamente. —¿Podrías trasladar tu negocio aquí?

Intercambié una mirada con Erik. —Tal vez —admití—. Tendríamos que encontrar espacio para un taller y hacer algunos cálculos pero—

—Pero es posible —coincidió Erik.

Vi un millón de emociones cruzar su rostro. —Ella, ¿estás bien?

—¿Harías todo esto? ¿Por mí? —Parecía abrumada, confundida, incrédula.

—Nena —me deslicé de mi silla para agacharme entre sus muslos gruesos, mis manos recorriendo su piel sedosa—. Movería el mundo entero si me lo pidieras.

Ella negó lentamente con la cabeza, sus ojos vidriosos. —No quería que pusieras tu vida de cabeza.

—Nada está escrito en piedra todavía —la tranquilicé—. Pero si yo esperara que te mudaras a Cape, sería un maldito hipócrita si no estuviera dispuesto a hacer lo mismo si existe una opción viable.

Ella tomó mi rostro entre sus manos. —Gracias.

Sonreí con picardía. —Puedes agradecerme más tarde en la ca—

—¡Y eso es más de lo que necesitaba saber! —irrumpió Erik—. ¿Vamos a ver esa marina?

Observé a Ella, esperando su respuesta. Lentamente, asintió.

—¡Genial! —Erik le pasó un brazo alrededor del cuello, dándole un apretón—. ¿Y tal vez podamos cenar en el restaurante de esta pequeña dama?

—Tú pagas —le advertí, aunque Ella me hizo un gesto para restarle importancia.

—La familia no paga —protestó Erik—. Somos familia, ¿verdad, Ella?

—Por supuesto que pagan —respondí bruscamente, dando media vuelta para ir al dormitorio a buscar una camisa—. Hay que apoyar a los pequeños negocios.

—No te preocupes, no tienes que pagar —escuché a Ella asegurarle a Erik.

—¡Sí que tiene!

Nuestra discusión continuó hasta que llegamos a la marina donde, mientras el sol se colgaba bajo en el cielo, recorrimos cada rincón de la propiedad.

—Quiero decir, está bastante horrible —dijo Erik mientras tocaba una barandilla podrida—. No veo mucho que no necesite ser reemplazado. No puedo imaginar que los locales estén en mejor estado.

Miramos hacia la fila de tiendas que bordeaban el paseo marítimo. Estaban incluidas en el precio y, aparte de una que vendía carnada y equipo de pesca, estaban vacías.

—Han estado desocupadas desde que tengo memoria. Dudo mucho que sirvan para gran cosa.

—Pero si se arreglaran.... —dejé la frase en el aire.

—Bien —Erik levantó las manos—. Me has convencido. La tomaremos. —Agitó un dedo frente a mi cara—. Pero esto va a ser tu bebé. No vengas llorando cuando tengas astillas en las manos.

Sonreí, extendiendo mi mano para que la estrechara. —Lo prometo.

12

GUNNAR

—¡Dios santo, baja la maldita velocidad! —exigió Erik desde el asiento del copiloto—. Lo último que necesitamos es volcar esta cosa.

Miré el tablero y levanté el pie del acelerador al darme cuenta de mi velocidad.

—Ha pasado un mes —murmuré. Erik suspiró profundamente a mi lado.

—Ah, el amor juvenil —negó con la cabeza—. Mira, Ella es increíble, pero viviste décadas sin ella. Seguramente puedes aguantar veinte minutos más.

Apenas.

No me digné a responderle. Algún día lo entendería.

Había pasado el último mes cerrando mis responsabilidades. Puse mi casa en venta, empaqué todas mis cosas en una camioneta e hice un pago inicial para una casa en Capricorn Cove.

Nuestra casa.

Ella no se había equivocado sobre la generación mayor que buscaba mudarse. Nos habían inundado con ofertas de casas cuando se corrió la voz de que ella estaba buscando comprar. Me había enviado fotos de una con dos palabras: nuestro hogar. Hice un depósito ese mismo día.

No me importaba que necesitara arreglos o que probablemente tuviéramos que agregar extensiones en algún momento; la casa se asentaba en un pequeño terreno protegido con vistas al océano. El frente del enorme terreno era plano, con mucho espacio para un patio, entretenimiento e incluso un cobertizo. La parte trasera era un desorden de árboles y arbustos, pero un camino de escaleras en

pendiente conducía a una playa privada, completa con un pequeño muelle perfecto para atracar un bote de pesca.

La habíamos conseguido por una ganga y nos mudaríamos este fin de semana. Tenía planes de hacerle el amor a Ella en cada habitación de la casa. ¿Y esa playa? Perfecta para un pequeño deleite por la tarde.

A mi lado, Erik abrió la carpeta de manila, interrumpiendo mi fantasía.

—Vamos a necesitar renegociar esto —murmuró por enésima vez desde que comenzó este viaje—. Los términos son buenos, pero creo que podemos conseguir algo mejor.

Ignoré a mi hermano, concentrándome en navegar las curvas estrechas que nos llevaban por la carretera costera hacia casa. Estábamos en la etapa final de las negociaciones para comprar la marina, incluyendo el viejo mercado de pescado que eventualmente se convertiría en nuestro nuevo taller.

—Si tomáramos ese viejo club náutico y lo renováramos, hiciéramos que Ella lo administrara, podríamos ganar mucho dinero con bodas y esas cosas —murmuró Erik, haciendo anotaciones en el margen de una página.

Mi corazón se elevó cuando doblamos la última curva, viendo el letrero que nos daba la bienvenida a Capricorn Cove.

Hogar.

Ella.

Me forcé a disminuir la velocidad de la camioneta, respetando el límite mientras me dirigía a la pequeña cabaña de Ella. Recogeríamos las llaves de nuestra nueva casa mañana. Esta noche era para nuestro reencuentro.

Me detuve en un motel calle abajo de la casa de Ella.

—Sabes, tal vez debería comentarle esto a Ella esta noche. Creo que realmente podríamos—

—Bájate de una vez —gruñí, ignorando las protestas de mi hermano.

Suspiró dramáticamente. —Realmente no puedes mantener a esa chica solo para ti. Eso es egoísta.

Hoy sí puedo. Solo mírame.

Cerró la puerta de golpe, gritando por la ventana: —No llegues tarde mañana. Necesitamos—

Me alejé conduciendo, bajando por el camino, ignorando su grito. No había tenido a Ella en mis brazos durante un mes. Un acontecimiento verdaderamente inaceptable.

Estacioné la camioneta en su entrada, notando con aprobación que su auto estaba listo, lleno hasta el tope con cosas. Había cajas en su porche, esperando ser cargadas por los de la mudanza que vendrían por la mañana.

Mi camioneta se detuvo bruscamente, con la grava volando bajo las ruedas mientras protestaba. Estacioné, abriendo la puerta de golpe y cerrándola rápidamente, tropezando con las llaves en mi prisa. Salté los escalones hacia su porche, deteniéndome para tomar la nota que estaba sujetada a la puerta.

Estoy adentro. Ven a buscarme.

Entré por la puerta, cerrándola detrás de mí, y me dirigí a su dormitorio. Las cajas alineaban cada habitación por la que pasaba; sus marcos y adornos, velas y volantes, todo empacado en preparación para la mudanza. Solo quedaban cajas y muebles demasiado grandes para envolver, listos para mañana.

La encontré en la habitación. El cuarto había sido vaciado, vacío excepto por la cama. Sin cajas, sin comodidades, solo una cama aún vestida con lujosas almohadas y ropa de cama blanca. Sobre ella, con solo un retazo de encaje y una sonrisa, yacía mi hermosa mujer.

—Ella —suspiré su nombre como si fuera aire.

—Vikingo —me saludó, con una sonrisa traviesa en sus labios.

Me acerqué sigilosamente a la cama, llevando las manos al borde de mi camisa, quitándomela de un tirón y arrojándola sin cuidado a un lado. Me detuve al pie de la cama, bajándome los pantalones y la ropa interior, mi miembro liberándose mientras recorría la distancia final hacia ella.

Mis manos rozaron su piel, su aroma llenando mis fosas nasales mientras mi boca descendía.

—Ella —susurré cuando mis labios tocaron los suyos. Nuestras bocas se encontraron, hambrientas y desesperadas. Húmedos, calientes y duros, nuestras lenguas bailaron mientras nos besábamos, saboreando aquello que habíamos extrañado.

—Nena —gemí, deslizando mis manos por sus costados—. No puedo esperar.

—Entonces no lo hagas —respondió, mordisqueando juguetonamente mi mandíbula.

Dejé escapar un gruñido salvaje. —Carajo.

Levantándola en mis brazos, sellé mis labios a los suyos. Un calor delicioso se extendió rápidamente por todo mi cuerpo, acumulándose en mi palpitante miembro.

Sabía a hogar.

Me separé, mirando su exquisito cuerpo. —Me gustan los sostenes de encaje, pero maldita sea si voy a dejarte mantener este puesto.

La atraje hacia mí, y una vez más, nuestras lenguas chocaron y los labios se aferraron mientras mis manos recorrían su piel, tocando y acariciando, elevando su pasión. Succioné su cuello mientras bajaba la tela, revelando piel, trazando la curva de su pecho a través del encaje.

Rocé sus pezones con mis pulgares, sonriendo cuando ella jadeó de placer.

—¡Oh!

Vi a Ella luchar por el control, sus ojos vidriosos de pasión, sus labios carnosos y ya hinchados por nuestros besos. Finalmente, se rindió, entregándose a mi atracción cuando desabroché fácilmente su sostén y se lo quité, lanzándolo al otro lado de la habitación.

Mi boca descendió para succionar primero un pezón, luego el otro, mientras sus manos agarraban mi cabeza y su boca jadeaba palabras de aliento.

—Por favor, Gunnar, por favor. Oh, por favor. ¡Sí, así! ¡Por favor!

Me retiré. —Quítate la ropa interior.

Ella me ayudó, levantando su trasero para quitársela, arrojando la sedosa prenda lejos. Una vez que desapareció, me acercó más, extendiendo sus manos para agarrar mi miembro. Me tomó en sus manos, acariciando lentamente arriba y atrás, provocando mi hombría.

—Jesucristo, joder. Mierda, mierda, mierda —gemí, luchando contra el impulso de bombear en sus manos—. Te he extrañado, nena. Te he extrañado tanto, maldita sea. Te amo, Ella. Te amo tanto, maldita sea.

Presioné besos en su boca, alabándola, adorándola mientras ella me acariciaba.

—No puedo esperar —jadeé. Por primera vez en mi vida, iba a perder el control—. Necesito estar dentro de ti.

—Gracias a los dioses —Se retorció para colocarse en posición—. He estado muriendo por ti.

Encontré su centro, deslizando los dedos por su humedad resbaladiza, encontrándola mojada y lista.

—Nena —gemí—. Estás tan mojada para mí.

—He estado mojada todo el día —admitió, con las mejillas enrojecidas—. Ha sido muy difícil no-

Me introduje de golpe, ambos jadeando mientras la llenaba. Su estrecho sexo se apretaba a mi alrededor como un tornillo, apretado, caliente, húmedo... perfectamente jodido.

Bajé las manos, levantando sus piernas, animándola a que envolviera sus muslos alrededor de mí. Necesitaba estar rodeado por ella; necesitaba glorificarme en ella.

Nos estrellamos juntos, dos partes de un todo, nuestros cuerpos encontrándose una y otra vez en un ritual brutal y glorioso.

—¡Te amo! —gritó mientras su cuerpo se contraía, cada parte de ella agitándose al caer, cayendo en el abismo del éxtasis. La seguí, vaciándome dentro de su cuerpo.

Colapsamos, nuestros cuerpos entrelazados, nuestra piel apretada firmemente.

—No te vayas nunca más —susurró, con sus piernas y brazos envueltos fuertemente a mi alrededor.

—Nunca —prometí.

Nuestros cuerpos se enfriaron; el deseo solo ligeramente saciado.

—¿Dónde está Erik? —preguntó finalmente.

—En el motel. No quería que nos interrumpiera.

Ella rió, su hermoso rostro iluminándose. Presioné besos en sus mejillas, ignorando sus chillidos, disfrutando el sabor de la felicidad en su piel.

Este es mi hogar.

Más tarde, después de más sesiones de amor y un intento fallido de ducharnos que terminó con la necesidad de otra ducha, nos dirigimos al Jinete de Bronce en busca de comida.

En una mesa, acurrucados el uno con el otro, comimos lentamente, discutiendo los siguientes pasos en nuestro viaje juntos.

—No espero que tome mucho tiempo —le dije, refiriéndome a la reunión que Erik y yo teníamos mañana para finalizar el contrato de venta de la marina.

—Bueno, el concejo está totalmente a favor. Ya he estado recibiendo llamadas de constructores locales ansiosos por obtener su parte de cualquier nueva construcción —masticó distraídamente una patata frita, con un pequeño ceño frunciendo sus cejas—. En realidad, hay algo que nunca me has dicho.

—¿Qué cosa? —pregunté, trazando espirales sobre la delicada piel de su muñeca interior.

—Cómo se llama tu empresa.

—¿No te lo he dicho?

Ella negó con la cabeza.

—¿Y nunca me buscaste en Google?

Ella se rio. —Por supuesto que no.

—No te creo.

Me guiñó un ojo. —*Yo* nunca te busqué en Google. Nunca dije que otros no lo hubieran hecho.

Tomó otra patata frita. —Pero en serio, no recuerdo que lo hayamos hablado.

—Es Construcción Naval de Thor.

Ella se sobresaltó, emitiendo un sonido ahogado. Tosió dos veces, despejando la obstrucción. Le pasé un vaso de agua, instándola a respirar.

—¿Estás bien? —Me levanté a medias, preguntándome si tendría que hacerle la maniobra de Heimlich.

—¿Tu-tu-tu empresa se llama Construcción Naval de Thor? —Su voz sonaba estrangulada.

Le froté la espalda con una mano, frunciendo el ceño. —Sí. ¿Estás segura de que no necesitas—

Ella echó la cabeza hacia atrás, rugiendo de risa. Todas las cabezas giraron hacia nosotros, turistas y locales por igual mirando boquiabiertos a Ella mientras perdía completamente el control.

—Tú-tú-tú eres —jadeó, con lágrimas corriendo por su rostro—. ¡Un vi-vi-vikingo de verdad!

Me encogí de hombros, sin ver el humor en la situación. —Bueno, yo no diría que sí pero—

—¡Dios mío! No puedo. —Se secó las lágrimas, sonriéndome radiante.

—¿Esto es gracioso?

—Toda mi vida he pedido un Dios que venga a domar estos muslos de trueno. —Se dio una palmada en sus hermosas piernas, sonriéndome—. Y llegaste tú. Este glorioso vikingo de hombre, listo y dispuesto a saquear mi intimidad. Y lo mejor de todo, ¿eres un dios del trueno? Construcción Naval de Thor, si eso no es una señal, no sé qué lo es. —Empezó a reírse de nuevo, su alegría era contagiosa.

—Nena, puedes llamarme como quieras —le dije, atrayéndola hacia mí, con una mano deslizándose bajo la mesa para acariciar su centro en la oscuridad. Ella se quedó inmóvil, su risa disipándose mientras el deseo tomaba el control—. Siempre y cuando me llames tuyo.

Ella puso los ojos en blanco, gruñendo. —Eso es tan cursi.

—Pero cierto. —Retiré mi mano, metiéndola en mi bolsillo trasero para sacar una pequeña bolsa—. Te amo, Ella. Sé que apenas estamos comenzando nuestras vidas juntos, pero quiero hacer esto bien.

Le entregué la bolsita de terciopelo, observando cómo abría los cordones. Al vaciar la bolsa en su palma, jadeó cuando cayó un anillo. Un diamante blanco de talla princesa rodeado de una banda decorada con nudos celtas y zafiros. Me miró, con los ojos muy abiertos.

—Cásate conmigo.

Sus hermosos ojos se llenaron de lágrimas mientras sus labios se movían para dar la respuesta que había esperado.

—Sí.

Nos besamos, yo deslizando el anillo en su dedo, ella sollozando lágrimas de alegría.

—Estoy tan feliz de que haya sido aquí —susurró contra mis labios.

—Este es el único lugar donde podía ser. Es el primer lugar donde te vi. —Asentí hacia el bar—. Me enamoré de una valquiria justo allí.

—Y yo, de mi vikingo —sorbió, sonriendo—. Te amo, Gunnar.

—Te amo, nena.

Ella levantó su rostro, y yo la complací, ahogándome voluntariamente en sus besos.

Ella me llamaba su Dios del Trueno, pero fue ella quien me invocó, cambiando mi mundo.

¿Cursi? Diablos, sí.

¿Me importaba? Para nada.

13

GUNNAR

—Mira, ahí están Dane y Drake.

Levanté la mirada de la caja de cereal que estaba examinando para ver a Ella señalando hacia el final del pasillo.

Los hombres en cuestión eran altos y musculosos. Uno fornido, el otro delgado. Ambos tenían un aspecto que gritaba ex-militar.

—¿Quiénes son?

Ella puso los ojos en blanco.

—¿No te acuerdas? Los chicos de Blue.

Me estrujé el cerebro tratando de recordar por qué ese nombre me sonaba familiar.

—¿La enfermera que me cuidó cuando me golpeé la cabeza? ¿La morena?

Ella asintió.

—Sí. Está loca por ellos.

Observé a los hombres.

—¿Por los dos?

—Ajá —Ella tomó el cereal de mis manos y lo arrojó a nuestro carrito —. Ellos son pareja, pero creo que quieren que Blue también esté con ellos.

Empujé el carrito, siguiendo a Ella por el pasillo.

—¿Y tu pueblo estaría bien con eso?

Ella me miró fijamente.

—Lo siento, ¿tú no lo estás?

—No me refería a eso —levanté un hombro en un medio encogimiento—. El amor es amor, nena. Solo quise decir que este es un pueblo pequeño. No esperaba que la gente fuera exactamente acogedora con una relación poliamorosa.

Ella se rio.

—Entonces no has vivido aquí el tiempo suficiente. Por un tiempo, allá en los sesenta, hubo una comuna en las montañas cerca del Lago de los Amantes. Honestamente, este pueblo es todo sobre el amor.

Me acerqué a ella y la atraje hacia mí, dándole un beso en la sien.

—Mmm, bueno, ciertamente ha sido así para mí.

Ella se rio, empujándome lejos, su anillo de compromiso reflejando la luz de las bombillas fluorescentes sobre nosotros.

Una especie de amor posesivo calentó mi sangre.

—Cuando lleguemos a casa, deberíamos—

Ella me interrumpió, con una mano volando a mi boca mientras me obligaba a retroceder un paso.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté contra su palma.

—¡Shhh! ¡Blue está abrazando a Dane!

Miré alrededor del final del pasillo, divisando a Blue abrazando a uno de los dos hombres.

—¿Y? —pregunté, completamente desconcertado por el comportamiento de mi prometida.

Ella inclinó su cabeza hacia atrás, una pequeña sonrisa iluminando sus ojos.

—Y esto podría ser el comienzo de algo maravilloso. No quiero interrumpir su oportunidad de ser tan feliz como lo somos tú y yo.

Vaya, caramba.

Me incliné, con mi brazo rodeándola para atraer su cuerpo contra el mío, nuestros labios encontrándose en un beso hambriento.

No estoy seguro de cuánto tiempo permanecimos así, con nuestros labios entrelazados, nuestras manos recorriendo el cuerpo del otro.

—Ejem —una tos vino desde detrás de nosotros.

Ambos nos giramos, un caballero mayor con bastón y canasta nos sonreía.

—Disculpen, muchachos —señaló el estante detrás de nosotros—. Normalmente los dejaría en paz, pero necesito desesperadamente salsa para pasta.

Ella se sonrojó mientras nos apartábamos de su camino.

—Que tengan un buen día —guiñó un ojo, dirigiéndose hacia las cajas registradoras.

La cabeza de Ella cayó sobre mi pecho, su cabello cubriendo sus mejillas sonrojadas.

—Eso no fue nada vergonzoso.

—La comuna del Lago de los Amantes, ¿recuerdas?

Ella gimió.

—Cállate. Terminemos con esto y luego llévame a casa y deléitame.

Con gusto.

EPÍLOGO UNO

ELLA

Cenar con una familia de vikingos fue... interesante. Como la Navidad era una de mis temporadas más ocupadas en el bar, la familia de Gunnar se ofreció a venir a Capricorn Cove para celebrar.

Esperaba que fueran un poco bulliciosos —después de todo, había conocido a cada uno individualmente durante los últimos meses y todos fueron alegres, amigables y ruidosos, oh *tan* ruidosos.

Y me encantaba. De verdad. Me encantaba que la familia de Gunnar fuera atrevida y audaz, y que me acogieran de todo corazón. Apoyaban completamente nuestra relación, y los adoraba por eso.

Solo que no estaba preparada para experimentarlos como grupo. Los Larsson me sobrepasaban en altura, gritaban unos sobre otros y reían estrepitosamente con alegría mientras brindaban entre sí con muslos de pavo, tenedores llenos de jamón y grandes jarras de mi mejor cerveza.

Por mucho que bromeara sobre Gunnar siendo un vikingo, esta noche se sentía como una celebración en una casa comunal, con la familia regresando de una incursión exitosa.

Gunnar me había acomodado en la silla junto a él, nuestros muslos apretados uno contra el otro, con un brazo sobre mis hombros mientras se reía de algo que dijo su hermana.

Sonreí, disfrutando de la alegría que llenaba la habitación. Gunnar me miró, con su sonrisa aún en su rostro.

—¿Todo bien, nena?

—Mm. —Levanté mi taza, inclinándola ligeramente hacia él—. ¿Debería traer los postres?

Echó un vistazo a la mesa, riéndose de los restos devastados. —Sí, y probablemente debería abrir otro barril.

Habíamos trasladado las festividades de nuestra casa, que actualmente estaba en renovación, al restaurante. No solo cabía todo el mundo, sino que estaba a poca distancia del motel donde se hospedaban.

Me levanté, con Gunnar siguiéndome. Hubo un frenesí de movimiento cuando la familia comenzó a apilar platos, recoger cubiertos y dirigirse hacia la cocina.

—¡Oh, por favor, no! —exclamé, gesticulando para que se detuvieran —. ¡Siéntense! Por favor, nosotros nos encargamos.

—Muchas manos hacen el trabajo liviano, hermana —dijo Astrid, la hermana de Gunnar, con los brazos llenos de una bandeja decimada de huesos de pavo.

Les permití su momento y luego los ahuyenté de la cocina, diciéndoles que pusieran música y se sirvieran más cerveza. No protestaron, dejándonos a Gunnar y a mí solos en la cocina.

—¿En qué puedo ayudar? —preguntó, arremangándose.

Intenté y fracasé en ignorar cómo esa simple acción lo transformaba de simplemente sexy al sueño húmedo de toda mujer.

—¿Ella?

Me sobresalté, parpadeando. Me observó por un momento, con una pequeña sonrisa diabólica deslizándose por sus labios. Sus ojos se oscurecieron, ardiendo con calor en sus profundidades. —¿Necesitas algo, Valquiria?

Abrí la boca y luego la cerré mientras un rubor calentaba mis mejillas. —Tu familia está afuera.

Tomó mi mano, arrastrándome por toda la cocina hasta la despensa en la parte trasera. Deslizando la puerta para cerrarla, se movió, haciéndome retroceder hasta que me presioné contra un estante que contenía bolsas de harina.

—¿Ves algo que te guste, nena? —Su voz era baja y ronca de deseo.

Me lamí los labios, tragando, agudamente consciente del latido de mi pulso y el calor del deseo acumulándose en mi bajo vientre.

—No —mentí—. No cuando tu familia está justo afuera.

Chasqueó la lengua, con esa sonrisa sucia aún en su lugar. —Mentirosa, mentirosa, tu coñito está ardiendo. Quiere que lo toque y te haga sentir bien. —Su gran mano se deslizó por mi costado, rodeándome para apretar mi trasero—. Admítelo, nena. Quieres esto.

Abrí la boca, para protestar o para estar de acuerdo, aún no estaba segura, pero en cambio, un pequeño gemido necesitado se liberó, tomándonos a ambos por sorpresa.

Gunnar hizo una pausa, sus fosas nasales dilatándose antes de que su control se rompiera. Fue por mi boca, devorándome con avidez necesitada. Me dejé caer en él, permitiéndole saquear mi boca.

Sus manos bajaron, agarrando mi trasero y levantándome. Accedí, envolviendo mis piernas alrededor de él. Me presionó contra los estantes, con cuidado de asegurarse de que no me lastimara. Cuando me tenía anclada, movió una mano, subiendo mi falda y deslizando los dedos entre mis muslos, encontrando mi núcleo húmedo y dolorido.

—Carajo. —Interrumpió nuestro beso, sus dedos deslizándose deliciosamente por la humedad de mi coño desnudo—. ¿Dónde diablos está tu ropa interior?

Jadeé, cada respiración haciendo que mis pezones rozaran contra su pecho. —Este vestido no permite ropa interior.

—¿Has estado así toda la noche?

—Sí. —Dejé escapar un pequeño gemido, mi cabeza cayendo hacia atrás, ojos cerrándose mientras jugaba con mi clítoris—. Pensé que lo sabías.

—Carajo. —Circundó mi clítoris más rápido, estimulándome de una manera que garantizaba volverme loca—. Te vas a ganar unas nalgadas por esto más tarde.

No puedo esperar.

Sus dedos desaparecieron y gemí, presionándome hacia adelante. Entre nosotros, su mano forcejeó con su entrepierna.

—Está bien, nena. Solo tengo que desabrochar esta cremallera... listo. —Su miembro se presionó contra mí, deliciosamente duro, caliente y grueso—. ¿Estás lista, nena?

Forcé mis ojos a abrirse, dejándole ver todo mi deseo, toda mi necesidad. —Siempre, vikingo.

Empujó hacia adelante, enterrándose hasta el fondo. Gritamos, la fricción y el calor eran abrumadores. Se retiró, luego embistió de nuevo, y mi control se quebró. Ya no pensaba en su familia esperando el postre. Ya no me preocupaba que nos interrumpieran o mantenerme callada. Solo pensaba en Gunnar, su olor, su tacto y su miembro mientras me llevaba más alto, persiguiendo mi liberación.

—¿Te gusta esto, nena? ¿Te gusta saber que no pude esperar para sentir tu coño? —murmuró Gunnar, embistiendo más fuerte—. ¿Te gusta saber que estaré pensando en mi semen escurriendo por tus piernas durante el resto de la noche? ¿Te gusta saber que te voy a coger en la mesa después de que todos se vayan?

Asentí, el calor envolviéndome, el deseo disparándose. Arrastré mis uñas por su espalda, sabiendo que eso lo volvería loco.

—¿Vas a venirte para mí, Ella?

—Sí —gemí, sintiendo crecer la presión—. Sí, Gu-

Un grito ahogado salió de mi garganta. Él agarró mi cabello, atrayéndome hacia él, uniendo nuestras bocas. Nuestras lenguas se

entrelazaron mientras yo ordeñaba su miembro, sintiendo su caliente liberación pintando mi interior.

Jadeando, nos besamos. Nuestros cuerpos todavía estaban calientes de deseo, pero la necesidad urgente había sido satisfecha. Mis manos recorrían suavemente su espalda, incapaces de dejar de tocarlo.

—¿Estás bien? —preguntó, presionando un beso en mi hombro.

—Mm —murmuré—. No puedo sentir mis piernas.

Se rió, retrocediendo y moviéndose para permitirme deslizarme lentamente por su cuerpo. Enderecé mi falda, luego levanté los brazos, esponjando mi cabello.

—¿Cómo me veo?

Su sonrisa era de pura satisfacción. —Como si te acabaran de coger en la bodega.

Suspiré, sonrojándome. —Supongo que no hay remedio.

Pasó su pulgar sobre la curva de mi cuello. —Me encanta ver mi marca en ti.

Gemí, cubriéndome la cara con una mano mientras lo esquivaba. —Los chupetones no son sexy, Gunnar. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

Se rió, dándome una palmada juguetona en el trasero mientras me seguía hacia afuera.

Regresamos a la cocina, tomando los postres del cuarto frío. Gunnar presionó un beso en mis labios, guiñándome un ojo.

—¿Lista para la segunda ronda?

—Creo que puedo manejarlo.

Él empujó la puerta batiente, quedándonos ambos paralizados por la caótica escena frente a nosotros.

Jemma gesticulaba frenéticamente hacia el padre de Gunnar mientras Sune le gritaba a Erik. Erik estaba parado frente a un par de oficiales de policía, mirando fijamente un pedazo de papel, ignorando a sus padres. Parecía como si lo hubiera alcanzado un rayo, con el pelo de punta.

A un lado, Astrid y Liv, y su hermano menor, Rune, se pasaban a dos bebés que gritaban, cada uno luciendo terriblemente fuera de su elemento.

—i¿Qué diablos está pasando aquí?! —bramó Gunnar, cortando el alboroto. Incluso los dos bebés, que definitivamente no habían estado allí antes, se calmaron.

—Lamento ser portador de malas noticias, Gunnar —el sheriff Tristan Rodríguez levantó las manos en un gesto de impotencia—. Nos dejaron a estos dos niños en la comisaría hoy. Nadie vio a la madre, se fue. Dejó solo una nota. —Asintió hacia Erik, quien seguía mirando fijamente el papel—. La madre le cedió la responsabilidad a tu hermano.

Parpadeé, dirigiendo mi mirada hacia Erik, luego hacia Gunnar.

—¿Disculpe? —preguntó Gunnar, dejando el enorme pastel y el tazón de crema que había estado cargando. Atravesó la habitación mientras los bebés reanudaban su llanto.

Le pasé mi pastel y helado a Jemma, tomando a uno de los bebés de Rune. El pequeño humano se acurrucó en mi hombro, llorando lastimosamente mientras yo frotaba suaves círculos en su pequeña espalda.

Erik aclaró su garganta, entregándole la carta a Gunnar. —Parece... parece que alguien me ha legado sus hijos.

Yo mecía al bebé, gratificada cuando comenzó a calmarse.

—¿Quién? —exigió Sune—. ¿Quién hizo esto?

—No lo dice —respondió Gunnar por su hermano, leyendo la nota—. Solo dice que vio a Erik en las noticias después del rescate del crucero del año pasado. Cuando vio que Erik estaba en la ciudad, decidió que era una señal y los dejó para él. Dice que no volverá por sus niños.

—Dios mío —suspiré, sosteniendo al pequeño bebé más cerca.

—Lamento hacerte esto, Erik. Especialmente en Navidad —dijo el Sheriff, luciendo muy incómodo—. Puedo llevármelos a casa, o podemos llamar a Servicios Infantiles. De todos modos tendremos que hacerlo. Pero pensé... ya que te nombraron... ¿eres tú el padre?

Todas las miradas se dirigieron a Erik. Su boca se abrió, jadeando como un pez.

—Oh, Erik... —Jemma sonaba desconsolada—. ¿Lo eres?

—Yo... —Hizo una pausa, frunciendo el ceño—. En realidad, no puedo ser. No he estado en una relación desde... la-que-no-debe-ser-nombrada. Y eso fue hace casi dos años.

Procesamos esta confesión, y la gravedad de la situación se hizo evidente. El bebé en mis brazos no podía tener más de un mes, demasiado pequeño para quedar solo en el mundo.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —preguntó Astrid, con el otro bebé acunado en sus brazos.

Erik parpadeó, mirando de un bebé al otro. —Supongo que intentaremos encontrar a su madre.

—¿Y si eso no funciona?

Observamos a Erik considerar sus opciones. Con un largo suspiro, se pasó la mano por la cara.

—Buscaré una adopción.

El caos estalló una vez más, el Sheriff Tristan intentando calmar la situación mientras Jemma y Sune perdían la cabeza. Astrid le entregó el bebé a Gunnar mientras trataba de arbitrar lo que parecía ser el comienzo de una larga discusión.

Leyendo el ambiente, Rune y Liv se dirigieron al bar por otra bebida, mientras que Gunnar, con el bebé acunado contra su enorme pecho, vino hacia mí.

—No es así como esperaba que transcurriera la noche —me dijo, con la mano apoyada en la espalda del pequeño bebé.

Mis ovarios explotaron, incluso mientras intentaba mantenerme seria. —Dudo que alguien pudiera haber predicho esto.

Él negó con la cabeza. —Cómo va a arreglárselas con dos bebés él solo está más allá de mi comprensión.

—Lo ayudaremos.

Gunnar me miró, su mirada cálida. —Gracias, Valquiria. —Me observó mover al bebé, acomodando al pequeño bulto en una posición ligeramente más cómoda—. Eso se te ve bien.

—¿Qué? —pregunté, rebotando ligeramente mientras el bebé se inquietaba.

—Un bebé. La maternidad.

Lo miré, sintiendo ese brillo familiar encenderse dentro de mí. —Pronto, espero. Después de la boda.

Él me guiñó un ojo. —Ya veremos. —Volvió a mirar el alboroto, su rostro tensándose.

—Oye —lo llamé, queriendo aligerar su carga—. Te amo.

Se inclinó, presionando un dulce beso en mis labios. —Yo también te amo, nena.

Incliné la cabeza, ofreciéndole una sonrisa pícara. —Además, sé que solo estás celoso porque Erik te ha ganado ahora.

Gunnar frunció el ceño, levantando una ceja en señal de interrogación.

—Los primeros nietos. —Di un golpecito suave en la espalda del bebé—. No siempre puedes ser el primero en todo, Gunnar.

Él se rio. —Estoy bastante seguro de que siempre te hago llegar primero a ti, futura esposa.

Sí, eso haces.

EPÍLOGO DOS

GUNNAR

EN ALGÚN MOMENTO DEL FUTURO PRÓXIMO...

—No vamos a llamar Cnut a nuestro bebé.

No levanté la vista del manual de instrucciones que intentaba descifrar.

¿Eso es un tornillo? ¿O un clavo? ¿O algún tipo de gancho?

—Hablo en serio, Gunnar. No voy a ponerle a nuestro hijo un nombre que pueda confundirse con ya-sabes-qué —siseó Ella, con las manos en las caderas mientras se inclinaba hacia mí, con la cara sonrojada.

Incliné el manual hacia un lado, entrecerrando los ojos. —¿Crees que esto está mal impreso? Puedo construir un barco con los ojos cerrados, pero aparentemente no puedo armar un maldito cochecito.

—¡Gunnar!

Suspiré, arrojando el manual y poniéndome de pie. Atraje a mi feroz mujer a mis brazos, frotándole la espalda.

—Solo era una idea —le aseguré.

—Una terrible —le dijo a mi pecho, con la voz ligeramente amortiguada.

Traté de no sonreír. —¿Cuál es tu elección?

—¡No lo sé! —Me miró, con la cara sonrojada y los ojos brillantes de lágrimas—. ¿Y si elijo horriblemente? ¿Y si nuestro bebé termina con un nombre horrible para el resto de su vida? ¿Qué clase de madre seré si...

—Valquiria, para —le ordené, dándole un pequeño apretón—. Vas a ser una madre maravillosa. —Extendí la mano y la coloqué sobre su vientre—. Nuestro pequeño será el niño más afortunado del mundo.

—¿Lo prometes?

Le di un beso en la frente. —Lo prometo.

—Bien —levantó la cabeza, dándome un parpadeo todavía lloroso—. Porque rompí aguas.

Me quedé paralizado. —¿Qué?

—Sí, mi ropa interior es un desastre. Creo que deberíamos empezar a prepararnos para ir al hos...

La levanté en brazos, sosteniéndola suavemente mientras nos movía frenéticamente por la casa.

—Mierda, ¿dónde está tu bolsa? Carajo. ¿Debería llamar a una ambulancia? ¿Qué tan cerca están las transacciones? ¡Dios mío!

Me quedé inmóvil en medio de nuestra sala, sin saber cuál era el mejor curso de acción.

—Gunnar. Gunnar, mírame.

Mi mirada bajó hacia la diosa en mis brazos. Ella levantó una mano acariciando mi mandíbula. —Mis contracciones —no transacciones— son débiles y están muy separadas.

—Mierda, contracciones, sí. Carajo.

Pasó lo que supuse era una caricia tranquilizadora por mi mejilla. —Tenemos horas. Bájame. Nos relajaremos, las cronometraremos, daremos un pequeño paseo por la playa, y cuando sea el momento, iremos al hospital. *Con calma.* —Sonrió suavemente—. ¿De acuerdo?

—Sobre mi cadáver vamos a traer a nuestro bebé aquí —le dije—. No estoy calificado para eso. ¡Ni siquiera sé cómo se llama una contracción!

Ella se rió, haciendo que su largo cabello rozara mi piel. Extrañamente, ese pequeño movimiento me tranquilizó más que cualquier cosa que pudiera decir.

La coloqué suavemente en el suelo, con las manos estabilizándola, reacio a soltarla.

—¿Así que esto es todo? —pregunté, rozando sus mejillas con mis nudillos.

—Nuestras últimas horas de solo nosotros —susurró, con una sonrisa acuosa.

—Estoy listo, Ella. Estoy tan listo para esto, incluso si es aterrador.

—Igual yo.

—Te amo jodidamente, Valquiria.

—Y yo te amo jodidamente, Vikingo.

Nos sonreímos el uno al otro, todavía tan sincronizados hoy como lo habíamos estado hace cinco años cuando nos conocimos en aquella noche tormentosa.

Pasamos las siguientes horas caminando, respirando y conversando. A medida que sus contracciones se intensificaron, nos dirigimos al hospital.

—¡MALDITA SEA! —gritó Ella, con las contracciones separadas por menos de diez segundos. El bebé estaba viniendo y viniendo rápido.

—Tú puedes, Ella —la animé, ignorando cómo me estaba aplastando la mano—. Solo un empujón más. Uno más.

—No puedo —jadeó, con la voz quebrada—. No puedo, Gunnar. No puedo.

—Sí puedes. —Le aparté el cabello de la cara, viendo cómo una nueva contracción desgarraba su cuerpo—. Eres increíble, eres

maravillosa, eres un milagro. Eres una diosa. Eres una Valquiria. Puedes hacer esto, Ella. Te amo.

—Ya casi llegamos —animó la partera—. Un empujón más, mamá.

Con un gruñido, Ella trajo a nuestro bebé al mundo.

Antes de que pudiera respirar, hubo una oleada de movimiento, llantos y felicitaciones del personal del hospital, y luego la partera colocó un bebé retorciéndose, rojo y ensangrentado sobre el pecho de Ella.

—¡Felicidades! —exclamó la partera radiante—. Tienen una hermosa niñita.

Parpadeé, mirando a mi hija sin poder creer que esta bebé fea, hermosa, perfecta, llorona y enfadada fuera nuestra.

—Freyja —dijo Ella, mirándome, con lágrimas corriendo por su rostro y su sonrisa cegadora—. Nuestra pequeña Freyja.

Acuné la cabeza de Freyja, dándole un beso ferviente a Ella en la boca. —Perfecta.

Gracias por leer Thunder Thighs.

¡A continuación viene Clean Sweep, con Erik y sus pequeñas sorpresas!

¿Desesperado por más de Gunnar y Ella?

Obtén una EXTRA escena de su vida cotidiana directamente en tu bandeja de entrada haciendo clic ¡Aquí!

SOBRE LA AUTORA

Hola, soy Evie Mitchell.
Soy una escritora de romance de treinta y tantos años (ella/la) que vive con una discapacidad. Creo en la inclusión, la accesibilidad y el romance intenso. Mis amores incluyen novelas románticas apasionadas, mi sexy esposo, nuestros TRES perros salchicha (¡CUÁNTO PELO!), y mi colección cada vez mayor de tazas relacionadas con libros.

Como mujer con una historia laboral diversa, que incluye áreas como hospitalidad, comercio minorista, respuesta a emergencias, gestión de eventos, derechos humanos, accesibilidad para discapacitados y seguridad, mis libros están llenos de historias reales (novias neuróticas), escenarios catastróficos (cremalleras que fallan), y mis tropos favoritos (una sola cama).

Soy una firme defensora de #OwnVoices, y me especializo en finales felices intensamente inclusivos.

EvieMitchell.com
Redes sociales: @EvieMitchellAuthor

Facebook

Instagram

Pinterest

Goodreads

BookBub

Threads

TikTok

YouTube